Mariam

(Relatos)

Saïd Alami

Título: *Mariam* (relatos)
© Autor: Saïd Alami
Traductor: Saïd Alami
Mención de responsabilidad: el autor
Texto revisado por Leonor Merino
Prólogo: Leonor Merino
Prólogo de la edición en árabe: Khalil Al-Sawahri
Título original: مريم / Editorial: Dar Al Karmel- Amman (Jordania) 1995.
© Editorial: Diwan Mayrit, 1.ª ed., Madrid, marzo de 2026

E-mail: editorial@diwan.es
Tel.: +34 91 570 18 12

ISBN: 979-13-87507-62-6
Depósito Legal: M-8315-2026

Cualquier forma de explotación de esta obra, en especial su reproducción, distribución, comunicación pública o transformación, solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Prólogo de la edición en árabe por Khalil Al-Sawahri 7

Prólogo. Cuando la emoción se traduce en lenguaje
por Leonor Merino 11

Camino a Faro 15

Té o café 49

El visado 87

Mariam 99

El rubio 109

El rival 149

Azrael 191

Prólogo de la edición en árabe

Khalil Al-Sawahri[1]

Los relatos de Said Alami están arrancados de la vida misma, quizás de vivencias personales del autor, razón por la que están pobladas de sinceridad y experiencia, con toda su riqueza y calor.

No pretendo presentar aquí un resumen de estos relatos, puesto que estropearía el placer de descubrirlos por parte del lector. Sin embargo, quisiera señalar algunos contenidos presentados por el escritor en el marco de un contexto que, algunas veces, parece de intensa claridad: «El Visado» y, en otras ocasiones, de intensa sugestión y simbología: «El Rubio».

Los relatos en los que el narrador aborda el tema de la patria y del destierro son tres: «El Visado», «Té o Café» y «Camino a Faro». No había más remedio que abordarlos con la claridad de la moraleja, ya que las cuestiones relacionadas con la patria puede ser que no acepten simbología alguna, especialmente cuando el escritor está curtido por el fuego de la experiencia y del padecimiento: máxime cuando obtener el visado o el pasaporte, para retornar a la patria, fue y sigue siendo un gran

[1] Khalil Al-Sawahri: (1940-2006) Reconocido escritor, crítico y editor palestino. Se graduó y cursó estudios superiores en filosofía en las universidades de Damasco y Beirut. Pasó tres años en las cárceles de la ocupación israelí y fue expulsado en 1969 a Jordania. En Amman, desarrolló su carrera literaria y fundó, en 1985, la editorial Al-Karmel. Dejó numerosas novelas, relatos y ensayos, entre estos últimos: *Tiempo de ocupación: Lecturas en la literatura de la tierra ocupada* y *Estudios crítico*s.

padecimiento para el pueblo palestino: empezando por los documentos de viaje, desde 1950, y acabando con la expulsión masiva de los palestinos de Kuwait, en 1990, y de Libia en 1995, más lo que hubo entre esas fechas: sufrimientos que nunca han sido padecidos por ningún otro pueblo en el mundo, hasta el momento.

La crítica salpicada de amargura que el autor ha dirigido, en «Té o Café», a las oficinas de la Organización para la Liberación de Palestina y a la dinámica de su trabajo en las mismas, está caracterizada por el individualismo, el autoritarismo, por la corrupción y la ignorancia, entre otras cosas; ya sea de manera directa o indirecta, pero siempre totalmente veraz: crítica que se puede extender a todas las embajadas árabes, lamentablemente. Pero, lo que podía ser tolerable a nivel árabe, no se puede permitir a nivel revolucionario en el contexto palestino que es, precisamente, lo que el autor quiere expresar.

El matiz de la experiencia parece ser propia, dada la intensidad de la implicación del autor en sus personajes y en el empleo del pronombre en primera persona, rara vez utilizada por la mayoría de los escritores, y que ha conseguido Said Alami en esta colección de relatos, sobre todo en «El rubio», «Mariam», «Azrael» y «El rival», describiendo escenas de la vida real que rezuman experiencia, madurez, clarividencia y serena cordura.

Me hubiera gustado que el autor se hubiera abstenido de utilizar algunas expresiones coloquiales, pero qué podemos hacer si vivimos una dualidad lingüística en la que esas expresiones —de las que no tenemos escapatoria— engarzan no solo con el diálogo sino con la narración.

Finalmente, subrayar la estructura utilizada por el autor en el relato titulado «Té o café», donde el lector asiste a una obra

teatral y no a una lectura narrativa: singularidad rara vez conseguida por un escritor.

En general, relatos que son latidos de vida del escritor, de sus amigos o conocidos, y añadiría: ¿qué más pueden ser aparte de esto?

Amman, 1995

Prólogo
Cuando la emoción se traduce en lenguaje

Leonor Merino[2]

Hay momentos en los que la mente, al nutrirse de vitalidad y creatividad, se despierta por completo y transforma el mundo que la rodea. Puesto que la belleza, ya provenga del arte, de la naturaleza o de las interacciones humanas, suele ser el catalizador que infunde vida a nuestros pensamientos y emociones.

Así, hay momentos en los que la escritura —que tantas veces ha sido refugio, trinchera o faro— se vuelve también un espejo del agotamiento que provoca la lucha constante por una causa justa —Palestina—: una batalla que este escritor, periodista y traductor, Said Alami, sostiene desde hace tantos años, que lo obliga a detenerse, a respirar, a cargar con el duelo que su conciencia despierta.

[2] Leonor Merino. Dra. en la Universidad Autónoma de Madrid. Becada y profesora en las universidades de Madrid, Rabat, Fez y París-Sorbonne. Numerosos ensayos y artículos universitarios. Traductora y prologuista de escritores y poetas árabes magrebíes, españoles e hispanoamericanos. Varias obras poéticas con traducciones a las lenguas: árabe, bereber, francés, rumana y griega. Miembro de múltiples asociaciones científicas. Homenaje en el «IX Encuentro Hispano Marroquí de Poesía. «Leonor Merino»» (Tetuán, Marruecos), «Premio Internazionale Spoleto Art Festival Letteratura» (Italia). Reconocimiento honoris causa, por la «Organización de la Cumbre Mundial del Conocimiento» (Madrid). Dirª «Colección Poética y de Relatos Wallada», Diwan Mayrit.

Y, entonces, se entrega a la escritura por medio de estos relatos, que bien podían convertirse en historias orales, pero no solo por ser buen tejedor de vidas, momentos y circunstancias de sus conciudadanos y suyos propios, sino porque considera que los archivos estatales recogen una historia oficial y general, ofreciendo una imagen sesgada o parcial y no la que la gente vive o recuerda de los hechos soportados y sufridos.

Un texto híbrido como labor ontológica: una forma de resistencia, acto de recogimiento que preserva la dignidad frente a la saturación de un mundo que celebra su propia ceguera.

Narraciones que evocan recuerdos, imágenes de nostalgia, sacrificio y desgarro, a través de la expatriación forzosa de Fares en la despedida de Nawal: su amante esposa; la humillación, ante un papeleo interminable de las administraciones árabes y, sobre todo, palestinas: «Vaya nación tan infeliz e ignorante que somos», dice Yasser con clara intención de confrontar estructuras de poder que se perpetúan bajo el silencio institucional, en su peripecia narrada con ironía: esa luz para preservar la verdad a través de la expresión artística, y la mejor forma para afrontar la decepción y el desamparo, puesto que, como sostiene Vladimir Jankélévitch, la ironía es una herramienta poderosa para cuestionar las verdades establecidas y para desafiar las normas y convenciones sociales.

En los relatos, también están presentes la amistad y el enamoramiento con sus delicados matices, según las circunstancias compartidas en su forma de influir directamente y en la manera que se vive cada relación entre las personas. Así como se encuentra, en otro de los relatos, la intriga y el análisis de un elenco de

caracteres humanos: himno coral ante los numerosos personajes descritos.

Igualmente, ese río de la vida en la repetición de papeles representados: desde la difusa y nebulosa época de la niñez, la cándida infancia, la fructífera juventud, hasta la gloriosa paternidad volcada en el relato «Mariam» —nombre que abriga el título.

Como broche final, se manifiesta el arcángel «Azrael» quien, a diferencia de figuras precedentes como el dios cananeo Mot, encarna al Ángel de la Muerte —Malak al-Maut—, custodio encargado de guiar las almas hacia su morada de descanso eterno: un relato fantasmagórico en el que Abdessatar evalúa el bien y el mal realizado en la corta vida que le ha sido brindada pues «cada minuto después de los setenta años es mero regalo», en este parco mundo terrenal,

Estimados lectores, siete relatos, merecedores de atención y aplauso, y a los que he acompañado —palabra por palabra—: desde mi entrega total en la escucha de su hálito, en la búsqueda de la perfección en la traducción al español, y desde ese espacio invisible donde el sentir cobra forma en la intensidad de la vivencia y en la profundidad del compromiso. La emoción también se traduce en lenguaje y, en ese lenguaje, hay resistencia, sostén, cobijo, inspiración.

Camino a Faro

El camino de Lisboa a Faro es más bien largo, recorriéndolo el autocar en unas cinco horas. Las horas que Fares pasa viajando, sea en un autocar o en un tren, suelen ser de las más plácidas para él, puesto que nada hay que hacer durante el viaje, salvo leer o relajarse y contemplar los paisajes escapados a través de la ventana, y la presencia humana que pulula en los mismos, evitando así que se queden en meras imágenes fugaces. Además, hay la posibilidad de contemplar a los pasajeros dentro del pequeño mundo del autocar y, también, la vuelta a los recuerdos de la patria y de la familia. La verdad es que los paisajes de este país, sus gentes y la contemplación de los pasajeros que viajan con él en todos sus viajes, son la llave involuntaria que lo lleva a esos recuerdos, así como a dedicarse de lleno a imaginar los rostros de su mujer y de sus cuatro hijos que, muchas veces, logra verlos clara y nítidamente, irradiando luz a través de las capas de la memoria.

Han pasado dos años desde que Fares fue desterrado lejos de su casa, de su tierra y de su país. Dos años que han tenido sabor a hiel, que aún sigue enquistada en su garganta. Veinticuatro

meses enteros, exactamente, desde que los israelíes lo sacaron de la cárcel, donde había estado años en prisión administrativa, sin mediar acusación alguna o juicio, hasta que un día lo sacaron de allí y le dieron un plazo de catorce días para abandonar su país o, si no, reingresar en presidio.

El autocar empezó el viaje desde la estación de autobuses en la parte vieja de la ciudad, con sus edificios nobles, los techos de teja, las tranquilas plazas y los barrios populares, dirigiéndose hacia el puente del Veinticinco de Abril, desde donde empieza la autopista que lleva al sur portugués y a su joya: Faro.

Ninguno de los pasajeros se dio cuenta de la presencia de un coche pequeño de color rojo, que había emprendido la marcha detrás del autocar, nada más abandonar la estación.

Al salir de la estación, con todos los asientos del autocar ocupados, Fares miró el reloj, que señalaba justo las diez de la mañana, y se acordó de la misión que le esperaba en Faro, donde una de sus principales asociaciones culturales lo había invitado a pronunciar una conferencia, aquella noche, sobre los últimos acontecimientos relacionados con la cuestión palestina, ante un público ilustrado de la ciudad.

Desde el extremo sur de Lisboa, ciudad de la que Fares está enamorado desde que vivía allí de estudiante y a la que considera una de las ciudades más bellas del mundo como imponente atalaya asomada a la desembocadura del río Tajo, el autocar accedió a la entrada del puente Veinticinco de Abril, que se extiende altivo y a una altura impresionante, colgado sobre la desembocadura y que, debido a su gran anchura, parece que fuera el mar.

Detrás del autocar, a unos cien metros de distancia, enfiló el coche rojo por el puente férreo. Era el mes de noviembre, con el

cielo nublado en su mayor parte y con el frío viajando detrás de las ventanas del autocar: todo lo que había dentro del confortable vehículo invitaba a Fares a abrigarse con los edredones de los recuerdos, que como torrentes empezaron a fluir entre sus sienes tal como fluía el río a su izquierda en su último ímpetu antes de expirar en la inmensidad acuática, que se extendía a su derecha hasta el infinito. Destellan en su mente insistentemente, como nunca antes le había sucedido, los rostros de su mujer, Nawal, de su hijo, Nidal, de sus hijas Hana y Laila, y de su crío, Muntaser, que aún no ha visto. Recordaba cuan penoso fue aquel día en el que abandonó la prisión y salió a la calle más encadenado aún que cuando estaba a merced de sus carceleros. Aquello era una cadena enorme, un peso descomunal y de infinitos eslabones que envolvía cada uno de los órganos de su cuerpo y aplastaba su alma. Aquella cadena tenía un nombre odioso: perplejidad…, puesto: ¡¿Qué había que hacer cuando acababa de zafarse del encierro, de la tortura y de la humillación diaria para encontrarse plantado en el umbral de la prisión, entre su familia, pero en actitud de despedida en vez del reencuentro?!

Retrocedió con la mirada hacia el imponente paisaje a través de la ventana, con los grandes barcos deslizándose empequeñecidos por debajo del puente. Muchas veces había contemplado esa escena y, sin embargo, le sigue asombrando la amplitud del río al alcanzar en su desembocadura una inmensa anchura, como si en su intento se empeñara en abarcar el océano, para, finalmente, desvanecerse en sus brutales entrañas. Mientras, Lisboa se extendía hasta donde alcanzaba la vista, con su singular personalidad, la bulliciosa vitalidad y muchos barcos atracados a ambos lados del estuario o navegando por sus aguas.

Fares observaba desde el autocar a los transbordadores que trasladaban pasajeros de una orilla a otra del río, llevando a bordo a miles de seres humanos en el cotidiano trajín de la vida. De repente, se acordó de su estancia, dos horas antes, en el café El Temel, ubicado en la orilla del estuario, junto al embarcadero principal de los transbordadores. Recordó nuevamente a dos hombres, sentados no lejos de su mesa, observándolo discretamente mientras que él fingía no darse cuenta de su presencia. Dos hombres en la cuarta década de su vida, uno moreno y otro rubio con mejillas algo enrojecidas. Fares había notado que esos hombres lo estaban siguiendo cuando se había detenido para comprar periódicos en la Praça do Comércio, cerca del embarcadero de los transbordadores. Sus sospechas se confirmaron cuando cruzó la plaza y la calle principal que le separaba del embarcadero y entró en el café; no habían pasado más que unos momentos, cuando los dos hombres aparecieron en la puerta y se detuvieron allí escrutando con los ojos a los clientes que se encontraban en el interior, hasta que lo vieron sentado en una mesa junto al ventanal, que da directamente al río, y ambos se apresuraron a tomar asiento.

Fares se reacomodó en su sitio del autocar, sintiéndose aliviado al haberse deshecho de sus perseguidores, y se dedicó a buscar en el vasto panorama, desplegado ante su vista, las pocas plazas verdes que salpicaban las masas de edificaciones en la ciudad vieja que se extendía sobre las colinas y bajo sus pies, pudiendo reconocer algunas de sus señas, hasta que la ciudad desapareció de su mirada, con sus calles curvadas, abrazadas, y ramificadas en todas las direcciones.

El autocar alcanzó el final del puente: ante Fares se abrieron campos y llanuras, y el verdor de la campiña le pareció explosivo y maravilloso, con sus prados, árboles y huertas exactamente iguales que las de las aldeas en su afligida tierra; huertas que siguen floreciendo y dando frutos gracias a que sus familiares siguen cuidándolas con cariño. Y de nuevo, la imagen del ramo de flores que su familia le entregó a la puerta de la prisión y que recibió de la mano de su hija, Hana. Se acordó de la discusión que tuvo a altas horas de la noche con su mujer, el mismo día en el que abandonó la cárcel. Allí, en el dormitorio conyugal, no le sirvieron ni los momentos de extraordinario éxtasis entre los brazos de Nawal que resplandeció entre los suyos de tanto echarle de menos. La amargura estaba enquistada en su alma y en su corazón al ser consciente de que la separación se había convertido en una sentencia a cumplir, igual que el condenado a muerte que sabe que la hora de la horca había llegado y que no hay escapatoria posible.

—Nawal.

—Sí, mi amor.

—Partir es una locura.

—…

—¡¿Cómo me voy a separar de vosotros?! En la cárcel os veía de vez en cuando, sin embargo, si me marcho, quién sabe…

—…

—¿A quién os dejo, Nawal? ¡¿A dónde me marcho si este es mi país?!

Sigue viendo aún sus ojos empapados en lágrimas, aferrados a él como para impedir que se echara a volar de entre sus manos,

para siempre. También a él le cayeron lágrimas: llorando los dos juntos, en silencio y angustiados.

El autocar se detuvo, después de salir del puente, en el puesto del peaje para pagar antes de acceder a la autopista. Por primera vez, Fares paseó su vista entre los pasajeros que estaban a su alrededor y, de inmediato, se le ocurrió que los portugueses tienen gran parecido físico con los árabes, y cómo no si los árabes forman parte de sus antepasados; este era un tema de muchas conversaciones y discusiones que había mantenido con los portugueses. Luego, pensó que quizás había alguien entre los pasajeros que lo estaba siguiendo, y que haberse librado de sus perseguidores en Lisboa había sido tan fácil, que invitaba a la suspicacia. Él había sido, intencionadamente, el primero en subir al autocar en la estación, para tener ocasión así de fijarse bien en los rostros del resto de los pasajeros, sin haber encontrado entre ellos a nadie que levantara sospechas, puesto que la mayoría eran ancianos y mujeres. Entre ellos, había una mujer que, al subir al autocar, le había llamado la atención de un modo especial, debido a su extraordinaria belleza y elegancia. Sin embargo, ella no le había prestado atención y tomó asiento junto al pasillo entre las dos filas de asientos, a la vista de él. Mientras, a su izquierda, se sentó una señora gruesa que en cuanto tomó asiento, y antes de que el autocar hubiera abandonado la estación, sacó pan del bolso de mano, lo abrió con una pequeña navaja, untando el pan con mantequilla y mermelada: empezó a comerlo con apetito y avidez, sin prestar atención alguna a las miradas que se precipitaron en ella. Cuando el autocar se puso en marcha, había terminado ya de comer aquel bocadillo y empezaba a pelar una gran pera, con suma atención, como temiendo herir a la fruta. Luego, cuando el

autocar se detuvo en la señal de peaje, esa señora sacó, del enorme bolso de mano, una caja que llevaba el nombre de una conocida pastelería de Lisboa desató el hilo que la rodeaba y tomó de su interior varias piezas de pastel tradicional portugués y todas las devoró.

«Son como los árabes, Nawal …: les gusta comer, pero a nosotros nos da vergüenza comer de esta manera, rodeados de ojos que nos observan desde todas partes, mientras que ellos no conocen esa clase de vergüenza, ni tampoco muchas otras clases que nos han complicado la vida a lo largo del tiempo; pues la gente aquí vive sin complicaciones, como si estuviera siempre dentro de casa … ¿¡Cómo está nuestra casa, Nawal!?»

Fares volvió a pensar en la última noche que pasó en su casa antes de viajar a Portugal… Aquella noche, en la quietud nocturna, intentaba convencerse a sí mismo y a su mujer de que marcharse era una gran equivocación y que debía quedarse en Palestina, incluso si su morada iba a ser la cárcel y su destino la tortura y la humillación diaria. Sin embargo, Nawal se empeñó en mantener la decisión que habían tomado días antes y acerca de lo que ya había debatido con los hermanos de él y de ella que, por unanimidad y sin dudarlo, la aprobaron.

Aquella ardua noche, ella le dijo:

—Tienes que marcharte a Portugal, pues es tu segundo país donde has estudiado a lo largo de años, el que visitamos juntos varias veces y donde tenemos preciosos recuerdos. Allí no serás ya un extraño, Fares. Tus amigos y tus compañeros de estudios te vienen insistiendo, desde hace tiempo, para que viajes a su país, donde te tienen preparado todo lo que necesites para que tu estancia allí no tenga complicación alguna. No pierdas esta

oportunidad, Fares. Yo no quiero que estés nunca en la cárcel a merced de estos infames.

—Pero quedarme aquí es luchar y parte inseparable de la intifada. Cientos han sido asesinados: ellos, sus hijos o sus familiares; y yo, que sigo vivo, he de resistir al ocupante de cualquier manera, incluso en el interior de la cárcel.

—¿Y quieres que yo espere hasta que estés desfigurado, torturado o muerto? Mira cómo se ha derrumbado tu salud a consecuencia de la tortura. ¿Acaso tenemos que seguir esperando hasta que mueras a manos de un perro israelí que disfruta mientras te tortura? ¿En qué habrás servido a tu patria al morir de esa manera?

Aquella discusión se había repetido cada noche desde que salió de la cárcel, puesto que el desconcierto a veces le paralizaba la mente. Cada vez que miraba a sus hijos, sentía partírsele el corazón, atormentado y triste. Sin embargo, cuando entonces pensaba en su marcha, acariciaba la esperanza de poder regresar a su patria y a su casa en un plazo próximo, ya que la cuestión de su encarcelamiento y luego la de su expulsión encubierta habían provocado interés en los medios universitarios europeos, especialmente en Portugal, de cuyas universidades había obtenido el doctorado hacía quince años.

El autocar seguía su marcha, acortando las distancias, hacia la costa del sol resplandeciente del sur de Portugal, donde le esperaba la apacible ciudad de Faro, joya de la costa, en la que había pasado sus días más bonitos con Nawal en su luna de miel y después de haber sido nombrado profesor en la universidad de Annajah, en Naplusa. En aquellos días, se sentía colmado por toda la felicidad del mundo, ya que había regresado

definitivamente a su patria, habiendo acabado sus años de estudiante expatriado y que, aun así, habían sido también dulces por haber encontrado en la docencia universitaria un importante papel que desempeñar, en la lucha de su pueblo contra el ocupante extranjero.

Desde su llegada a Portugal, donde había sido nombrado provisionalmente profesor ayudante en la universidad de Lisboa, Fares no dejaba de participar en tertulias, conferencias, y programas de radio y televisión, además de publicar en periódicos y revistas, explicando, de modo continuo y persistente, la causa de su pueblo y de su patria. Tal y como le había dicho Nawal tantas veces, en el curso de sus continuas discusiones, al referirse a que su traslado a Portugal era necesario para ayudar a que el mundo conociera el infortunio que azota a su pueblo, y no dejar el campo libre a los sionistas, impidiendo así que actuaran allí a sus anchas.

Fares sacó de su bolsillo una carta que había recibido de su mujer en la mañana de aquel día, y empezó a leerla por tercera o cuarta vez. ¡Oh, Nawal!: ¡si supieras cuánta soledad sufro en este país!… Hablas en tu carta de tu soledad y de cómo me echas de menos, y qué diría yo estando aquí sin ti y sin los niños…, sin familiares ni allegados… Una sola mirada que pudiera echar a nuestro hijo Muntaser, a quien aún ni me ha visto como tampoco yo a él, sería capaz de dotarme de la suficiente fuerza para enfrentarme a todas las injusticias del mundo. Del sobre de la carta, sacó una fotografía de su mujer junto a sus cuatro hijos, y los contempló largamente, uno a uno: Nawal con su cara resplandeciente, que parecía haber ganado algo de palidez, con el cabello negro y los ojos que destellan inteligencia y orgullo; su hijo mayor de trece años, Nidal, plantado en la fotografía con la cabeza

erguida, como siempre, mirando desafiante a la cámara, con el semblante bello de su madre. Hana, con once primaveras, cabello corto y ese halo de tristeza que reviste su rostro. Y Laila con ocho años, ojos despiertos, el cabello dorado y la sonrisa perenne que no se aparta de su cara: entre todos sus hijos, es la que, físicamente, se parece más a él. Se detuvo largamente ante la imagen de su pequeño crío, Muntaser, que nació en su ausencia. ¡¿Acaso está escrito nuestro encuentro, hijo mío?!… Sintió toda la hiel del mundo en su garganta.

De pronto, no sabe cómo, volvió a recordar a aquellos dos hombres que lo perseguían en Lisboa y cómo lo vigilaban en el café «El Temel». En aquel café, estuvo llevando su vista desde las gaviotas que volaban sobre el estuario del río, detrás de las ventanas y en trepidante movimiento sin descanso, a la mesa de ambos hombres que ocultaban sus ojos con sendas gafas oscuras. Y con el aleteo de las alas blancas y grises, en busca del sustento bajo de la superficie sucia del agua, los latidos de su corazón se intensificaban, rápida y fuertemente, temiéndose lo peor.

¡Cuántas veces le advirtieron sus amigos árabes en Lisboa del peligro que representan los israelíes! Ahora desempeña ya una importante función en la lucha contra la propaganda y las mentiras que propagan en Portugal. Incluso sus compañeros y amigos portugueses le habían repetido estas mismas advertencias, recordándole que su enemigo tiene una fe desmedida en el poder de la comunicación a la hora de falsificar la verdad, motivo por el que no permiten que los palestinos expliquen ante el mundo la verdad de su causa. Él solía agradecer a sus amigos esa alerta y tomar en serio sus consejos a la hora de adoptar medidas de precaución, máxime porque recibía en su casa llamadas

telefónicas de desconocidos con los más soeces insultos y amenazas con matarlo si no cerraba la boca y dejaba de escribir. Fares, siendo el luchador curtido que es, recordó cómo se levantó súbitamente de su asiento en aquel café, para irse de allí a toda velocidad y abrir la puerta del primer taxi que encontró en la Praça do Comércio, y se puso en camino hacia la estación de autobuses. Al mirar atrás, desde su asiento trasero del taxi, vio cómo los dos hombres se precipitaban por la puerta del café y corrían hacia el amplio aparcamiento de coches en la misma plaza. Entonces, se había asegurado de haber logrado escabullirse de ellos, y de haberse salvado de aquella persecución: la primera a la que se exponía en Portugal. Sin embargo, seguía albergando la sensación de haberse zafado de sus perseguidores de una manera que había sido más fácil de lo debido.

Fares levantó la vista de la imagen de su crío y paseó la mirada de nuevo entre los pasajeros. Delante de él, se había sentado una mujer entrada en edad, de cabello negro y largo: cada vez que volvía la cabeza y miraba hacia atrás se daba cuenta de su aspecto árabe…

«Es como tía Huda, Nawal…: solo que tía Huda tiene una nariz más fina que la de esta señora». A su lado, estaba sentado un joven moreno, de semblante severo, con el cabello negro muy corto, «como todos los que hacen el servicio militar en este país, también con aspecto árabe, totalmente, Nawal. Se parece a tu hermano Imad, y es de su edad. Todos te rodean, Nawal, aunque algunos siguen en prisión…, como le sucede al mismo Imad. Sin embargo, la prisión allí, cerca de vosotros, es más piadosa que estar errante en un país que, por más que quiero y que me quieran sus gentes, no tengo en él ni raíces ni ramas… No soy más que

una hoja seca que cayó de su árbol madre, y el viento la está azotando. ¡Oh Nawal! No soy más que una hoja que anhela su rama y que no acepta nada en su lugar… Pero ¡qué digo! ¡¿Acaso has conocido a una hoja que cayera de su rama, verde y lozana, y luego fuera de nuevo devuelta?!»

El autocar seguía recorriendo la distancia en dirección a Faro y con el coche rojo siguiéndolo de lejos, sin acercarse. A bordo iban dos hombres, uno moreno y el otro rubio con mejillas enrojecidas. Sonó el teléfono en el interior del coche, contestó el segundo hombre, habló lacónicamente con su interlocutor y colgó.

Fares continuó observando a los pasajeros a su alrededor, puesto que contemplar a la gente le proporciona gran placer y le permite conocerlos un poco, acercarse a ellos de corazón y como si palpara sus mundos ansiando conocerlos, especialmente si pertenecen a otros pueblos; cuántas veces anheló resucitar tras la muerte, una vez tras otra, y pertenecer en cada vida a un nuevo pueblo, ya que había notado, en sus múltiples viajes, que los pueblos poseen raíces muy parecidas y estrechamente relacionadas con la esencia más elemental del ser humano, lejos de las máscaras que estos pueblos se han forjado para sí mismos, para distinguirse de otros pueblos, especialmente de sus vecinos.

En medio de la vorágine de sus pensamientos, Fares se dio cuenta de la presencia de dos ojos negros que lo estaban mirando a hurtadillas. Eran los de aquella mujer joven que había captado su atención al subirse al autocar por su extraordinaria belleza. Estaba sentada junto al pasillo entre las dos filas de asientos, delante del asiento que quedaba a la izquierda de su vecina gruesa. Tendría unos treinta años, tez morena, cabello negro y facciones

finas. Para poder mirarlo —no le había prestado atención al subirse al autocar—: tenía que volverse para mirar hacia atrás…

«¡Oh! ¡Cuánto sufro por esta soledad, Nawal! … Cada vez que veo una hermosa mujer me recuerda a ti: tú que eres la más bella de las mujeres… Cuántas veces te imaginé en muchas mujeres que he visto en este país, y cuántas veces imaginé a Nidal, Hana, Laila y Muntaser, cada vez que veía a niños jugando y pasándolo bien, en un país libre donde no están sometidos a ningún ocupante… Cada vez que veo un carrito de niño empujado por la madre, me acerco y miro al niño que está en el interior, acordándome de nuestro hijo Muntaser; muchas veces sacaba su fotografía para enseñársela a la madre o al padre, al verlos extrañados por mi comportamiento… Y cuántas veces se me escapó una lágrima, mientras ellos miraban la foto con admiración, al acordarme de nuevo que yo no conocía a mi hijo más de lo que ellos acababan de conocer: una mera fotografía que personifica un solo instante de la vida… Un instante en el que ni siquiera lo he conocido, salvo a través de la fotografía… Cómo os echo de menos, Nawal. Cómo echo de menos estrecharos contra mi pecho y juguetear con vosotros, como solía hacer en días pasados cuando habíamos arrebatado el paso del tiempo en nuestra desdichada patria; aquí, veo a los padres con sus hijos y mujeres y los envidio hasta el límite. Pero, enseguida consigo contener mis heridos sentimientos, y pido a Dios toda la felicidad del mundo para ellos, para protegerlos de mi envidia.

¿Te acuerdas cuántas veces vinimos juntos a este país? Los amigos portugueses preguntan por ti y por los niños y me proponen, una vez tras otra, que os traiga a este país a pesar de lo que saben de mis anhelos de regresar al mío. Quieren convencerme

para que no regrese a Palestina, por lo menos hasta dentro de dos o tres años… Nawal, prefiero la muerte a traeros a Portugal y despojar a mi patria de vosotros y despojaros de ella… Bastante estoy yo desposeído de ella y de vosotros. Prefiero la muerte, sí, antes de sacaros de la tierra purificada como anhela el enemigo: un hecho que no comprenden, aquí, algunos de mis amigos sinceros».

La mujer entrada en edad, sentada ante él, extrajo de un saco de tela unas mandarinas cuyo aroma perfumado se esparció de inmediato, llevando a Fares a aferrarse de nuevo al espacio que ocupa su país en su memoria y que, en aquellos momentos, se nutría de vastos campos de naranjos y limoneros que resplandecían ante su vista tras la ventana, después de que el autocar saliera ya de la ciudad de Setúbal, a donde habían llegado a la hora de haber salido de Lisboa, y en cuya estación de autobuses se detuvieron por un cuarto de hora.

El conductor del autocar conducía violenta y temerariamente, compitiendo con los coches: la señora gruesa, sentada a su izquierda, vomitó en una bolsa de plástico hasta ponérsele la piel de gallina al ver como sufría y dándole pena realmente, pues había devorado alimento, tras alimento, desde que había tomado asiento.

Fares se dio cuenta de que el joven moreno de cabello corto, sentado al lado de la señora que estaba en el asiento delante del suyo, mantenía con ella una conversación que al parecer había suscitado el interés de la mujer. Han congeniado, aunque la señora sería de la edad de la madre del chico, o quizás ese fue el motivo de haber simpatizado. La señora empezó a enseñarle al joven fotografías de miembros de su familia. Fares, desde su

asiento, detrás de ella, veía esas fotografías al mismo tiempo y la señora incluso se volvía hacia él de vez en cuando, como invitándole a participar en la conversación y a ver las fotografías, pero Fares se mantenía callado y se limitaba a pronunciar cualquier palabra de aprobación cada vez que ella se volvía y le hablaba, mientras que el ruido del autocar, en su marcha a toda velocidad, se encargaba de borrar aquellas fugaces palabras.

«Las fotografías, Nawal, son las de una señora sentada en un jardín, que no es esta señora, otra fotografía es de un niño sentado en un asiento de forma cilíndrica y rodeado de colores creados por el fotógrafo en el estudio, otra es de dos críos de unos tres años de edad, ambos de pie, cogidos de la mano…: las mismas fotografías familiares que veíamos en Estudio Palestina, en la Plaza de Al Manara en Ramalah, cada vez que íbamos allí para hacernos fotografías, nosotros y nuestros hijos, bastante parecidas a estas. Quisiera, Nawal, enseñar, a esta señora y al joven, las fotografías de nuestros hijos que hoy he recibido de ti, pero no tengo humor para mantener una larga conversación con ellos».

El joven empezó a desenvolver un bocadillo con suma tranquilidad, mientras no dejaba de seguir lo que le decía la señora. Sacó el bocadillo del papel de aluminio que lo envolvía y le dio vueltas en sus manos, escudriñándolo, luego, separó las dos partes de pan para ver el filete de carne que había en el medio. Parecía como si estuviera investigando el bocadillo y volvió a unir ambas partes, pareciendo que estaba plenamente satisfecho y empezó a comer con toda tranquilidad y detenimiento, lo que no encajaba con su tierna juventud. Estaba masticando con cuidado y no dejaba de dar vueltas al bocadillo entre sus manos y de abrirlo

de vez en cuando, como queriendo asegurarse de que la carne no se había escapado de allí.

«¿Te acuerdas de los bocadillos de Portugal, Nawal? Te gustaban y decías que su pan es blando y apetitoso… Seguro que gustará a los chicos si me visitáis aquí…, pero, por más ricos que sean estos bocadillos, no serán comparables a los que preparas con tus manos: los bocadillos de aceite y tomillo, los de queso de Naplusa, los de falafel, de hummus y de ful[3] ¿Dónde están ahora esos bocadillos para que los devore sin contemplaciones, acompañados de un vaso de té con salvia, que me preparas con tus manos y tu cariño?»

La mujer joven seguía mirándolo a hurtadillas. Miradas que percibió con seria curiosidad y que provocó su extrañeza. A su lado, se encontraba un joven negro de pelo rizado, sin que ambos hubieran intercambiado una sola palabra desde el inicio del viaje. La verdad es que pocos pasajeros mantenían conversaciones, puesto que el resto estaba ocupado en leer, contemplar o dormir.

El hombre, sentado detrás de la mujer gruesa, encendió un cigarrillo y exhaló el humo en dirección a su asiento, lo que hizo que ella se volviera hacia él y lo reprendiera con fuerza: entonces, el hombre se apresuró a apagar el cigarrillo sin responderla. Nadie fuma dentro del autocar salvo un chico y una chica que se habían sentado en la última fila de asientos.

Fares contempló las nubes a la derecha e izquierda del autocar: se asemejaban a un mosaico de dimensiones ilimitadas, formado por un sinfín de pequeñas nubes. Algunas eran blancas y otras grises y unas pocas nubes, grandes y negras, cada vez que

[3] Platos vegetarianos típicos de Palestina.

las miraba, le transmitían más sensaciones de angustia domeñada, contenida en su pecho. Así, empezó a jugar con las nubes, empeñándose en dominar más aún la angustia, dejando de contemplar a los pasajeros y de remover su memoria, por unos momentos.

Estaba acostumbrado a jugar con las nubes: lo hacía desde que era niño, especialmente cuando viajaba con su madre desde Ramalah, donde vivían, a Amman. Aquel viaje se repetía dos o tres veces al año. Estaba ahora allí…; y de nuevo se aferró a la memoria. Esa nube tiene forma de gato, esa parece un león…, aquella es como un león persiguiendo a un pato y aquella otra parece un hombre sentado. Las nubes corren en sentido contrario al autocar…

«Nawal, aquellos viajes míos con mi madre eran para pasar las vacaciones en casa de mi abuela en Amman… ¡Cuántas veces te habré hablado de aquellos viajes que para un niño eran como los viajes de Ibn Batuta!… Como si fueran producto de la fantasía…, esperaba aquellos viajes impacientemente por lo que significaban para mí ver paisajes que no había manera de verlos salvo viajando y, también, por lo que me esperaba en Amman: una libertad a la que no estaba acostumbrado en Ramalah… Mi madre, distraída en casa de mi abuela al estar ocupada con su madre y con sus hermanos, no podía ocuparse tanto de mí; además, allí encontraba amigos con quienes jugar en aquel lado del monte de Annazif, cuando las casas allí se contaban aún con los dedos de las manos; con aquella tierra, las rocas y el verdor llamándonos a toda clase de juegos, consumiendo así la mayor parte del día. Era la década de los cincuenta, benditos años aquellos, que nuestra triturada generación tuvo que sustraer a hurtadillas».

De nuevo fue sorprendido por la imagen de los dos hombres que lo persiguieron en Lisboa, a la vez que sentía una pesadumbre que lo arrollaba, que le aplastaba el pecho y le encogía el corazón… Se preguntaba qué querrían de él aquellos hombres, y empezó a imaginar lo que pretendían, sin dudar, ni por un momento, que eran israelíes.

En aquellos momentos, lamentó no llevar un arma para defenderse, él que no había llevado un arma en su vida. Se acordó de las veces en las que sus amigos, portugueses o árabes, le aconsejaban llevar una pistola con licencia, sin embargó se negaba diciéndoles que la muerte es ineludible para aquel a quien persiguen los asesinos para matarlo, por muchas armas que llevase y por muy alerta que estuviese. Les decía, además, que prefería no estar armado, para que, en caso de que se ejecutase el crimen, que supiera todo el mundo que sus asesinos son unos despreciables canallas que suelen matar a personas indefensas, exactamente igual a como venían asesinando a diario a su pueblo desarmado, y a la vista del mundo entero.

De repente, sus ojos y los de la joven morena se encontraron al volverse ella hacia él de nuevo, haciéndole, así, olvidarse instantáneamente de sus obsesiones. Hubiera querido que fuera ella quien se sentara a su lado, en vez de esta señora gruesa, que no dejaba de comer, dormir y vomitar. Parecía como si la intensidad de la pena, que padecía a causa de la presión de sus recuerdos y obsesiones, lo llevara a desear que la morena hubiera sido su compañera de viaje, y haber estado conversando con ella, pues sus ojos destellaban inteligencia y dejaban entrever una personalidad cuya conversación sería capaz de apartarle del dominio de la añoranza y la ansiedad. No pretendía obtener de aquella

bellísima mujer, que no dejaba de mirarlo de vez en cuando y con mucha educación, salvo una agradable conversación, puesto que su corazón no ansiaba mujeres ni había lugar libre en él donde cupiera alguna mujer. El amor de Nawal colmaba su corazón y la propia vida.

«Sí, Nawal, tu amor me separa de ellas, y eso es una promesa que me hice desde que nació nuestro amor y luego fue nuestro matrimonio… El amor que encontré entre tus manos, en tus ojos, en tus ansias de mí cada vez que me alejaba de ti o volvía a ti, es en realidad la sólida presa por donde no se filtra en mi corazón ninguna mujer, por muy bella y muy femenina que pueda ser. Así que estate tranquila. Todo esto lo debemos a tu amor que empezó a latir en mi corazón desde que solíamos jugar en el patio de la casa de mi abuela, en Amman. Las baldosas de aquel patio me hechizaban al tener dibujados cuadrados blancos y otros negros, y allí solíamos, tú y yo, pasar las tardes veraniegas jugando sin descanso con mis primos. Entonces, tú eras la más bonita de las chicas de aquel incipiente vecindario. ¿Sabes, Nawal?: he visto en Lisboa y en otras ciudades portuguesas, en casas e incluso en oficinas gubernamentales también, las mismas baldosas de aquel patio, al haber sido construidas en la misma época en la que éramos aún niños: tú en Amman, al este, y yo en Ramalah, al oeste: en aquellos días, cuando aún no distinguíamos este de oeste. Yo esperaba aquellos viajes con una ilusión que se intensificaba con el paso de los años, hasta llegar a su auge cuando ya estábamos hechos y derechos, y sentía en mi corazón el mismo anhelo de ti que me tortura hoy día, el mismo que conocí, salvaje, destrozándome las entrañas, cuando me encontraba en prisión, no lejos de ti y de nuestros hijos».

El regreso de Fares a su memoria se hacía cada vez más intenso, y con ello se agrandaba el nudo de angustia en la garganta, volviendo a jugar con las nubes, mientras los verdes campos fluían ante sus ojos, plácida y pacíficamente, salpicados por aldeas, casas esparcidas, campesinos afanándose en sus tierras, campos de naranjos, limoneros y mandarinos, y las vastas extensiones de tierra donde están enfilados los olivos hasta el infinito.

Tres horas después de haber salido de Lisboa, el autocar se detuvo junto a un gran café a las afueras de una aldea. Los pasajeros se apresuraron a bajar del vehículo a la carrera, precipitándose por llegar a tomar algo de comida o bebida. Fares se quedó en su sitio, quieto y absorto, observándolos en su carrera, sin tener intención de moverse del sitio. Le sorprendió ver que la mujer joven tampoco se levantaba, y después vio que lo estaba mirando cuando ya no quedaba nadie más en el autocar a parte de ellos dos, además del conductor, que, a su vez, los estaba observando desde su asiento a través del espejo retrovisor para saber si iban a bajar o no. Sentía que algo pesado, tan pesado como las montañas que se erguían detrás de aquella aldea, y que le aplastaba el pecho y lo mantenía inmóvil en su asiento, con la mirada perdida a través de la ventana. Miró hacia aquella señora a ver si había abandonado su sitio y la encontró mirándolo con sumo interés que no intentaba ocultar. Luego, oyó al conductor preguntándoles en voz alta si bajaban o no, porque quería ir al café y dejar las puertas del autocar cerradas. La voz del conductor lo rescató del mundo de la contemplación, mientras que las recurrentes miradas de la mujer le habían transmitido algo de calidez a su corazón, haciéndole recuperar el interés por lo que había a su alrededor.

De repente dijo ella, con voz fuerte y muy femenina:

—Sí. Vamos a bajar.

Se quedó atónito, por un instante, al ver que aquella señora contestaba en su nombre, como si ambos se conocieran desde hacía tiempo. Ella se levantó, lo que le permitió contemplar su esbelta figura y su elegancia; mientras ella estaba de pie, mirándolo sin disimulos, con resplandeciente rostro y dulce sonrisa, percatándose él de inmediato que estaba ante una mujer refinada y distinguida. Espontáneamente, una sonrisa emanó de sus adentros, recorrió sus venas para ir a posarse en sus labios, ancha y palpitante. Se levantó y, seguro de sí mismo, se acercó a ella que lo estaba esperando, y le dijo, como si de verdad se conocieran de hacía tiempo:

—Vámonos.

Fares no se dio cuenta, mientras entraba en el café detrás de su acompañante, de que un coche rojo, con dos hombres en su interior, llegaba en aquel momento al aparcamiento y se había parado cerca del autocar. No sabía que sus rastreadores habían logrado perseguirlo en Lisboa hasta la estación de autobuses, y que habían estado persiguiéndolo a lo largo de las últimas tres horas.

Dentro del café, había mucho tumulto lo que suponía gran esfuerzo para los camareros que servían a los clientes detrás de la barra de mármol; entonces, Fares y su acompañante intercambiaron miradas de indecisión, hasta que ella señaló una mesa y ambos se apresuraron para ir a sentarse. Mientras el camarero se fue para traer lo que habían pedido, ella empezó a hablar:

—Ruego que no se extrañe de mi comportamiento: ya nos conocemos de antes.

A Fares le sorprendieron sus palabras, pero no dijo nada, a la espera de que continuara hablando.

—He leído sus dos libros acerca de la cuestión palestina y sus muchos artículos en la prensa, además de haber asistido a muchas tertulias en las que usted ha participado, y a muchas conferencias que ha dado en Lisboa. También lo vi en televisión. Usted es el profesor Fares: ¿no es así?

Dijo estas últimas palabras con una dulce sonrisa, que adornaba su semblante, añadiendo más encanto a su belleza. Fares, que seguía aún asombrado, no pudo más que mascullar:

—Sí. Sí. soy el doctor Fares.

—En cuanto a mí, me permito presentarme —continuó—. Soy la doctora Amarilis Silva, su compañera en la universidad, pero en la facultad de Ciencias Políticas, donde doy clase.

Fares se sintió relajado; por fin conocía la identidad de su interlocutora y el motivo de su interés por él.

—Es un honor conocerla, doctora Amarilis —dijo recuperando su primera sonrisa con ella.

—El honor es mío al conocerlo a usted. Le confieso que me hubiera gustado haberlo conocido antes, pero, siempre que acudía a sus conferencias, se encontraba rodeado de sus alumnos y de los asistentes, estando todos ávidos por saber algo más acerca de la cuestión palestina.

—Si lo hubiera sabido habría acudido yo mismo a la facultad de Políticas.

—Realmente resulta una casualidad extraordinaria encontrarme con usted en un autocar. No estaba segura al principio de que fuera usted, y no lo estuve del todo hasta que paró el autocar aquí.

Dijo eso y se rio de corazón, riéndose él también, con Nawal y con sus cuatro hijos que no abandonaban su mente. Sentía una amargura instalada en el pecho, sedimentada en el fondo de su ser, después de haberse acumulado allí a lo largo de los años. Pero, a la vez, se había sentido satisfecho por haber conocido a aquella señora y por su interés hacia la causa a la que él consagró su vida.

Durante el tiempo en el que el camarero dejaba en la mesa dos tazas de café, ella dijo:

—Quiero decirle, profesor Fares, que su venida a Portugal hace dos años…

—¿Y sabe también que yo vine a su país hace dos años? —la interrumpió jocoso y mostrando extrañeza.

—¡Y quién no conoce eso entre los ilustrados en este país! Su causa, desde que fue hecho prisionero en Israel…

—Palestina…, por favor: es Palestina —la interrumpió nuevamente.

—Sí …, disculpas —rectificó ella—. Decía, que desde su detención en Palestina hace cinco años y hasta su llegada a Lisboa hace dos años, su causa estuvo rodeada por un amplio interés en los medios de comunicación y universitarios, especialmente por las dos universidades donde usted fue graduado: Coímbra y Lisboa.

—Efectivamente —comentó él mientras sacudía la cabeza—: aquí encontré mi segundo país, desde mi primera carrera.

—Quería decir, que su venida a Portugal trajo gran beneficio para la causa palestina, pues el escenario aquí se encontraba vacío salvo por parte de ellos, quiero decir de los judíos, actuando a su antojo.

—Los israelíes y los sionistas, por favor —volvió a interrumpirla—. Nada tengo contra los judíos.

—Lo sé, doctor Fares —le contestó con su encantadora sonrisa—. Soy yo quien dice los judíos y no usted. Decía, que no solíamos conocer apenas nada acerca de la verdad de la tragedia palestina, narrada por su propia gente. Personas como usted son sumamente necesarias en todas las partes de Europa y América.

—No creo, doctora Amarilis, que mi presencia aquí tenga toda esta importancia. Desearía ver aquí a una sola persona que haya cambiado de opinión o de postura a favor del pueblo palestino, después de haberme leído o escuchado.

Amarilis puso las manos sobre la mesa, alargándose hacia Fares, fijando sus ojos en los de él, mientras su sonrisa se desvanecía, por primera vez, desde que iniciaron la conversación.

—Profesor Fares —dijo—. Parece que no me ha reconocido usted aún. Me he presentado, pero mi nombre no le recuerda nada: ¿es así?

Fares quedó sorprendido por la súbita seriedad de su acompañante, aunque eso no le restaba nada de belleza ni de amabilidad. Sacudió la cabeza, asombrado, desvaneciéndose, también, su sonrisa.

—Lo siento, pero no entiendo lo que quiere decir —dijo él como no sabiendo a qué atenerse.

Amarilis volvió a sentarse como estaba antes, tomó el último sorbo que quedaba de café en su taza.

—Hasta hace un año, doctor Fares, yo era una de los más impertinentes defensores del Estado de Israel en este país, y solía visitar su país ocupado una o dos veces al año: a veces, por la invitación de la Universidad Hebrea y, en otras ocasiones, por la

televisión israelí o por asociaciones culturales e instituciones sionistas.

Amarilis se dio cuenta de los signos de asombro que revestían el semblante de Fares, mientras la escuchaba con sumo interés.

—Mis compañeros portugueses y yo —prosiguió diciendo— recibíamos allí un trato exquisito de bienvenida, pero nunca visitábamos las zonas habitadas por los árabes, salvo ocasional y apresuradamente. Solían colmarnos de regalos, viniera o no a cuento.

Amarilis se detuvo por un momento, escrutando el efecto que dejaban sus palabras en Fares, que no articulaba palabra, estando como estaba, bajo el efecto de aquella sorpresa.

—Mis compañeros y yo estábamos empapados por la propaganda de ellos, sin que ni siquiera se nos ocurriera mirar hacia la verdadera cara de ese estado, ni hacia los cimientos sobre los que fue levantado, ni tampoco hacia el pueblo palestino que, para nosotros, no era más que una chusma de bárbaros que anhelaban destruir un estado civilizado y aniquilar a su pueblo, exactamente como nos había inculcado su propaganda a lo largo de muchos años.

Aquí reaccionó Fares, empezando a recuperar la sonrisa:

—Este es el método que siguen en todas partes del mundo para incitar a sus pueblos contra los palestinos, que son víctimas del aniquilamiento diario.

Amarilis lo escuchó atentamente, mientras sacudía la cabeza en señal de aprobación:

—Hasta que un día leí su libro, doctor Fares, «La esencia del Estado de Israel», que me sacudió de arriba abajo.

—¡¿Cómo?!

—Le digo, que el libro me sacudió intelectual y emocionalmente. Encontré que mis creencias y los cimientos de mis conocimientos acerca de ese estado eran raquíticos e incapaces de resistir un solo argumento palestino. Sentí que el autor del libro era como el degollado que se queja ante el carnicero, al igual que el ahorcado ante el verdugo.

—Es así, qué excelente es esta expresión —la interrumpió impaciente.

—Desde aquel día, empecé a seguir sus conferencias y tertulias, y a sentirme orgullosa de su presencia en mi país donde lo necesitamos mucho en este campo, para que conteste a los embaucadores que manipulan nuestras conciencias.

—Veo que les tiene mucha rabia. Al parecer la han perjudicado bastante.

—Efectivamente. A lo largo de años, han ido dañando mi mente y mi conciencia. Doctor Fares, yo fui quien le contestó muy ferozmente cuando publicó usted su primer artículo en Lisboa, días después de su llegada, explicando su sufrimiento en las cárceles de Israel y el padecimiento de miles de prisioneros palestinos encarcelados y torturados allí. ¿No lo recuerda?

Fares frunció el ceño ante la nueva sorpresa, y pronto se acordó de aquel artículo de ella, hacía unos dos años, y recordando, entonces, su nombre como reconocida defensora de Israel. Sin embargo, la ausencia de artículos suyos, a lo largo del último año, había hecho desvanecer su nombre en su memoria.

—¡Oh! ¡Ahora me acuerdo! —exclamó muy alegremente— Usted es Amarilis Silva, la que me atacó varias veces y no solo una vez como dice.

Dijo esto, y lanzó una carcajada sonora, al tiempo que la sonrisa de ella se ensanchaba más aún ante su jovial reacción al recuperar aquel recuerdo que, en aquellos momentos, quedaba claro que ya estaba marchito.

—¿Por fin se acordó, profesor? Es verdad que aquel no fue mi único artículo contra usted. ¡Cuántas veces lo acusé de mentir al principio!: le ruego me disculpe.

—Disculpada estás, Amarilis, puesto que aquí hay muchos como tú, engañados. Ahora sí que me acordé, y este recuerdo aumenta mi felicidad por haberte conocido. Ruego me permitas tutearte y llamarte solo por tu nombre.

—Al revés, me hace feliz que me llames por mi nombre, como muestra de nuestra nueva amistad.

—Gracias por tus nobles sentimientos.

—Desde que leí aquel libro tuyo me acostumbré a leer, con nuevo espíritu, todos tus artículos, procuré ver los programas de televisión en los que estabas invitado y asistir a las conferencias en las que participabas.

—Me siento feliz por todo tu interés.

—A demás, empecé a devorar los libros acerca de la cuestión palestina escritos por palestinos, árabes y a quienes apoyan su causa. Antes de leer ese primer libro tuyo, solía despreciar todas esas obras y ni siquiera intentaba leerlas. Todo eso produjo en mí un gran cambio que hizo que anhelara conocerte.

—¿Has leído mi segundo libro en portugués?

—Sí, en cuanto apareció, hace seis meses.

Amarilis se apresuró a abrir su bolso, de donde sacó un libro.

—Aquí está —dijo mientras ponía el libro ante él y en la mesa—: lo traje conmigo para releerlo en Faro, donde pasaré algunos días en casa de mi madre.

Fares quedó nuevamente sorprendido y, al ver su libro en la mesa personificando en ella el resultado de su obra intelectual y hablándole con entusiasmo y confianza, se sintió embargado por una felicidad que pensó que debía ser el culmen mismo de la felicidad.

—¿Y ahora? —preguntó impaciente—, ¿Cuál es tu postura pública hacia Palestina y su pueblo?

—¿No has leído el periódico «Jornal de Noticias» de hoy?

—No: lo compré, pero aún no lo he leído.

Entonces, Amarilis se levantó, se alejó apresurando los pasos, mientras que él la seguía con la vista, preso de la sorpresa que no le había abandonado desde que se sentó con ella. No habían transcurrido más que unos instantes cuando regresó con el periódico en la mano, lo abrió en una de las páginas delante de Fares, cuyo semblante había adquirido una súbita seriedad. Su vista se posó en un artículo que ocupaba una página entera.

—Espero que el artículo te guste y que haya acertado —dijo mientras volvía a tomar asiento.

Fares leyó el título del artículo con voz audible: «Israel, el Estado patraña».

El profesor se quedó atónito cuando leyó las primeras frases del artículo de Amarilis y sus ojos se empaparon de lágrimas mientras su corazón se colmaba de satisfacción. En ese momento, sintió que la sensación de amargura adherida a su corazón, desde hacía muchos años, había sido arrancada de raíz.

Amarilis se dio cuenta de lo que embargaba a Fares, desbordante de emoción y, entonces, le cogió las manos.

—Fares, tu trabajo es extraordinario —dijo cariñosamente—, y es fundamental para la liberación de la tierra y del pueblo de Palestina, y para liberar la mente aquí, en mi país.

—¿Este es tu primer artículo desde tu nueva postura pro-Palestina? —preguntó con voz temblorosa a causa de lo conmovido que estaba y mientras ella retiraba sus manos tranquilamente.

—No …: es el segundo.

Ella se quedó callada por un momento, luego le preguntó:

—¿Sabes cuál fue el título de mi primer artículo?

Fares sacudió la cabeza a modo de respuesta negativa, a la vez que la contemplaba en silencio.

—Su título fue: «A los palestinos pido perdón».

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Se publicó ocupando una página entera de este periódico. Ahora, soy uno de los más sinceros defensores de vuestra causa justa, que ya es la mía y la de varios de mis compañeros que en el pasado reciente fueron utilizados para servir a Israel, sin darnos cuenta de la gravedad del crimen que estábamos perpetrando contra tu torturado pueblo.

—¡Qué feliz me siento escuchando estas palabras tuyas!

—Porque se trata de la verdad. Y ahora, que te acabo de conocer en persona, te pido perdón personalmente.

Sus palabras lo sacudieron de nuevo.

Al contrario, muchas gracias a ti —se apresuró a decir humildemente—. Me has iluminado el corazón con esperanza y arrancado su desconcierto. Si te conociera mi esposa y supiera lo que acabas de hacer conmigo: te hubiera dado infinitas gracias.

Amarilis parecía no entender lo que quería decir Fares con su última frase, por lo que le explicó, con algún detalle, las discusiones que tuvo con su esposa sobre la necesidad imperiosa de marcharse fuera de Palestina.

El conductor del autocar llamó a los pasajeros avisándoles del fin del descanso y, entonces, Fares y Amarilis se levantaron. Fares ya creía plenamente en la grandeza del trabajo que estaba realizando al servicio de su patria y de su pueblo. Antes de dirigirse ambos hacia la puerta del café, Amarilis lo detuvo.

—Profesor Fares —le dijo—: quiero que me permitas ayudarte en tu labor; conmigo están algunos profesores, alumnos y periodistas deseosos de servir a Palestina informativamente, tras habérseles aclarado la vista después de tenerla nublada. Podemos ayudarte en la investigación, en la publicación, y en organizar eventos.

La satisfacción era visible en el semblante de Fares al oír aquellas palabras.

—Es un gran honor para mí, Amarilis —dijo mientras estrechaba su mano a modo de rubricar el nuevo acuerdo entre ambos—. Me siento hoy el hombre más feliz sobre la faz de la tierra, y todo gracias a ti. Pero, tengo una petición muy importante que hacerte.

—¿Qué es?

—He recibido muchas amenazas por parte de ellos —dijo con voz que emanaba de lo más profundo de su ser, y mientras caminaban hacia la puerta.

Se calló por un momento, al mismo tiempo que se oscurecía el semblante de Amarilis, al percatarse de la gravedad de la situación.

—¿Me prometes estar al lado de la verdad por más que te cueste; incluso si llegan a cumplir sus amenazas contra mí?

Amarilis lo detuvo de nuevo, a pocos pasos de la puerta, con el resto de los pasajeros rodeándolos y encaminándose todos hacia el autocar que esperaba en el exterior.

—Te juro que lo haré —dijo mientras lo miraba intensamente con encantadores ojos—. Mi conciencia me tortura cada vez que recuerdo los años que pasé atacando a la víctima y aniquilándola informativamente.

Fares le agarró sus manos calurosamente y con ojos chispeando expresiones de satisfacción y agradecimiento.

—Te lo agradezco, Amarilis —dijo—. Muchas gracias.

Su corta conversación, que no había durado más de veinte minutos, había creado entre ellos un fuerte vínculo de mutua confianza. Ella le prometió, también, acudir a escuchar su conferencia en Faro, en la tarde de ese día.

Cuando Fares y Amarilis atravesaron la puerta del café, un poco retrasados respecto al resto de los pasajeros, el coche rojo se lanzó desde el aparcamiento, provocando un tremendo ruido que hizo que volvieran la vista hacia él los pasajeros que aún no habían subido al autocar: asaltados por el pánico al ver el coche lanzado cual flecha hacia ellos, quedándose algunos pasmados e inmóviles en su lugar, mientras que otros se disponían a huir lejos del camino que enfilaba el coche.

Fares y Amarilis se quedaron clavados en su sitio al observar que el coche se lanzaba hacia ellos. En aquel momento, en el que el tiempo se quedaba congelado de pánico ante lo que llegaba inevitablemente, Fares lo comprendió todo, y empujó a su acompañante al suelo en el momento que el hombre rubio abría fuego

desde su ametralladora contra Fares atravesando su cuerpo con un cúmulo de balas en medio de sollozos y gritos de la gente.

El coche rojo desapareció por la carretera dejando tras de sí una espesa polvareda. Pasaron unos momentos antes de que Amarilis, tirada en el suelo y con la cara polvorienta, pudiera asumir lo que había pasado, lanzándose acto seguido a donde se encontraba Fares.

—Hijos de perra… infames… lo han asesinado… lo han asesinado —gritaba enloquecida, con los ojos inyectados de sangre.

Amarilis no dejaba de gritar, de rodillas junto a Fares, que estaba tirado boca abajo, con la sangre fluyendo de su cabeza y espalda. Sus gritos y sollozos se intensificaron al ver la sangre de Fares, mientras que la gente empezó a congregarse alrededor de los dos: unos callados y atónitos, y otros chillando y pidiendo llamar a la policía o al médico, a la vez que vertían toda clase de insultos a los asesinos.

Amarilis levantó la cabeza hacia el tumulto que la rodeaba.

—¿Es que no hay ningún médico? —les gritaba—. Llamad a un médico, deprisa.

Luego, ella se atrevió, en el punto culminante de su ataque nervioso, a mover el cuerpo de Fares. Uno de los presentes la ayudó a darle la vuelta, mientras que ella sollozaba con llanto ahogado, y encontrándose a Fares mirándola, con esa sonrisa que no había abandonado sus labios, pese al polvo que le cubría la cara. Ella, al levantarle la cabeza con la mano y limpiarle el polvo, se percató que estaba sin vida.

Té o café

1

Mansur: *Assalamu alaikom* (Hola, buenas)

Husein: *Alaikomassalam* (Buenas, hola)

Mansur: Quisiera ver al hermano Abu Nabil.

Husein: ¿El hermano Abu Nabil? ¿Quién es usted?

Mansur: Soy Mansur Atiyah.

Husein: ¿Y qué más? ¿Resides en este país?

Mansur: Sí.

Husein: ¿Desde cuándo?

Mansur: Desde hace tres meses.

Husein: O sea, nuevo. ¿Y por qué quiere ver a Abu Nabil? ¿Lo conoce? ¿Tiene una cita con él?

Mansur: No lo conozco y no tengo cita con él. Pero…

Husein: ¿Tienes un pasaporte o un carnet de identidad?

Mansur: Sí. Tenga.

Husein: Eres de Ramallah[4] y tienes 19 años. Bienvenida la juventud de la intifada[5]. Aparentas ser mucho mayor de tu edad.

Mansur: Muchas gracias.

Husein: Pero Abu Nabil no recibe a nadie sin cita previa. ¿Podemos atenderte nosotros?

Mansur: Debo entrevistarme con Abu Nabil.

Husein: ¿Es que no tenemos suficiente categoría para usted?

Mansur: No, por Dios, no es eso. Créame, salvo el director de esta oficina[6], en persona, nadie sería capaz de resolver mi problema.

Husein: ¿Y eso, por qué? ¿Se trata de un problema secreto?

Mansur: Algo así.

Husein: Pues, señor Mansur, Abu Nabil no lo va a recibir, por lo que le ruego que no siga perdiendo su tiempo y no haga que yo pierda mi tiempo tampoco.

Mansur: No vine aquí para hacer que usted pierda su tiempo ni para perder el mío. Y le recuerdo que su tiempo, en calidad de empleado de esta oficina de la Organización para la Liberación de Palestina, pertenece a todo palestino que llama a vuestra puerta.

Husein: Nosotros te hemos respetado y te hemos dado la bienvenida por ser de la juventud de la intifada, así que, por favor, compórtate con respeto, si no…

---

[4] Una de las principales ciudades de Cisjordania (Palestina).

[5] Rebelión popular palestina contra la ocupación israelí, 1987-1991.

[6] Nombre que se daba a las sedes de las representaciones diplomáticas de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), en las capitales de los países que no reconocían a Palestina como Estado.

Mansur: ¿Si no qué? Quiero entrevistarme con tu jefe, y que sepas que no temo a nadie, ni a ti ni a mil como tú. Hace años que he perdido el miedo.

Husein: Válgame Dios. Vienes aquí para faltarnos al respeto en nuestra propia casa.

Mansur: Yo no te falté al respeto. Tú eres quien empezó a dirigirse a mí con desdén sobre hacerte perder tiempo, como si no supiéramos en que gastáis el tiempo en estas oficinas tan elegantes. Además, esta no es tu propia casa, sino que también es la mía, tal como lo prueban las heridas que tengo en el pecho y lo prueban también los dos años que pasé en prisión bajo tortura, señor empleado, usted tan acomodado…

Abu Jaled —gritando—: ¿Qué es este escándalo? ¿Qué está ocurriendo en la planta baja?

Husein: Nada. Un distinguido hermano que viene para ver a Abu Nabil, sin cita.

Abu Jaled: Sea bienvenido. Abu Nabil está ocupado, haga el favor de acompañarme a mi despacho, quizás pueda ayudarlo. Sígame.

Mansur: Bien.

Husein —hablando entre dientes—: ¿Esos son los jóvenes de las intifadas de los que estamos mareados de tanto que se habla sobre sus historias y su lucha? Alabado sea Dios.

* * *

Abu Jaled: Siéntese. ¿Su nombre, por favor?

Mansur: Mansur Attiyah.

Abu Jaled: ¿Cuál es el problema, hermano Mansur? ¿A qué venía todo ese griterío?

Mansur: El empleado de abajo me faltó al respeto y me hablaba como si estuviera echándome fuera.

Abu Jaled: Bien. Me disculpo en su nombre por las molestias que le haya causado. Pero: ¿en qué podemos servirle?

Mansur: ¿No hay posibilidad de entrevistarme con Abu Nabil?

Abu Jaled: Abu Nabil está ocupado. Tiene la visita de un embajador árabe.

Mansur: ¿Un embajador árabe? ¿Qué asunto tan importante es capaz de hacer que un embajador árabe venga hasta aquí a las 10 de la mañana? Tengo un problema mucho más importante que el de ese embajador. Es un problema de vida o muerte para mí.

Abu Jaled: ¡Dios nos guarde! ¡Tranquilícese, buen hombre! ¿Qué toma? ¿Té o café?

Mansur: Gracias. Cualquier cosa.

Abu Jaled —llamando con voz alta—: Munes…Munes… Tú, Munes.

Mansur: Déjelo, no tiene que molestarse. No hace falta ni té ni café.

Abu Jaled: No me dijo de dónde es usted.

Mansur: Vine de Palestina, de Cisjordania, hace tres meses.

Abu Jaled: ¿O sea, vienes de la intifada?

Mansur: Sí, de Ramallah.

Abu Jaled: Es un honor para mí, Mansur. Siendo así, agasajarlo es todo un honor para nosotros. Tú, Munes… ¿A dónde se habrá ido ese malnacido? … Tú, Munes, desgraciado. Discúlpeme un momento: ¿Dónde está el malnacido de Munes? ¿Es que cada vez que queremos tomar una taza de té debemos buscarlo

por todas las plantas del edificio? ¡Maldito el país que lo vio nacer!

Mansur —hablando entre dientes—: ¡Que Dios me dé paciencia! Se fue dejándome aquí. Veamos cuando regresa.

Abu Said: *Assalamu alaikom* (Hola, buenas). ¿Dónde está el hermano Abu Jaled?

Mansur: Se fue a buscar a Munes.

Abu Said: Soy Abu Said, responsable de los asuntos de estudiantes aquí, en la oficina, y tú tienes aspecto de ser estudiante. ¿Cómo te llamas?

Mansur: Mansur Atiyah.

Abu Said: Encantado. ¿Eres residente en este país?

Mansur: Vine de Ramallah hace tres meses.

Abu Said: Entonces me sentaré contigo, ya que vosotros, los llegados de la tierra patria, tenéis una fragancia especial y vuestra conversación es toda una *baraka* (bendición). Cuéntame. ¿Qué tal las cosas allí?

Mansur: Las cosas allí son de pura porquería, hermano Abu Said, y lo sabe usted mejor que yo, ya que no hay duda de que vosotros aquí estáis al tanto de lo que acontece, de las desgracias en la tierra patria.

Abu Said: Te veo algo nervioso, hijo. Claro que seguimos vuestras noticias, pues gracias a vosotros tenemos la cabeza alta entre los árabes y en el mundo entero.

Mansur: En cuanto a nuestras cabezas están sumidas en el barro, y nuestros bocados untados de barro, y en cuanto a nuestra vida está manchada de barro, y en cuanto al barro en nuestra tierra, está manchado de nuestra sangre.

Abu Said: ¡Dios nos guarde! No, si está claro que estás nervioso. ¿Eres amigo de Abu Jaled?

Mansur: No. La primera vez que lo veo. Iba a explicarle mi problema cuando me dejó y se fue a buscar una taza de té.

Abu Said: El hombre quiere agasajarte.

Mansur: Y yo lo agradezco. ¿Pero dónde está? Vine aquí en busca de una solución a mi problema, y no buscando una taza de té.

Abu Said: Soy el responsable de los asuntos de estudiantes aquí, y tu problema entra en mi ámbito de competencia. ¿Por qué no me lo explicas a mí?

Mansur: ¿Y Abu Jaled? ¿Cuál es su responsabilidad?

Abu Said: Abu Jaled es el responsable de la administración de esta oficina, y nada tiene que ver con los problemas de fuera de la oficina. Venga, levántate y ven conmigo a mi despacho para hablar tranquilamente, y Dios mediante no saldrás de aquí sin estar satisfecho. ¡Hombre! ¡¿Vienes de Ramallah y vamos a dejar que te vayas insatisfecho?! No, por Dios que no. Haz el favor, sígueme.

* * *

Abu Said: Este es mi despacho. Entra. Bienvenido. Siéntate.

Abul Fadl: ¿Dónde has estado, Abu Said, hombre? Llevo media hora aquí plantado, esperándote. ¿Acaso no hemos quedado en vernos aquí a las diez de la mañana para salir juntos para el aeropuerto y recibir a Abu Munir? Ya son las diez y media, hombre. ¡Qué clase de citas son estas!

Abu Said: Hola, Abul Fadl. Te presento a Mansur…: de los jóvenes de la intifada que tu admiras. Nos tienen con la cabeza

alta y tienen humillado a Israel, y aún no han hecho más que empezar. Mansur, te presento a Abul Fadl, responsable de las cuentas aquí.

Abul Fadl: ¡Hombre! ¡Venga a mis brazos! ¡Un beso por aquí y otro por aquí! ¡Bienvenido! ¡Y otro beso por aquí! ¡Ha descendido sobre nosotros la bendición de Dios! ¡Bienvenida la buena fragancia! Pero, Abu Said, solo falta media hora para la llegada del avión de Abu Munir. ¿Qué hacemos?

Abu Said: Señor mío, Abu Nabil se ha ido en persona al aeropuerto a recibir a Abu Munir. Entre nosotros, esta es su ocasión para explicarle el problema que le enfrenta a Abu Nizar, en Túnez[7], que le tiene cerradas todas las salidas. Por eso se ha ido en persona a recibir a Abu Munir, porque sabe que una sola palabra de Abu Munir haría temblar, en Túnez, a Abu Nizar.

Mansur: ¿El hermano Abu Nabil no se encuentra en la oficina ahora?

Abu Said: El hermano Abu Nabil ni siquiera vino hoy. ¡Se fue al aeropuerto a recibir a Abu Munir, y todos sabemos quién es Abu Munir!

Mansur: ¡Pero …!

Abu Said: ¿Qué?

Mansur: Me dijeron que estaba reunido aquí con un embajador árabe.

Abu Said: Ja, ja, ja. Por Dios que, desde el día de la guerra de Kuwait[8] y de nuestras glorias cosechadas en ella, no nos visitó ni un solo embajador, ni árabe, ni indio.

---

[7] La capital de Túnez albergaba la sede de la dirección política de la OLP.
[8] Guerra de Kuwait (agosto de 1990-febrero de 1991).

Abul Fadl: ¡Pero qué caos es este, hermano! ¡Abu Munir me llamó por teléfono ayer a medianoche y me pidió salir al aeropuerto contigo a las diez de la mañana para recibir a Abu Munir, y me dijo que me ibas a esperar aquí. ¡Juro que me acosté de madrugada a las cuatro y me desperté hoy roto de cansancio para llegar aquí a tiempo, como para decirme tú ahora que Abu Nabil salió solo a recibir a Abu Munir! ¿Entonces por qué no me llamó para decírmelo, tal como hizo ayer? Podría haber descansado una hora o dos más.

Abu Said: Pero si ya conoces a Abu Nabil y sus costumbres.

Abul Fadl: Por Dios que es una vergüenza lo que ha hecho.

Abu Said: Pero, de todos modos, dime: ¿es que has estado en una de tus veladas? Te felicito por la mujer que tienes, que te deja vivir a tu antojo.

Abul Fadl: ¡No, hombre! Ahora Mansur va a tener una idea negativa de mí. No lo creas, Mansur, pues este Abu Said aparenta ser lo que no es. Simplemente fue que tenía yo en casa a unos amigos y a sus familias, y jugamos a las cartas durante horas.

Abu Said: Y perdiste, ¿a que sí?

Abul Fadl: Como de costumbre. Lo importante es que ahora tengo la cabeza dando vueltas y me encuentro cansado.

Abu Said: A causa del whisky. Seguro.

Abul Fadl: ¿Es que tú no bebes?

Mansur: Hermano Abu Said.

Abus Said: Sí, Mansur. Abul Fadl es como si fuera tu hermano mayor. Puedes explicarme tu problema delante de él.

Abul Fadl: ¿Tienes un problema, hermano Mansur? ¿Un solo problema? Ja, ja, ja. Yo tengo decenas de ellos.

Mansur: Es para mí una cuestión de vida o muerte.

Abul Fadl: Solo fue una broma. Pero apuesto lo que quieras a que se trata de un problema de dinero, pues todos los problemas de dinero son problemas de vida o muerte para quienes los sufren.

Nail: *Assalamu alaikom*. Os busqué por todas partes de la oficina. Por Dios que no puedo tomar un vaso de té sin Abul Fadl, para escuchar su deleitosa conversación.

Abu Said: ¿Y nosotros? ¿Acaso no estamos a tu altura? Bueno, venga, siéntate.

Nail: ¿Habéis leído la prensa de hoy? Las desgracias caen seguidas.

Abul Fadl: ¿Ya leíste la prensa? ¡Vaya hombre! El día apenas acaba de empezar.

Nail: ¿Quién es el hermano? Presentádmelo.

Abu Said: Tienes razón. Es Mansur Atiyah. De Ramallah. De los jóvenes de la intifada.

Nail: Hola, bienvenido. Es un honor. Ha descendido la *baraka* sobre nosotros. Me llamo, Nail.

Abu Said: Nail es el encargado de prensa en la oficina, y nuestro representante en la Comisión de Comunicación perteneciente al Consejo de Embajadores Árabes.

Mansur: Es un honor.

Nail: Bueno, Abu Said, ¡Ya está! Es suficiente, el hombre va a creer que se trata de una Comisión de verdad y de un Consejo de verdad.

Abul Fadl: ¿Por qué? ¿Acaso vuestra reunión de ayer no fue fructífera? ¿Acaso no habéis tomado una decisión definitiva y decisiva para aplastar la propaganda israelí en este país?

Nail: Tú sabes cómo son nuestras decisiones…: papel mojado. ¡Juro que no sé para qué nos reunimos en esa comisión desde hace años!

Abu Said: Para los mismos objetivos para los que se reúne el Consejo de Embajadores Árabes, y con los mismos resultados.

Abul Fadl: ¿Acaso sigue habiendo un Consejo de embajadores árabes tras el escándalo de la invasión de Kuwait?[9]

Abu Said: Mejor dicho, ¿Sigue habiendo árabes desde entonces?

Nail: ¿Habéis leído la prensa de hoy?

Abul Fadl: ¿Otra vez la misma pregunta? Ya te dijimos que no la hemos leído aún, pues tú te bastas y te sobras. ¿Qué ha ocurrido?

Nail: Toma, señor. Lee este gran titular a dos páginas enteras. Otra vez nos acusan de terrorismo, y acusan concretamente a esta oficina de ser uno de los baluartes más importantes de terrorismo.

Abul Fadl: Ellos no duermen ni de noche, ocupados como están en urdir planes para afear nuestra imagen de cualquier manera, mientras que nosotros estamos como si no vemos, ni oímos, ni comprendemos.

Nail: Y lo peor de todo ello es que acusan en este informe a todo estudiante palestino, en este país y en toda Europa, de ser un terrorista, así, tan llanamente.

Mansur: ¿Pero, por qué no les respondéis? ¿Por qué no les denunciáis ante la Justicia? La ley en este país y en toda Europa castiga a los que cometen esta clase de delitos mediáticos.

[9] Se hace referencia a la ocupación de Kuwait por el ejército de Iraq, en 1990 y a la guerra que tuvo lugar, como consecuencia, en 1991.

Nuestros enemigos se dirigen a los juzgados, cada vez que son objeto de una palabra hiriente en los medios de información en Europa.

Nail: ¡Qué Dios nos ampare! Vosotros sabéis mejor que yo la manera de trabajar que tenemos.

Abul Fadl: No sabía que teníamos una manera de trabajar.

Nail: Bueno, déjalo, ¿Dónde está el té? Hasta ahora no he tomado el habitual vaso de té, y ya son casi las once. Abu Said, llama a Munes, date cuenta de que estamos en tu despacho y somos huéspedes tuyos. Además, tal y como veo, aún no has agasajado al hermano, Mansur.

Abu Said: Tienes razón. ¿Qué tomas, Mansur, té o café?

Mansur: Lo mismo da, lo que toméis vosotros.

Abu Said: Ten paciencia, Mansur. Dios mediante, resolveremos todos los problemas. No existe en este mundo un problema de vida o de muerte, salvo el problema de la muerte. ¡Munes! …, maldito Munes…, ojalá una desgracia caiga sobre su cabeza; cada vez que lo necesito en algo tengo que destrozarme la garganta llamándolo, y cuando no lo necesito lo encuentro asomado por la puerta cada dos minutos para preguntarme si no quiero una taza de café. No tengo más remedio que ir a buscarlo yo mismo. ¡Munes, desgraciado, maldito sea el que te haya empleado aquí! ¿Dónde te has ido?

Nail: …

Abul Fadl: …

Mansur: ¡Ah…! ¡Ah!

Abul Fadl: Ten paciencia con nosotros Mansur, hermano. Aún no llegas a los veinticinco años de edad y pareces llevar sobre los hombros todas las pesadumbres del mundo.

Mansur: Tengo diecinueve años.

Nail: ¿Qué tal la familia allá en la patria?

Mansur: ¿Mi familia? ¿O tu familia? ¿O la familia refiriéndote al pueblo?

Nail: Mi familia vive en Beit Sahur[10].

Mansur: Mi familia está en un estado de porquería[11], y tu familia seguro que está en el mismo estado de porquería, y en cuanto a la familia-el pueblo, pues ha utilizado esta porquería en la que vive para asfaltar una ancha calle llamada intifada, que empieza en nuestros corazones y termina en nuestra victoria.

Abul Fadl: Vaya, eres todo un poeta, Mansur. La intifada no solo os enseñó a tirar piedras y a desafiar balas con vuestros pechos, sino que también os enseñó estos nobles y profundos sentimientos.

Nail: Estos sentimientos, Abu Fadl, son el origen y son anteriores a la intifada, y si no fuera por ellos, no hubiera existido esta intifada, ni todas las intifadas que la precedieron en nuestra patria ocupada.

Abul Fadl: Me olvidé decirte que Luai te llamó hace media hora y no te encontró. Te quería recordar la reunión de esta noche.

Nail: No me olvidé de la reunión. Esta noche me reuniré con representantes de las distintas facciones palestinas y de los partidos revolucionarios árabes, para elaborar, conjuntamente, el comunicado.

---

[10] Localidad palestina en Cisjordania.

[11] En varios dialectos árabes, la expresión coloquial «zift», traducida aquí como porquería; en realidad significa asfalto, de ahí vino después: «asfaltar una calle ancha».

Mansur: ¿Qué comunicado?

Nail: Un comunicado con motivo del Día de los Trabajadores. Será dentro de tan solo una semana. Además, acordaremos en la reunión si vamos a salir juntos en la manifestación al lado del sindicato comunista o al lado del sindicato ligado al partido socialista.

Mansur —mascullando—: ¡Qué maravilla! ¡Juro que es una maravilla! ¿Pero, dónde está Abu Said? Iba a explicarle mi problema ya que Abu Nabil no está aquí.

Abul Fadl: Al parecer va a preparar el té él mismo. Si tu problema tiene que ver con dinero tendrás que explicármelo a mí, y déjate de Abu Said, pues con sus problemas tiene suficiente.

Mansur: Al parecer, son muchos vuestros problemas en esta oficina.

Abu Fadl: Y todos son de dinero, sabe Dios que ninguno de nosotros alcanza indemne el fin de mes. ¿Qué tal va tu restaurante, Nail?

Nail: Aún no sé decir si bien o mal. Lleva abierto menos de dos meses.

Mansur: ¿Tienes un restaurante árabe?

Nail: Aún es nuevo. No es un restaurante propiamente dicho, sino un pequeño café donde vendemos *ful, falafel y hummus*.

Mansur: ¡Qué maravilla!

Nail: No podemos depender solo del sueldo de la oficina, es un sueldo insignificante en un país europeo. Y como dice Abul Fadl, no alcanza ni a la mitad de mes.

2

Haizam: Buenos días. ¿Qué tal?

Abul Fadl y Nail: Buenas. Entra, hombre.

Haizam: Verdaderamente os felicito por el trabajo que tenéis. No incluye esclavitud, ni incluye cansancio.

Abu Fadl: Ni sueldo. ¿Pero a qué te refieres?

Haizam: Me refiero a que el trabajo del traductor es una esclavitud, ya que los periódicos hay que traducirlos a diario, y la traducción, como sabéis, es como una expiración…: traducir palabra por palabra…, frase por frase… ¡Por Dios que mi vista se está desplomando día tras día!

Abul Fadl: Será de tanto observar a las mujeres.

Haizam: Compórtate delante de nuestros huéspedes. ¿Quién es el hermano?

Nail: Uno de los jóvenes de la intifada, es de Ramallah.

Haizam: Es un honor. Me llamo Haizam.

Mansur: Hola.

Nail: Haizam es el encargado de la traducción aquí. Pero, Haizam: ¿Por qué traduces los periódicos hoy si Abu Nabil puede que no acuda a la oficina en todo el día? Está ocupado con Abu Munir.

Haizam: Si no traduzco la prensa me organiza un escándalo, y yo no quiero problemas. Cuántas veces he trabajado traduciendo hasta quedarme casi ciego, y luego no vino a la oficina, o no pudo ojear las traducciones por estar ocupado con sus entrevistas y sus conversaciones telefónicas interminables.

Abul Fadl: En cuanto a las conversaciones telefónicas, Abu Nabil es todo un desastre. Cinco mil dólares pagamos el mes pasado en llamadas telefónicas realizadas desde su casa. Además de una suma parecida en llamadas desde su despacho.

Nail: ¡¿Cinco mil dólares en llamadas telefónicas?!

Abul Fadl: No hay mes en el que la factura de teléfono de su casa baje de los cuatro mil dólares.

Haizam: Para que luego digan que no hay dinero para pagar nuestros vergonzosos sueldos.

Abul Fadl: Eso sin contar lo que cuestan los colegios de sus hijos.

Nail: ¡Claro son colegios británicos o americanos y nadie ignora lo que cuestan!

Abul Fadl: Eso, además, sin olvidar que su residencia no le cuesta nada, ni tampoco los costes casi enteros de su vivienda…: o sea, los gastos de la mansión, el jardín, los dos coches, la piscina, los médicos, los medicamentos, todo pagado, amigo mío.

Haizam: Basta ya de incrementar nuestras penas y abrir nuestras heridas. Juro por Dios Altísimo, que ayer vino el médico para visitar a Nuha, mi hija, y extendió una receta médica para ella, y yo no tenía suficiente dinero para comprársela. Si no hubiera sido porque mi esposa pidió dinero a mi suegra, no hubiéramos podido comprarle el medicamento, ni habría sabido yo qué hacer.

Nail: Basta de escándalos delante de nuestro huésped.

Mansur: En la patria sabemos casi todo, acerca de los temas alrededor de los que giran vuestras conversaciones aquí. Pero no me había imaginado que las cosas hayan llegado a este límite de derroche y de inutilidad.

Nail: ¿Inutilidad? ¿Qué quieres decir?

Mansur: ¡Hombre, hasta ahora llevo alrededor de hora y media en esta oficina a la que acudí porque tengo un problema que me aplasta el alma y a punto está de acabar conmigo y hasta ahora no sé a quién explicarle el problema! Y después de haber escuchado todo lo que escuché, ya no estoy seguro de la utilidad de esta oficina, de su director y de sus empleados; hubiera sido más fructífero que estos gastos se dedicaran a salvar a miles de familias palestinas aplastadas a diario por el hambre y el padecimiento, bajo la ocupación y el asedio.

Nail: ¡Para!… ¡Para! ¿Quién te dijo que esta oficina no es útil? ¿Acaso quieres una revolución y a todo un pueblo sin que tengan representantes en países alrededor del mundo?

Mansur: ¿Revolución? No veo a mi alrededor ninguna revolución. Todo lo que veo es una película cómica.

Nail: Compórtate con respeto, si no las consecuencias serán nefastas para ti.

Mansur: Sí, gran señor de la información…: tú que pasas las noches pensando en cómo defender el honor y el derecho de tu pueblo.

Nail: Este chico está loco. ¿Quién trajo aquí a este retrasado? Lo hemos respetado en honor a la intifada de la que dice que viene.

Mansur: Pues que sepas que nosotros, los hijos de la intifada, no tememos ni siquiera a las balas que atraviesan nuestros pechos en defensa de nuestros derechos y de nuestra patria, como tampoco tememos las prisiones de Israel, ni la tortura dentro de ellas; por todo esto te voy a decir una verdad, sin disimulos y sin rodeos. Esta revolución era la revolución, pero hoy está convertida en una bufonada, y la verdadera revolución de nuestro pueblo el

día de hoy, y desde hace años, es la intifada, que va a conseguir para él todo lo que habéis fracasado en conseguirlo.

Nail —gritando—: Nosotros tampoco nos amedrentamos ante nadie. Nosotros hemos luchado incluso antes de nacer tú, señor gran héroe, que vino aquí para insultarnos e insultar a la revolución.

Abul Fadl: Chicos, Mansur no quiso insultar a nadie, él habla desde la lógica de la herida.

Haizam: Mansur viene de la intifada, y hay gran distancia entre su mentalidad y la nuestra aquí en Europa, donde todos nuestros problemas se limitan a la manera de cómo llegar a fin de mes sin haber incrementado nuestras deudas.

Mansur: Hermanos, hermano Nail… ¿Es que no os dais cuenta de que os habéis convertido en meros escribientes y empleados bajo las órdenes de un director autoritario y temperamental que vive la vida de los acaudalados, como si fuera el embajador de un país rico? ¿De qué revolución estáis hablando? ¿Acaso seguís viviendo las fantasías del pasado del que he leído y no he vivido? ¿Acaso no representa esta oficina, y quienes en ella están, el afán de correr detrás de Israel para ganarse su satisfacción tras haber sido reconocido completamente por esa que llamáis revolución? Es como si se hubiera convertido en una contrarrevolución, o sea, que ya persigue objetivos contrarios a los que había nacido para conseguirlos.

Haizam: Nosotros aquí nada tenemos que ver con quienes reconocieron o no reconocieron a Israel. ¿Alguien nos escucha acaso? ¿Quién nos toma en consideración? Ellos lo cocinan todo en Túnez y nosotros nada tenemos que ver con eso en absoluto. Incluso nuestro director, no es más que un cero a la izquierda.

Nail: Incluso el mismo pueblo palestino, entero, no tiene relación alguna con lo que está ocurriendo. Pero yo quisiera decirte, Mansur, que nosotros aquí tenemos nuestras misiones que cumplir y tenemos nuestro trabajo al servicio de nuestra causa. Llevamos largos años en este país a su servicio y al de nuestro pueblo, por el que hemos sacrificado nuestra juventud, conformándonos con un escaso sueldo, durante más de veinte años. Algunos de nosotros, en esta oficina, siguen recibiendo ayuda económica de sus familias a pesar de que ya han pasado de los cuarenta años, porque nuestros responsables no quieren reconocer la carestía de la vida aquí. ¿Para quién hemos vivido en penuria a lo largo de estos años? Todo eso lo hicimos para explicar nuestra causa y para representar a nuestro pueblo.

Abu Fadl: Tienes razón, Nail. ¡Qué número tan gigantesco de años aquellos que hemos perdido de nuestra vida!

Nail: Nuestros colegas palestinos, que vinieron a este país en el mismo período de tiempo que nosotros, ahora son médicos, comerciantes e ingenieros, viviendo sus vidas respetablemente y lejos de los problemas que nosotros sufrimos en nuestra vida, y que no hacen más que complicarse aún más, año tras año. ¿Qué hemos conseguido nosotros por servir a nuestra patria durante veinte años? Nosotros no queremos nada, Mansur, y solo aspiramos a que no vengan jóvenes de la edad de nuestros hijos a insultarnos injustamente.

Haizam: Lo que dices, Nail, es correcto, pero también es triste. Es verdad que personalmente no hemos conseguido nada por estar sirviendo a nuestra patria, pero: ¿qué es lo que consiguió la patria de nuestros servicios? Ni la patria se ha beneficiado ni nosotros tampoco. Sin embargo, quien se ha beneficiado ha

sido Abu Nabil y otros como él, que llenaron sus bolsillos y llenaron sus vidas de mansiones, lujosos coches, colegios y universidades británicas y americanas para sus hijos.

Abul Fadl: Pero nosotros, en esta oficina, somos los hijos de la revolución que hubo y que ya se fue. Qué bellos fueron aquellos días, cuando nuestro pueblo entero, con distintas orientaciones políticas, luchaba, en una misma trinchera, persiguiendo un mismo objetivo. Los fedayines[12] cubrían entonces la faz de la tierra.

Haizam: Sin embargo, hoy nos alegramos de corazón cuando recibimos a alguien de los hijos de la intifada como tú, porque vosotros sois los fedayines de hoy, mientras que en el pasado nos alegrábamos de la misma manera cuando recibíamos la visita de un fedayín que llegaba para curar aquí sus heridas. ¿Oye, Mansur, acaso fuiste encarcelado a manos del enemigo?

Mansur: Dos años. Salí de allí hace casi cuatro meses con la condición de abandonar el país.

Haizam: Por supuesto, los enemigos te habrán torturado.

Mansur: Mira aquí…, y aquí…: son señales que dejó su tortura. En cuanto a esta herida es de una bala que me alcanzó mientras tiraba piedras contra sus soldados. Tenía entonces quince años. Estuve un mes entero debatiéndome entre la vida y la muerte a causa de esta herida, pero quiso Dios que me sanara.

Haizam: …

Abu Fadl: …

Nail: Siento haberme enfadado contigo antes, Mansur.

[12] Término en lengua árabe con el que se denominaban a los guerrilleros palestinos.

Mansur: No te preocupes. Pero te hago una pregunta: ¿A quién explico mi problema en esta oficina?

Abul Fadl: A mí, Mansur. Siendo un problema de dinero explícamelo a mí. Pero vámonos a mi despacho. Con permiso, compañeros.

Nail: Estate en contacto, Mansur, quisiera tener una larga conversación contigo.

Mansur: Lo haré, Nail. Hasta luego, Haizam, y que te sea leve lo de las traducciones.

Haizam: Te veo más tarde. También quiero hablar contigo.

Abul Fadl: Sígueme, Mansur.

Mansur: Vale.

3

Abul Fadl: Cuéntame, Mansur. Espero que no sea nada grave.

Mansur: Es un problema muy complicado para mí y es trágico para mi madre.

Abul Fadl: ¿Y tu padre?

Mansur: Cayó mártir hace tres años. Uno de tantos cientos de civiles asesinados por el ejército de ocupación. Yo vine a este país hace tres meses en busca de trabajo, provisionalmente, mientras…

Abu Masud: *Assalamualaikom*. ¿Qué tal estás Abul Fadl? ¿Dónde te has metido todo este tiempo, hombre?

Abul Fadl: Cogí un corto permiso. Venga, entra. Te presento al hermano Mansur, de los jóvenes de la intifada. Abu Masud es aquí el encargado de la Seguridad.

Abu Masud: ¿¡De los jóvenes de la intifada!? ¡Bienvenido! ¡Un abrazo, hombre!

Mansur: Gracias.

Abu Masud: Abu Fadl, no me has dicho aún donde has pasado tus pequeñas vacaciones. Pero hermano: ¿Tú cuántos permisos cortos tienes al año? Recuerdo que estuviste de vacaciones hace menos de dos meses.

Abul Fadl: No tengo más permisos que los que tienen otros en esta oficina, incluido tú. Pero, hombre, dime: ¿A qué se debe que estés tan elegante hoy? Déjame ver…: tu camisa de Pierre Cardin…, y el traje… Dios bendito, es de Yves Saint Laurent…, y la corbata…: déjame que vea… Lanvin. Por Dios, tío, no me cabe duda de que Francia es feliz de que existas sobre la faz de la tierra. Desde luego nuestra Seguridad es muy elegante, Abu Masud.

Abu Masud: ¿Por qué dices eso? ¿Acaso tú no te vistes de Lanvin y de Pierre Cardin?

Abul Fadl: No, juro que nunca me he vestido con esas marcas, porque, para empezar, ni siquiera hablo francés… Ja, ja, ja.

Abu Masud: Ja, ja, ja. Pero hablas inglés y por eso no bebes más que Whisky Chivas o Johnnie Walker, el de etiqueta negra. Y tu amigo, Abu Said, no habla otro idioma más que el español, y por eso no fuma salvo puros Cohiba y Monte Cristo.

Abul Fadl: Mejor dicho, no fuma esta clase de puros excepto un amigo tuyo, que es Abu Nabil, quien apenas saca el puro de la boca, ni siquiera cuando se va a la cama.

Mansur —mascullando—: ¡Qué maravilla! ¡Juro que es una maravilla!

Abul Fadl: ¿Cómo?

Abu Masud: ¿Qué has dicho?

Mansur: Nada. Estaba lamentándome.

Abu Masud: ¿Lamentándote? Abul Fadl, dale un cigarrillo Dunhill, no vaya a fulminarte con el mal de ojo.

Abul Fadl: No le has comprendido, Abu Masud.

Mansur: Me lamentaba, porque qué ha sido de la revolución y de los revolucionarios: hombres en quienes Palestina depositó sus esperanzas. Pero claro, como dice el refrán, la gente tiene la religión de sus reyes[13].

Abu Masud: ¿A qué te refieres?

Abul Fadl: Se refiere a que somos gente fofa. Déjalo, Abu Masud, pues Mansur es un joven de los que merecen tu admiración, dice lo que siente, y tiene razón.

Abu Masud: Pero uno debería respetar a quienes lo superan en edad, y nosotros ya tenemos casi la edad de su padre.

Mansur: Mi padre cayó mártir hace tres años, y en su vida no conoció el whisky, ni los puros ni el Pierre Cardin ese, ni siquiera conoció un solo día agradable desde que se perdió Palestina.

Abu Masud: Nos vemos después, Abul Fadl. No me hace falta que me alteren la sangre.

Abul Fadl: ¿A dónde vas, hombre? ¡Ven! ¡Vuelve!

Abu Masud: No me hace falta escuchar lecciones en nacionalismo.

Abul Fadl: Ten más cuidado, Mansur. No ahuyentes a la gente de tu presencia con estos modales.

Mansur: Nuestros modales son los que ahuyentarán al ocupante de nuestro país.

---

[13] Refrán árabe.

Abul Fadl: ¿Pero qué culpa tienen los empleados de la oficina? Son como tu familia.

Mansur: A los empleados de la oficina los tengo respeto, con la condición de que no digan al mundo que ellos representan a una revolución y a un pueblo degollado, y que no me digan a mí, yo que estoy aplastado bajo el yugo de la ocupación, humillado, bien sea mañana o noche, que ellos me representan ante el mundo o que ellos me lideran. No, Abul Fadl. Por lo menos debéis reconocer que sois meros empleados …, escribientes …, y que no estáis en rebeldía contra nada en este mundo.

Abul Fadl: ¿Entonces, por qué viniste a esta oficina si no te representamos?

Mansur: Primero, porque estoy en un estado desesperante, y no tengo más que dos caminos que seguir: la prisión y la tortura o recibir ayuda de esta oficina. Segundo, porque los fondos de los que dispone esta oficina son propiedad del pueblo, y porque vosotros, supuestamente, estáis al servicio del pueblo.

Abul Fadl: Sabía que tu problema era de dinero. ¿Acaso no adiviné eso antes? Tú viniste a este país y se te acabo el dinero y vienes a esta oficina pidiendo ayuda. Un caso que se repite mucho desde el inicio de la intifada.

Mansur: ¿Y qué habéis hecho con los casos que me precedieron?

Abul Fadl: No tenemos presupuesto para tales objetivos.

Mansur: ¿Y cómo os iba a quedar presupuesto para tales objetivos cuando los gastos de esta oficina bastan como para mantener aldeas enteras en la provincia de Ramallah? Solo los gastos de vuestro director bastarían para el mantenimiento de los habitantes de un campo de refugiados entero, en Gaza.

Abul Fadl: Lo malo es que no dices más que la verdad. Pero no seas duro con nosotros y recuerda que miramos estas cuestiones desde dos mundos distintos. Yo te comprendo perfectamente y espero que nos comprendas. Y ahora dime: ¿por qué abandonaste la patria? ¿Acaso el ejército de ocupación te concedió un plazo para que abandones la patria, amenazándote con devolverte a la prisión si regresas?

Abu Fayez: *Assalamu alaikom.* ¿Qué tal, Abul Fadl…? El mejor entre los jóvenes.

Abul Fadl: ¡Hola! ¡Hola! Entra, Abu Fayez. ¡Por Dios entra, hombre! ¿Qué tal estás? Tengo aquí a un joven procedente de la tierra de la intifada. Abu Fayez es el encargado del almacén y de la distribución del correo. He aquí el hermano, Mansur.

Mansur: ¿Distribución de qué?

Abul Fadl: Abu Fayez es el encargado de supervisar el almacén y del envío de la correspondencia de la oficina a todos los destinos, especialmente a los miembros de la comunidad palestina, además de enviarles las revistas que edita la Organización para la Liberación de Palestina.

Mansur: Desde que llegué a este país oigo quejas interminables, por parte de los palestinos que conocí, sobre cómo son ignorados completamente por parte de la oficina, y sobre el maltrato que reciben cuando necesitan acudir a ella y, también, que nunca reciben revista o boletín alguno, salvo inusualmente.

Abu Fayez: ¿Y cuándo vino, distinguido señor, a este país?

Mansur: Tan solo desde hace tres meses. No te enfades conmigo, pero quiero añadir que he visto en el despacho de Abu Said cientos de libros amontonados, presos del polvo.

Abu Fayez: ¿Abul Fadl, dijiste que viene de la tierra de la intifada? Este chico es toda una intifada él solito. Aún, así, bienvenida la gente como tú, Mansur, que no os comportáis con hipocresía ni con evasivas. Los libros que viste en el despacho de Abu Said son ejemplares de un libro sobre la cuestión palestina que hemos editado hace años, hemos distribuido unos pocos ejemplares, y el resto se quedó amontonado, como has visto.

Mansur: ¡Qué pena! ¿Y por qué no lo distribuís?

Abu Fayez: Entre nosotros, y Abul Fadl lo sabe, mejor no distribuirlo. Lo ha editado el anterior director de la oficina, como había editado otros antes, pero se trata de un libro traducido del árabe y la traducción resultó ser bastante mediocre. Fue algo vergonzoso. Recibimos muchas llamadas de periodistas locales sobre la mala redacción del libro, por lo que nos abstuvimos de seguir distribuyéndolo a partir de la llegada de Abu Nabil como nuevo director. Nos hemos desecho de muchos otros libros, así como de impresos últimamente, y pronto le llagará el turno al libro que viste en el despacho de Abu Said.

Abul Fadl: ¿Acaso los libros mal editados son nuestro único problema? Mejor será que permanezcamos callados.

El teléfono: Ring…Ring…

Abul Fadl: ¡Diga!… Muy buenos días… ¿Quién? ¿Nayla? Bienvenidas las secretarias activas; juro que, si no fuera por ti y por tu actividad, esta oficina se hubiera venido abajo y encima de nosotros.

El teléfono: …

Abul Fadl: ¿Que Abu Nabil te llamó especialmente para esto? ¿Y por qué no me llamó a mí directamente?

El teléfono: …

Abul Fadl: ¿Y de dónde vamos a traer a Bilal ahora? Bilal aún no ha venido. Vale. Intentaré localizarlo. Pero toma nota de que esto es trabajo del encargado de la administración aquí, y no es el mío.

El teléfono: …

Abu Fadl: ¿Qué? ¿Abu Jaled no está? Claro, no hay en esta oficina salvo Abul Fadl. Ya te dije que intentaré localizar a Bilal. Hasta luego.

Abu Fayez: Abu Nabil acudirá con Abu Munir al Ministerio de Exteriores y quiere que lo acompañe el señorito Bilal, su traductor particular para ocasiones especiales como esta. ¿No es eso lo que quería Nayla?

Abul Fadl: ¿Y dónde encontramos ahora al maldito señorito este? Claro, como es el niño mimado de Abu Nabil, tiene un horario a su antojo en la oficina, o sea, sin horario determinado, pues las pautas de su presencia en la oficina las pacta él directamente con Abu Nabil, ¿Así que, por qué no lo localiza él mismo?

Mansur: ¿Y por qué no habla Abu Nabil la lengua del país?

Abu Fayez: ¡¿Acaso estamos tan locos como para nombrar a un representante nuestro que hable la lengua del país donde nos representa?!

Mansur: Habéis dicho que trabaja aquí desde hace tres años. ¿Y aún no aprendió la lengua del país?

Abul Fadl: Señor mío, el director anterior estuvo aquí ocho años, y salió de aquí tal y como había entrado…: ¡cual sordo en plena entrada de los novios en el banquete de boda![14] Cada vez que decía una palabra, necesitaba un traductor, cada vez que

[14] Refrán árabe, que se refiere a la persona que no se entera de nada de lo que sucede a su alrededor.

escuchaba una palabra, pedía un traductor, y cada vez que leía una palabra, requería un traductor.

Mansur —mascullando—: ¡Qué maravilla! ¡Juro que es una maravilla!

Abu Fayez: ¿Y qué tal está Nayla? ¿Está en paz contigo? O sea, ¿no ha vuelto a reprenderte como hizo hace unos días?

Abul Fadl: Hermano, entiéndelo, pues es la secretaria de Abu Nabil, o sea, que, debido a esto, piensa que se ha convertido en una de las elegidas por Dios, aunque yo mismo le pago el sueldo cada mes, y es uno de los sueldos más pequeños de la oficina, por lo que se ve obligada a trabajar en una empresa comercial por las tardes.

Mansur: Pero ¿cómo se permite que la secretaria del director de la oficina, que posee todos sus secretos y movimientos, trabaje en otro sitio, y además no palestino, que puede que esté infiltrado por parte de los enemigos?

Abul Fadl: Juro que tú, Mansur, deberías trabajar aquí como encargado de seguridad en lugar de la estatua esa que se llama Abu Masud, que entiende de seguridad lo que yo de hipnotismo.

Abu Fayez: ¿Sabes? Hace dos días pasé con el coche por delante de la oficina cerca de las tres de la madrugada y vi que la puerta exterior estaba abierta y las luces se veían encendidas a través de las ventanas. Bajé del coche y entré por el jardín hasta la puerta interior encontrándola también abierta, así que entré y di una vuelta por las tres plantas de la oficina sin encontrar a nadie. Apagué las luces, cerré la puerta principal y luego la puerta exterior que da al jardín. Este caso se ha repetido conmigo varias veces, así como en otras ocasiones con otros compañeros de la oficina.

Mansur —mascullando—: ¡Qué maravilla! ¡Juro que es una maravilla!

Abul Fadl: Si no fuera porque Dios nos protege, esta oficina hubiera volado por los aires desde sus cimientos.

Abu Fayez: No, y lo catastrófico es que los israelíes aquí, así como los periódicos lacayos, nos acusan a los de esta oficina de ser unos genios en terrorismo que planifican para redes enteras de terroristas en Europa. ¡Gracias a Dios que no tienen ni idea de lo que ocurre de verdad!

Mansur: ¿Y quién te dijo que no saben la verdad?

Abul Fadl: Te ruego, Abu Fayez, que le digas a Haifa que busque a Bilal, a través del teléfono, y que se dé prisa. Que le diga que se encuentre con Abu Nabil dentro de una hora en el Ministerio de Exteriores.

Abu Fayez: Esta chica cada vez que le pido algo me dice que no forma parte de su trabajo.

Abul Fadl: ¿Qué no forma parte de su trabajo? Es la secretaria de la oficina. Tú dile que ella es todo en esta oficina y verás cómo se apresura a hacer lo que le pidas.

Abu Fayez: Prefiero pedir eso que me dices a Widad, la telefonista.

Abul Fadl: No pierdas el tiempo. Te dirá que su trabajo es contestar a las llamadas y no buscar a personas a través del teléfono, y que esa misión incumbe a Nayla, por ser la secretaria de Abu Nabil, y tiene razón.

Abu Fayez: Vamos, como si el trabajo de Widad estuviera muy amontonado…, como si recibiéramos cientos de llamadas al día. Está todo el día espantando moscas.

Mansur —mascullando—: ¡Qué maravilla! ¡Juro que es una maravilla!

Abu Fayez: De todos modos, no te preocupes. Buscaré a Bilal yo mismo. Te veo más tarde.

Abul Fadl: Abu Fayez. Un momento, por favor.

Abu Fayez: ¿Qué pasa? Dime.

Abul Fadl: Hombre, llevamos toda la mañana intentando tomar un té o café, pero no hay ni rastro de Munes, el ordenanza.

Abu Fayez: Difícil.

Abul Fadl: ¿Difícil? ¿Por qué? ¿Ha subido el hombre de rango a un alto cargo sin que yo lo sepa?

Abu Fayez: No, sino que se ha ido a casa de Abu Nabil, para ayudar al cocinero a preparar la comida en honor de Abu Munir.

Abu Fadl: Pero Abu Nabil tiene un cocinero y dos sirvientas. ¿Acaso no es suficiente? ¿Es que tiene también que quitarnos a Munes y dejarnos a todos aquí sin servicio?

Abu Fayez: O sea, ¿Si Abu Nabil te pide que vayas a su casa para prestar cualquier misión, no irías? Por supuesto que irías, ¡Tú aquí eres un mandado y Munes otro mandado, lo mismo que yo, que soy un mandado, sumiso y maldito en esta oficina!

Abul Fadl: Ni hablar. Claro que no iría. Yo no hago nada al margen de mi misión y de los límites de mi empleo. ¿Acaso, Abu Fayez, me comparas con Munes?

Abu Fayez: Yo no comparo a nadie con nadie. Pero aquí todos somos meros ceros a la izquierda. Por supuesto que a la izquierda de Abu Nabil. Ahora mismo estás llevando a cabo un encargo que nada tiene que ver con tu responsabilidad, y solo porque Abu Nabil te pidió a través de su secretaria, que le traigas

a Bilal de debajo de la tierra. ¡Vamos, hombre, como si no nos conociéramos aquí! ¡Hasta luego! ¡Hasta luego, Mansur!

Mansur: ¡Hasta luego!

Abul Fadl: Por Dios que el trabajo en esta oficina se parece a una sesión de tortura diaria.

Mansur: ¿Y por qué no pides traslado a otra oficina en otro país?

Abul Fadl: Tengo amigos en casi todas nuestras oficinas en Europa. La mayoría de ellas son de la misma colección. ¡Dios es testigo!

Mansur: Perdón, no quiero molestarte. Parece que ahora estás de malhumor. Iré a buscar a Abu Jaled o a Abu Said.

El teléfono: Ring… Ring…

Abul Fadl: Diga… Hola Abu Muayyad… ¿Qué tal estás?

El teléfono: …

Abul Fadl: Pero ahora no puedo, tengo la visita de una persona que tiene un problema que resolver. ¿Por qué no lo dejamos por ahora y nos vemos más tarde?

El teléfono: …

Abul Fadl: Vale. Bien. Voy enseguida. Lo traeré conmigo.

Mansur: ¿Pasa algo? Espero que no sea nada grave.

Abul Fadl: Nada para preocuparse. Sígueme.

Mansur: ¡Pero!… ¡Espera un momento!

Abul Fadl: Se trata de Abu Muayyad, el vicedirector de la oficina. Quiere verme por un asunto que le preocupa y, al mismo tiempo, aprovechamos la ocasión para explicarle tu problema detalladamente. Abu Muayyad te caerá bien. ¡Ten cuidado con este peldaño está roto! Abu Muayyad es muy enfadadizo, así que te ruego no sobrepasarte al hablar con él.

Mansur: Pero si yo no vine aquí para sobrepasarme con nadie. Vine porque tengo un problema y no pretendo otra cosa que solucionarlo.

Abul Fadl: Sígueme hasta el final del pasillo… Hola, Nayla.

4

Abul Fadl: *Assalamu alaikom*.

Abu Muayyad: *Alaikom assalam*. Entrad. Hola, bienvenidos.

Abul Fadl: Te presento al hermano Mansur Atiyah. De Ramallah. De los héroes de la intifada.

Abu Muayyad: Es un honor. ¡Ha descendido sobre nosotros la bendición de Dios, hermano Mansur! Por favor, siéntate.

Mansur: El honor es mío.

Abul Fadl: ¿Qué ha pasado? Por teléfono me di cuenta que estabas preocupado.

Abu Muayyad: No, en absoluto. Lo que pasa es que la Asociación de amigos de Palestina, que como sabes sus fundadores y miembros son ciudadanos de este país y defensores sinceros de nuestra causa, me pidió que enviara a alguno de nosotros para dar algunas charlas sobre la causa palestina en el marco de un gran festival cultural que organiza, dedicado exclusivamente a explicar la tragedia de nuestro pueblo desde que los israelíes lo expulsaron de su tierra en 1948 hasta el día de hoy. Este festival tendrá lugar la próxima semana, en el norte del país.

Abul Fadl: Es una asociación excelente, ojalá hubiera más asociaciones como esta. ¿Pero dónde radica el problema?

Abu Muayyad: El problema, señor mío, es que no encuentro a nadie en la oficina a quien pueda confiar esta tarea.

Abul Fadl: O sea, el mismo problema repitiéndose de vez en cuando.

Abu Muayyad: Pues sí, porque Abu Nabil, como sabes, queda totalmente fuera de este asunto.

Mansur: ¿Por qué?

Abu Fadl: Porque no habla el idioma del país. A veces se encarga de dar esa clase de charlas, pero sus intervenciones se convierten en una especie de tortura para los asistentes, ya que hay que traducir cada frase que dice, lo que hace que su charla sea un proceso interminable. Además, rara vez la traducción expresa verazmente el contenido original.

Abu Muayyad: En cuanto a mí, tengo varios compromisos para la semana que viene.

Abul Fadl: ¿Y Nail? Es el encargado de comunicación y dio charlas de esta clase en el pasado.

Abu Muayyad: Pero tú sabes que desde la llegada de Abu Nabil a esta oficina no volvió a dar charla alguna.

Mansur: ¿Por qué?

Abul Fadl: A Abu Nabil no le cae bien Nail. El asunto es así de sencillo. Por eso limitó la tarea de las charlas, la participación en tertulias o las entrevistas radiofónicas y televisivas, para él mismo y para Abu Muayyad.

Mansur —mascullando—: ¡Qué maravilla! ¡Efectivamente es una maravilla!

Abu Muayyad: ¿Qué has dicho, hermano Mansur?

Mansur: No. Nada. Hablaba conmigo mismo.

Abul Fadl: ¿Y qué se puede hacer al respecto?

Mansur: ¿Pero es que no hay entre todos los empleados de la oficina a quién se le pueda encargar esta tarea?

Abu Muayyad: …

Abul Fadl: Personalmente, mi trabajo son las cuentas y nunca tuve nada que ver con dar charlas. En cuanto al resto de los empleados, cada uno tiene su especialidad.

Mansur: ¿Cómo? ¿Y la cuestión de nuestro pueblo? ¿Y sus sufrimientos a mano de criminales ocupantes? ¿Y su dispersión y humillación desde 1947? ¿Quién explica eso a la gente culta en este país?

Abu Muayyad: Está claro que eres nuevo en este país y en Europa, hermano Mansur. Dar una charla o conferencia ante un público culto y responder después a sus preguntas, que muchas veces son comprometedoras y cuyas respuestas requieren profundos conocimientos en el tema de la charla o conferencia, exige que el nivel cultural del conferenciante sea alto, además de ser audaz y con mente ágil.

Abul Fadl: Ninguno de los empleados de la oficina reúne esas peculiaridades, incluido servidor.

Mansur —mascullando—: ¡Qué maravilla! ¡Juro que es una maravilla!

Abu Muayyad: ¿Cómo?

Abul Fadl: Entonces, ¿qué se puede hacer Abu Muyyad?

Abu Muayyad: He pensado en Kamel, representante en este país del Frente Popular para la Liberación de Palestina. No sería la primera vez que acudimos a él que, como sabes, siempre protesta por lo que él llama nuestro monopolio de los eventos populares impidiendo la participación de representantes de otras facciones palestinas. ¿Qué opinas?

Abu Fadl: Una buena idea con la que matarás dos pájaros de un tiro.

Abu Muayyad: ¿Pero, crees que sería aceptada por Abu Nabil? No he podido hablar con él desde el inicio del turno, mientras que el presidente de la asociación ya me llamó varias veces pidiéndome el nombre del conferenciante para incluirlo en el programa del festival que va a ser impreso y distribuido por correo. Le prometí llamarlo dentro de media hora.

Abul Fadl: En cuanto a Abu Nabil, no sé si aceptará esta idea o no, pues sus reacciones son imprevisibles.

Mansur: Permitidme que me entrometa de nuevo. Lo importante es explicar nuestra causa a los extranjeros, especialmente a la gente culta, y no que Abu Nabil acepte o se enfade.

Abu Muayyad: Tienes razón. Pero nuestro trabajo tiene otras consideraciones y circunstancias, que puede que no estés tomando en cuenta.

Mansur: Si los extranjeros han fundado una asociación como esta para defender nuestros derechos, y han organizado tamaño festival para explicar nuestra causa: ¿qué pretexto puede existir sobre la faz de la tierra que justifique nuestra indecisión a la hora de participar en su festival cultural o nuestra demora en poner a su disposición lo que solicitan?

Abul Fadl: Opino que debemos encargar a Kamel de esta misión sin más vacilación, especialmente porque tiene experiencia en este campo y ha participado ya en muchos de estos festivales y conferencias a lo largo de los últimos años.

Abu Muayyad: Esto es lo que quería de ti, Abul Fadl. Tu opinión acerca de encargar a Kamel esta tarea, pues tú sabes cuánto confío precisamente en tu opinión.

Abul Fadl: Al cabo de veinte años de trabajar juntos, la confianza entre nosotros se ha hecho recíproca, Abu Muyyad.

Mansur: ¿Veinte años?

Abul Fadl: Sí: o sea, antes de nacer tú, señor.

Mansur: ¿Sois los empleados más antiguos de esta oficina?

Abu Muayyad: No. La mayoría de los empleados hemos empezado a trabajar juntos hace veinte años, en los que se han ido sucediendo directores, unos competentes y otros ineptos.

Abul Fadl: Ahora que hemos zanjado el asunto de las charlas, quiero que intentes, Abu Muayyad, resolver otro problema, el del hermano Mansur. Al pobre lo hemos mareado en esta oficina llevándolo de un despacho a otro a lo largo de más de dos horas, y aún no sabemos cuál es su problema exactamente, ya que hemos tocado con él temas dispersos, sin darle ocasión de explicarse.

Abu Muyyad: ¡Cuéntame, Mansur!

Mansur: Resumiendo, Abu Muayyad, los israelíes me sacaron de la prisión hace cuatro meses con la condición de marcharme de la patria, y me han amenazado con volver a detenerme de nuevo si regreso. Vine a este país buscando trabajo provisional, pero fue inútilmente, hasta que se me acabó el dinero que había traído conmigo, y llevo un mes dependiendo de la ayuda de algunos hermanos palestinos de aquí, por eso me he visto obligado a acudir a la oficina para pediros ayuda.

Abu Muayyad: Pero tú sabes, Abul Fadl, que un problema como este no lo puede resolver salvo Abu Nabil en persona.

Mansur: Pero, Abu Muayyad: ¿existe la posibilidad de conseguir ayuda de la oficina? Mi situación ya es inaguantable y tal vez prefiero la prisión y la tortura en la tierra patria que esta situación humillante. Si no fuera por temor a la salud de mi madre, hubiera regresado al presidio sin pensarlo más o no hubiera aceptado desde el principio abandonarlo bajo estas condiciones.

Abu Muayyad: Repito, Mansur, que la decisión está en manos de Abu Nabil.

Mansur: Abul Fadl me dijo que, para empezar, no tenéis presupuesto para tales ayudas.

Abu Muayyad: Correcto. Pero, a veces préstamos ayuda sacada de los fondos dedicados a otros apartados.

Abul Fadl: Me temo, Mansur, que tendrás que regresar a la oficina mañana para poder entrevistarte con Abu Nabil.

Abu Muayyad: No tienes escapatoria has de regresar mañana.

Abul Fadl: Mañana haremos que entres en el despacho de Abu Nabil, inmediatamente, y seguro que estará acompañado de Abu Munir, y eso puede que te facilite las cosas.

Mansur: O puede que Abu Nabil no me reciba con el pretexto de que esta reunido con Abu Munir.

Abu Muayyad: De todos modos, te voy a dar la dirección de una asociación palestina que es la única que existe en este país, y que ya prestó modestas ayudas a algunos jóvenes. Espero que pueda ayudarte también.

Abul Fadl: La Asociación Jerusalén. ¿No es así?

Abu Muayyad: ¿Acaso existe otra? Toma, Mansur, el número de su presidente, y dile que lo llamas de mi parte.

Mansur: Gracias. Entonces me marcho, con vuestro permiso.

Abul Fadl: Te acompañaré.

Abu Muayyad: Que te vaya bien. Te esperamos mañana, Mansur.

Mansur: *Inshallah* (Dios mediante).

Abul Fadl: Otra vez atravesaremos este pasillo y tendré que saludar a Nayla, al pasar por delante de la puerta de su despacho; tal vez no esté. ¿Tienes dinero, Mansur?

Mansur: Sí. Tengo.

Abul Fadl: Sin embargo, toma este billete de momento.

Mansur: No…No… No vine aquí a mendigar.

Abul Fadl: Hermano: ojalá mañana se resuelva tu problema. Pero de momento, hijo, toma este billete.

Mansur: Eres un hombre noble, Abul Fadl, sin embargo, esperaré hasta mañana a ver qué resultado habrá en esta oficina, aunque no espero nada bueno. Te ruego que guardes el dinero.

Abul Fadl: Bien. Pero si necesitas algo, no seas duro contigo mismo, y que sepas que haberte conocido hoy, aunque fue por poco tiempo, te ha enaltecido en mi corazón, así que no me defraudes.

Mansur: Gracias, Abul Fadl. Es un sentimiento recíproco.

Abul Fadl: No te olvides de llamar a la Asociación Jerusalén.

Mansur: Los llamo hoy.

Abul Fadl: Hasta luego. Te esperamos mañana.

Mansur: Hasta luego.

1992

El visado

La mañana tiene fresco el aliento y el cielo azul abraza el horizonte madrileño cual madre amorosa. Yaser se percata de todo esto y percibe la serenidad de la naturaleza en el albor de este día del mes de junio; llegando a sus oídos los pasos de un nuevo verano cuyo cálido aliento sopla en este barrio del extremo norte de Madrid. No se le escapaba algo acostumbrado en esta ciudad castellana: que no existieran más estaciones del año salvo el verano y el invierno, como si la primavera y el otoño se hubieran escapado hacía mucho tiempo, ante el dominio de las dos principales estaciones, y que no aparecían excepto a escondidas y por períodos intermitentes y cortos. Yaser abrazaba la vida a aquella hora, y contemplaba gozoso la renovada hermosura que exhibía la naturaleza tras haber amainado los vientos y cesado la lluvia.

En realidad, el estado del tiempo no era lo único que le incitaba a albergar aquella sensación suya de júbilo, pues tenía otro motivo muy notable que le infundía euforia a su joven corazón y le instaba al optimismo. Pues, acabado el curso escolar, ya hay algarabía en su casa motivada por los preparativos del viaje de su hija a la patria árabe, donde pasaría sus vacaciones de verano al

cuidado de la familia de allí. Su cometido, en aquella mañana, era obtener el visado que la permitiría entrar en el país donde su familia vivía desde hacía largos años.

¡Tanto tiempo esperando este día! Desde el inicio del año escolar lleva contando los días que quedaban para su viaje, en el que había depositado la esperanza de enseñar a su hija la lengua de sus padres y de sus antepasados. Él cree en su fuero interno que la expatriación, que le había sido impuesta hasta ahora, supone una injusticia para su hija desde que nació. Por ese motivo, solía acechar las ocasiones que permitiesen a su hija tener contacto con su familia, con el fin de acrecentar en ella los lazos de unión y pertenencia a una patria devastada que necesita, imperiosamente, a sus hijos esparcidos en distintas partes de la Tierra.

Efectivamente, ya tiene ocho años, nació en Madrid y siente la expatriación igual que su padre, echando de menos con gran ansiedad reencontrarse con sus parientes; y no solo eso, puesto que también habla de Palestina como si acabara de abandonarla, ella que nunca respiró su aire, ni bebió su agua.

Todo esto gracias a una educación hogareña atenta a niños españoles de su misma edad, dentro y fuera del colegio, algunos de ellos se empeñan en recordarle sus raíces cuando se mofan de sus orígenes y de su extraño nombre, a veces, también, cuando juega en la plazuela enfrente de casa, así como con uno solo de sus profesores que siente rencor por los árabes y lo insufla a su hija con expresiones a veces encubiertas y otras directas, generando en su alumna un mayor sentimiento de pertenencia a la lejana patria.

Yaser se había esforzado todo lo que había podido por enseñar a su hija un poco la lengua árabe, hacer que aprendiera de

memoria algunas azoras coránicas cortas y enseñarle, sobre todo esto, un puñado de sencillos datos sobre todo esto que pudieran tener cabida sin dificultad en su aún pequeña mente. Pero, a pesar de ello, sigue convencido de que el resultado de sus esfuerzos está siendo escaso, puesto que se trata de una misión enorme y él es, simplemente, un árabe más expatriado…, de los cientos de miles expatriados árabes y residentes en Europa que no interesan a ningún responsable, en las dos orillas de su expatriación: ni en la que arribaron, ni en la que abandonaron.

Todos estos pensamientos pasaban a menudo por la mente de Yaser. Siente como si estuviera inmovilizado con cadenas y no tiene más remedio que permanecer expatriado, pues Palestina sigue perdida desde que sus ojos vieron la luz por primera vez, mientras que el resto de los países de la gran «patria» permanece con las puertas cerradas para él, como para decenas de compañeros suyos que cursaron estudios en este país.

Y con esas ideas rondándole la mente: el regocijo mañanero de Yaser, que conducía su coche por calles abarrotadas de vehículos, empezó a disiparse y se encontró golpeando el volante, nerviosamente y cargado de amargura, aliviando así algo de la rabia acumulada en su corazón año tras año. Se apoderó de él una repentina depresión cuando se preguntó, por enésima vez en los últimos días, si la embajada árabe, a la que se dirigía en aquellos momentos, iba a conceder a su hija el visado de entrada que le permitiría viajar para visitar a la familia. Así, inconscientemente, activó el reproductor del casete del coche del que fluyó música árabe, que Yaser seguía escuchando desde hacía días. Con la música quiso ahuyentar las preocupaciones lejos de su

corazón, pues estaba ya harto de todas esas ideas que golpeaban su mente sin pausa ni piedad desde hacía años.

Había comprendido por su larga experiencia que el mejor de los métodos era esperar, pues tal vez ocurriera un acontecimiento inesperado en la tierra de los árabes, o tal vez algo cambiara en su extensa geografía e hiciera que viajar hasta allí, y hacerlo entre sus países, se convirtiera, porque sí, en algo normal y sin exigencias imposibles de cumplir, exactamente como ocurría en el pasado, cuando los árabes aún no estaban fascinados por un invento occidental llamado pasaporte, antes de que sus gobernantes lo convirtieran en un nuevo dios para adorar, como hicieron los israelitas con el becerro.

La música que fluye del reproductor del casete lo devuelve a la patria con fuerza…, fieramente… Está habituado a la voz de la cantante desde su más tierna edad. Qué felicidad sería que Samira visitara a su abuelo y a su abuela y que viva, por algunos meses, en una tierra árabe…: tierra donde escuchara la voz del almuédano llamando a la oración…, tierra donde todo lo que hay no sea en contra de su identidad y de su religión, como sucede aquí. La alegría volvió a colmar su corazón de nuevo, mientras bajaba por la calle Serrano. Subió el volumen del aparato elevando la voz de su cantante favorita y luego alzó su voz acompañándola, cantando, mientras el coche consumía lo que quedaba de distancia hasta la embajada árabe.

Yaser llegó a aquella zona abarrotada de coches con edificios modernos, donde están ubicadas algunas embajadas árabes. A punto estaba de fracasar en su búsqueda de aparcamiento, teniendo que dar vueltas durante largo tiempo por calles con tremendos embotellamientos. En su búsqueda, pasó delante de una

embajada árabe rodeada de prostíbulos por todas partes, por lo que se encontró mascullando en voz baja, sin previo pensamiento ni premeditación, el popular dicho árabe: «los pájaros caen donde sus semejantes».

Finalmente encontró donde aparcar el coche y aceleró sus pasos hacia la embajada apoderándose de él nuevamente un amargo sentimiento de pesimismo respecto a lo que le esperaba detrás de su puerta. Ya no era consciente de la suavidad de las brisas que acariciaban su cabello, ni del azul del cielo con escasas nubes que se elevaban mansas sobre su cabeza, ni de los coches que se arrastraban permitiéndole moverse ligeramente entre ellos cuando se veía obligado a hacerlo. La preocupación, cargada de temor, se había apoderado de su pensamiento. ¡¿Rechazarán tal vez darle el visado a su hija?!

Se dirigió al portal del edificio que acoge la sede de la embajada, apresurando después los pasos hacia el ascensor. En su soledad entre las cuatro paredes, se dio cuenta de que estaba sacudiendo la cabeza con fuerza, aliviando así lo que se debatía en su pecho. Odiaba llamar a la puerta de cualquier embajada árabe, pues en la mayoría de ellas no eran bienvenidos ni siquiera sus propios nacionales, con lo que se puede uno imaginar el recibimiento que brindan a otros árabes. Siempre que se veía obligado a dirigirse a una embajada árabe, sabía a ciencia cierta que Dios quería castigarlo ese día, creándole un motivo que lo condujera a ella. El motivo solía ser profesional, dada la naturaleza de su trabajo, para pedir un visado o para renovar el pasaporte. Muchas veces se preguntaba con sus amigos árabes sobre ese enigma detrás de la petulancia, que la mayoría de los ciudadanos árabes

encuentran en las embajadas de sus países por donde sea que vayan por el mundo.

El ascensor se detuvo en la planta duodécima, lanzándose Yaser a caminar por un corredor revestido de alfombras y unos gigantescos espejos fijados a ambos lados de las paredes de mármol.

Se había lanzado por el corredor como quien se lanza a entregarse al verdugo para que haga con él lo que quiera, rápidamente, librándole así de los latidos de su corazón que ya eran escandalosos y dolorosos. Se había esforzado con ahínco durante todo el recorrido, desde que salió de casa rumbo a la embajada, en ahuyentar de su mente el gran signo de interrogación, que era más grande que él mismo y que todos sus sentimientos de patriotismo. Pero no pudo. Y ahora que está dentro de aquel edificio, ya en su planta duodécima, no podía seguir con aquel flaco intento suyo, y se siente a punto de gritar a pulmón lleno aquella gran pregunta suya: «¿Acaso le darán a Samira el visado?». Una terrible pregunta que permanecía pendida en alto, cual espada encima de la cabeza de todo aquel que cae en la tentación de pedir un visado a una embajada árabe…: salvo si quien lo pide no sea sospechoso de pertenecer a un país árabe. Puesto que entrar en el paraíso es algo cuyas condiciones son conocidas para un árabe, sea musulmán o cristiano. Sin embargo, para que un árabe pueda entrar en un país árabe, depende de un sinfín de circunstancias…, que no las conoce salvo Dios, además del cónsul de turno.

Ante el pánico que le provocaba la gran pregunta esgrimida sobre su cabeza, Yaser se vio obligado a esgrimir la espada de la lógica, en un intento desesperado por librarse de la fuerte angustia que lo aplastaba como si se tratara de una montaña, por lo que

se decía a sí mismo, insistiendo: «¡Cómo no le iban a dar el visado si aún no pasa de los ocho años de edad! Ellos rechazan dar visados a los mayores, por un motivo u otro…, pero a los niños eso estaría fuera de toda lógica. ¡Acaso sería lógico privarla de visitar a su familia y a un país árabe que es parte de su patria grande!». Y volvía otra vez a toparse con esa espada esgrimida que nuevamente se agitaba sobre su cabeza, advirtiendo y amenazando… ¡Acaso es normal o lógico impedir que los mayores visiten a sus familias a pesar de tener una necesidad apremiante!… ¡Acaso no es la infamia por excelencia que los miembros de una familia árabe tengan que acudir a un país extranjero como única solución para un encuentro ocasional o para una reunificación familiar!… Yaser, plantado ya ante la puerta de la embajada, recordó a su amigo Jamil: esta misma embajada se negó a extenderle un visado para visitar a su madre moribunda, residente en el país de la embajada, sin que le haya servido de nada entregarle al empleado de la sede diplomática el telegrama que acababa de recibir de su hermano instándole a acudir de inmediato para poder despedirse de su madre… Ninguna conciencia fue capaz de reaccionar en los pasillos de la embajada ni en sus lujosos despachos, a pesar de que Jamil suplicó que le permitiesen ver al cónsul, pero el empleado le contestó, al cabo de unos minutos, que este estaba muy ocupado y que no podía recibirlo. Yaser recordó cómo le explicó Jamil, con lágrimas en los ojos, que aquel día salió de la embajada llorando como un niño. Así, la madre de Jamil falleció sin que su hijo pudiera siquiera asistir a sus funerales, debido a que unos funcionarios descerebrados, con conciencias muertas y carentes de principios, habían decidido que el fallecimiento de la madre no merecía todo aquel

interés que mostraba el hijo expatriado. Jamil, actualmente, dos años después del tránsito de su madre, maldice, día y noche, a unas embajadas sordas y a unos gobiernos ciegos que controlan el destino de una nación muda.

Al recordar Yaser ese incidente, sintió un nudo amarguísimo arrasar su garganta. Sin embargo, pensó que lo que le interesaba en aquel momento era el visado para el viaje de su hija, y que sería mejor para él ahuyentar todos esos pensamientos negativos que le estaban amargando la mañana, después de haberle parecido en su inicio que era una mañana ideal y luminosa. Pues, ¡para qué sirven todos esos pensamientos que tantas veces le habían causado quebraderos de cabeza! Lo importante es que Samira visite a su familia, donde su abuela ya le tenía localizado un colegio para enseñarle árabe durante su estancia. No sería razonable que privaran a una niña de sus derechos más básicos. Sin embargo, la gran pregunta volvía a sonar en su interior y de nuevo se agitaba sobre su cabeza aquella terrible espada. La vida se ennegreció ante sus ojos, convencido como estaba de la inutilidad de la lógica, en el mismo momento en el que pulsaba el timbre de la puerta de la embajada, y se disponía a esperar y miraba, con fingida educación en su semblante, hacia el ojo de la cámara que se dedicaba a estudiar sus facciones, dado que él se había convertido en persona sospechosa, desde el momento en el que se puso delante de aquella puerta.

En el preciso momento de abrirse la puerta, le vinieron a la imaginación escenas de las películas de Drácula, con las puertas que se abren lentamente a lo desconocido y cargado de horror, con un chirrido que casi arranca los corazones de cuajo. Dio un paso hacia el interior de la embajada, cerrándose la puerta detrás

de él automáticamente, lo que le hizo pensar que estaba ya bajo la soberanía del Estado propietario de la embajada y que la democracia entera, los derechos de los humanos y seudohumanos se habían quedado al otro lado de la puerta, percibiendo él la algarabía a través de las ventanas, por lo que le asaltaba la sensación de echar realmente de menos las calles, donde se había habituado a la libertad desde hacía años.

Un policía, ciudadano del país de la embajada, avanzó hacia él, dirigiéndole una penetrante mirada, y le preguntó, abruptamente, qué quería; al mismo tiempo, Yaser percibió que otro policía lo escudriñaba, tal vez con rabia, desde un sillón confortable. El primer policía le dijo que tenía que registrarlo, por lo que Yaser, siendo realista, obedeció, pues estaba acostumbrado a esta clase de «faenas» en muchas embajadas árabes. Aquel registro no era más que el principio de una serie de quebraderos de cabeza por los que Yaser tuvo que pasar en la embajada.

Media hora después de haber entrado en la embajada, Yaser abandonaba aquella torre de oficinas para incorporarse al tumulto en las aceras, andando sin rumbo, abstraído, enojado y con la rabia royéndole el corazón. El cielo de Madrid estaba ya de nuevo muy nublado, y los primeros sinos del verano habían retrocedido ante el contraataque de vientos fríos. El hombre percibió algo de relajación gracias a las brisas que soplaban hacia él. Sus ojos derramaron sendas lágrimas, mientras pensaba en lo que le iba a decir a su pequeña hija, y cómo le iba a explicar que ya no habría tal viaje para visitar a la familia. ¡Cómo iba él mismo a arrancar la alegría de su corazón después de haber pasado los últimos meses hablándole del esperado viaje! ¡Acaso podría decirle que las autoridades de un Estado árabe se habían negado a darle el visado

por el simple hecho de que ella tenía nacionalidad árabe! ¡Qué justificación podría darle y conseguir que lo asumiera su pequeño cerebro! ¿Decirle acaso qué un Estado árabe teme que una niña de ocho años ponga en peligro su estabilidad y continuidad? Quizás, a pesar de su niñez, ella le vaya a contestar, como acostumbra a hacer en sus respuestas que denotan su inteligencia natural, diciéndole: «¡Pues vaya gobierno papá!… ¿Hasta ese punto es inestable y carente de raíces? Con sus propios ojos vio en la embajada papeleos de ciudadanos españoles a los que se les iba a conceder el visado, y cuando le preguntó al funcionario de la embajada, que poco antes le había asegurado que había órdenes del ministerio de Exteriores para no conceder a nadie visados de entrada en el país, este le contestó insolentemente: «¿Acaso no ves que son pasaportes españoles?». Pero Jamil llevaba un pasaporte español cuando quiso viajar para despedirse de su madre y, a pesar de ello, no le dieron el visado porque era árabe como ellos. Los ojos de Yaser de nuevo se empaparon de lágrimas mientras repetía con voz audible, cargada de pena y de resentimiento: «Vaya nación tan infeliz e ignorante que somos».

Le asaltó a Yaser una sensación de amarga soledad en medio de aquel tumulto de viandantes y coches, cuando de repente oyó a alguien que exclamaba en español, bromeando: «¡Hombre!… ¡Desde luego, vosotros, los árabes, no conocéis el significado de la amistad!… ¡¿Así has cortado conmigo todo este tiempo?!».

Yaser levantó la mirada hacia su repentino interlocutor, reconociendo en él a uno de sus compañeros de universidad a quien no había vuelto a ver desde su graduación años atrás. Yaser se alegró por ese encuentro, acogiendo su rostro una emergente sonrisa al tomarle su amigo entre sus brazos y palmotearle

sonoramente en la espalda, como acostumbran los españoles al encontrarse con un amigo. El semblante de Yaser se relajó del todo, pues era intenso, en aquel momento, su deseo de zafarse de la fuerte amargura que aquella embajada árabe había infundido en su corazón, por lo que le contestó a su amigo, ambos aún en plena alegría del encuentro: «Tienes razón, Fernando, pues mi gente no conoce ni siquiera el significado de ser hermanos, imagínate entonces lo que se refiere a ser amigos. Vámonos».

1984

Mariam

En el auge del jugueteo con su hija, Mariam, cuyo quinto cumpleaños se preveía para dentro de unos días, sintió que no cabía en sí de felicidad y de amor a la vida. En pleno apogeo del retozar de la pequeña, de sus chillidos, de su revuelo y sus violentos volteos entre sus brazos que la sujetaban, intentando la niña zafarse de ellos; y mientras sus risas esparcían perfume y fragancia por todos los rincones del hogar, él no dejaba de contemplar su cara, encendida y enrojecida en el auge de su actividad y ajetreo.

Sentía en aquellos momentos, que jugar con su niña era una especie de oración que lo elevaba sobre alas de júbilo y satisfacción hacia el culmen del regocijo total. Es una oración al creador de los cielos y de la Tierra…, creador de la especia humana…, porque hace del ser algo más que un solo ser humano: embrión, recién nacido, bebé, bebé que gatea, chaval, mozo, joven, hombre, entrado en años, viejo y anciano…, alabado sea Dios… Me arrodillo ante la niñez, Tu creación…, porque es lo más extraordinario que hiciste para que se poblara la Tierra… Basta observar cómo despunta el ser humano, cual flor, y cómo florece…, cómo balbucea, gatea, camina, cómo tantea el universo a su alrededor

y cómo lo concibe poquito a poco. Alabado sea Dios. ¡Cuánta delicadeza depositaste en la niñez!… ¡Cuánta dulzura, belleza e ingenuidad! … ¡Cuánta hermosura!… ¡Cuánto placer para la vista!… ¡Cuánto descanso para el corazón!… ¡Cuánta felicidad para los padres! ¡Alabado seas Dios por Tu creatura, el niño!… ¡Cómo se convierte en ser humano hecho y derecho, maduro, como si aquel niño nunca hubiera existido…, como si hubiera muerto…, como si hubiera partido hacia otro mundo! Nuestros hijos, Dios, crecen y se convierten en jóvenes, ¿o es que cada vez que crecen y mueren, dejan lugar a otros hijos?… Momento a momento van siendo recreados, día a día crecen…, año tras año se desarrollan…, se transforman…, y nosotros sin darnos cuenta, salvo en destellos intermitentes y espaciados, sin podernos creer lo que presenciamos con nuestros propios ojos, como si se tratara de algo que sucede por primera vez en la Historia. Los queremos mayores, y al mismo tiempo los queremos niños pequeños y lozanos.

En la vorágine de sus pensamientos, estrechó a su hija contra su pecho con torrencial cariño que encierra todo el amor del que es capaz un ser humano… ¡Todo el cariño que esparciste, Dios, en la Tierra fructifica en el momento de abrazar, la madre o el padre, a su niño!… Así los queremos, ¡oh, Dios!: pequeños y débiles, siempre refugiándose en nuestros pechos, y los queremos jóvenes enderezados y fuertes, llenándonos de orgullo y euforia…, y mientras ellos se van haciendo mayores, nosotros también vamos avanzando en edad, siendo apenas conscientes de ello, queriendo aferrarnos al tiempo…, anhelando detenerlo…, implorándole en el nombre de Dios que se detenga, aunque sea por un momento.

La pequeña intentaba de nuevo zafarse de entre sus brazos, invirtiendo en el intento sus máximas fuerzas. Y cada vez que se libraba y se escabullía, facilitándoselo su padre, naturalmente, saltaba de alegría y gritaba con una voz que hacían temblar las paredes de la casa, anunciando que es muy fuerte y que él no podía impedir que se escabullera de entre sus manos. Luego, volvía a encerrase ella misma entre sus brazos otra vez en nuevo desafío, en el que pretendía probar ante su padre su astucia y fuerza: tal vez así podía conservar su atención todo el tiempo posible, distrayéndolo de su hermana mayor y de su hermano bebé.

Él volvió a contemplar su rostro rosado y su encantadora belleza, disfrutándolo todo en extremo. Recordó su propia niñez…, momentos aislados, y ya tan lejana…: aquel período de la vida del ser humano es su única flor fragante, cuyo perfume permanece presente, envolviendo su corazón, hasta la hora de la muerte. Pero, después de nuestra niñez, la de nuestros hijos es la única vega a la que nos está permitido acceder, y la diferencia entre ambas es abismal, estando a nuestro favor, ya que el ser humano no suele ser consciente de su niñez hasta que se haya ido, llevada por el viento. En cambio, podemos, si quisiéramos, ser plenamente conscientes de la niñez de nuestros hijos, y disfrutarla día tras día. Sí, podemos contemplarla hasta la jactancia, palparla hasta la percepción, tocarla hasta la embriaguez, besarla hasta deshacernos y escucharla hasta el éxtasis, pues se trata de nuestra segunda niñez, que nuestros hijos son incapaces de saborear su miel y percibir sus dimensiones.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por su hija:

—Venga, papá, otra vez —le gritaba—. Agárrame fuerte, no me dejes escapar. Verás lo fuerte que soy, papá.

Veinte o treinta veces la había sujetado y la había dejado zafarse de entre sus brazos, sin que ella sintiera el más mínimo cansancio ni hartura.

—Ahora vas a ver —le dijo mientras sellaba sobre su mejilla un nuevo beso—. No vas a poder escabullirte esta vez, te voy a apretar con todas mis fuerzas.

Y la apretó un poco.

—¡Papá, no me agarres con tanta fuerza, es un simple juego! —gritó ella, molesta.

¡Alabado sea Dios!, sabe que es un juego y al mismo tiempo pretende convencer a su padre de que es fuerte… ¡Que lógica tan insólita tenéis las mujeres, mejor dicho, las maravillosas niñas!

—¡Papá… Papá! ¡Párate un momento! —exclamó mientras luchaba entre los brazos de su padre, cuando estaba él en el cénit de su euforia paternal.

—¿Pararme? ¿Por qué? ¿Quieres engañarme, lista, para escabullirte de entre mis brazos con ese truco? Esto no es justo, cariño.

Y jadeando, ella dejó de luchar, mientras una amplia sonrisa convertía su rostro en un sol radiante.

—No papá, te lo juro. Solo quiero preguntarte una cosa —dijo la niña entre risas.

Así, él dejó de apretarla entre sus brazos, mientras sus ojos se alimentaban de la felicidad de los suyos.

—¿Sabes qué será el miércoles que viene?

—¿El miércoles?

Las risas de la pequeña se repetían como canto de ruiseñor.

—Sí, el miércoles, papá. Pregunté a mamá y me dijo que será el miércoles —dijo al ver que su padre se extrañaba de su pregunta.

El padre hizo que no entendiera lo que le quiso decir.

—¡Oh! El miércoles será mi cumpleaños, cariño —dijo él.

La niña de nuevo rompió a reír.

—¿Tu cumpleaños? ¿Cuántos cumpleaños tienes, papá? Hemos celebrado tu cumpleaños, y ya está.

—¡Oh, Es verdad! Tienes razón. Entonces el miércoles será el cumpleaños de tu hermana, Lamya. ¿Ves cómo lo sé?

—¡Qué no! ¡Qué no! —repetía la niña mientras casi se ahogaba de risa—. Tú no sabes lo que será el miércoles.

—¿Entonces por qué no me ayudas y me lo dices ya? Soy un anciano. He perdido la memoria.

La niña no podía contener la risa al oír las palabras de su padre.

—¿Anciano tú, papá? No digas eso. Sigues siendo joven. El miércoles será mi cumpleaños, papá.

Él se hizo el sorprendido, golpeándose la frente con la mano.

—¡Oh…, efectivamente! Será tu cumpleaños y organizaremos aquí una bonita fiesta.

—He crecido un año más, papá, y ya soy mucho más fuerte que antes; y ahora te lo voy a demostrar. Venga, papá, agárrame de nuevo.

La niña se apresuró a meterse de nuevo entre los brazos de su padre, invitándole a impedir que pueda deshacerse de ellos, mientras él pensaba en el inminente cumpleaños de la pequeña, como si acabara de darse cuenta de la carrera de velocidad que mantienen las dos manillas del reloj…: vas creciendo, hija mía,

como creció antes tu hermana. Y brillaron en su mente aquellas lágrimas que había visto más de una vez en los ojos de su padre mientras lo contemplaba, así como a sus hermanos, convertidos ya en hombres y mujeres, casados y con hijos…

Oh, pequeña mía si supieras lo que me dolió escuchar a mi padre diciéndonos hace días, resistiendo las lágrimas que se debatían en sus enrojecidos ojos: «Ojalá pudiera regresar por un solo momento a aquellos años felices, cuando eráis pequeños correteando y jugando, armando tal escándalo hasta hacer tambalear la casa…, aquellos días en los que jugabais entre mis piernas como gatos y, sentados sobre mis rodillas, os abrazaba y aspiraba el perfume de vuestra niñez… ¡Qué días más felices aquellos…, los más felices de la vida!». ¡Cuánto le dolió oír aquellas palabras de su padre!… Palabras que repitió delante de él varias veces en los últimos años… Sufría por ver sufrir a su padre. Miraba sus ojos y veía cómo la nostalgia y la angustia se asomaban a través de ellos…, junto a signos de vejez. Ardía en deseos de volver a ser niño, aunque fuera por un solo momento, para realizar aquel anhelo de su padre, tan entrañable y tan imposible.

El hombre se ausentó de su propio mundo por unos momentos, ido como estaba, imaginándose haber dado un salto de cuarto de siglo hacia el futuro, y cayendo presa del pánico. Vio reaparecer delante de él los ojos de su padre, sus lágrimas centelleando en sus órbitas. Imaginó a sus tres hijos ya mayores, habiéndose alejado todos de su madre y de él, pasando a ocuparse de sus propios hijos y de sus esposas, pues es ley de vida, y así es su rueda que no puede más que girar apresuradamente, no dejando nada en su sitio y llevándoselo todo a la extinción. Se vio a sí mismo con el pelo canoso, el rostro lleno de arrugas, habiéndose

extinguido el brillo de los ojos, con huesos frágiles y con dolores en las articulaciones. Imaginó a su esposa en un estado similar, y ambos solos en casa, sin futuro, sin proyectos, sin familiares ni amigos, pues la mayoría de ellos habrán ido cayendo por el camino de la vida, uno detrás de otro.

Sí, imaginó a su dulce niña convertida ya en una señora, descuidando a su madre y a él con mil asuntos que forman el corto viaje de la vida. Vio que no recordaba nada de sus juegos con él en su niñez, salvo escenas pasajeras cuyas huellas a punto están de ser borradas de la memoria a causa de los años que se han ido acumulando. La imaginó lejos de él, sumida en su vida independiente, sin necesitarlo para nada, ella que pasó su niñez pegada a sus padres y dependiendo de ellos en todos los asuntos de su dulce vida, incluso durante muchos años después. Vio a su alrededor un universo convertido en páramo, un horizonte yermo, y una pareja de ancianos postrados en casa, carentes de valor en los corazones de sus hijos, salvo aquello impuesto por un mínimo de piedad, cariño o recato, dándole igual los nombres si el resultado es el mismo. Se imaginó a sí mismo y a su esposa sentados solos en una casa donde no se oían salvo sus toses, esperando desesperados que alguien llamara a su puerta, aunque fuera una vez por semana, o que sonara el teléfono, aunque fuera una vez al día.

Su imaginación lo llevo a ver sus encuentros con sus hijos limitarse a algunas ocasiones espaciadas en las que se veía mirándolos con anhelo y cariño, viendo en ellos aquellos pequeños suyos que comían de la palma de su mano como golondrinas. Encuentros en los que también veía a sus hijos mirándolo sin que les sacudiera ningún recuerdo ni les temblara el corazón, pues sus responsabilidades no les dejaban ocasión para semejantes

emociones hacia dos ancianos que no les quedaba más que pasado y recuerdos. Dos ancianos candidatos a morir en cualquier momento, hasta el límite de que su fallecimiento, una vez que ocurriera, será simplemente una ocasión triste, anunciada y esperada, que pronto y en unas semanas de pena rutinaria, será engullida por el olvido, antes de que el torrente de su vida diaria la arrastre al olvido total, salvo un recuerdo pasajero de sus padres que pudiera embargar sus mentes y hacer temblar sus corazones de vez en cuando, mientras están contemplando cómo crecen sus hijos con pasión y temor ante el futuro.

Esa oscura escena que se había materializado en su mente, imaginándose desesperado por tener un solo momento feliz junto a sus niños en paz y alegría, le aterró, sintiendo temblarle las rodillas, y llenándose de lágrimas sus ojos.

—Papá, papá, ¡¿qué te pasa?! —exclamó la niña—. ¿Por qué no me aprietas? ¿Por qué no juegas? ¿Por qué te lloran los ojos?

La voz de su niña lo arrancó del mundo del futuro para devolverlo al momento presente: contempló sus ojos como si se despertara de una pesadilla terrorífica, abrazándola con fuerza como para impedir que se escapara de entre sus brazos. La pequeña empezó a intentar escabullirse, quejándose, hasta que tuvo que soltarla como si fuera una paloma que se echa a volar abandonando su nido. En aquel momento, se apoderaba de él una felicidad desbordante, como si hubiera podido realizar el anhelo de su padre, pero para sí mismo, pues hete aquí regresando desde la vejez a la juventud…, y hete aquí volviendo a abrazar a su pequeña, y a disfrutar de la presencia de sus niños, pues su hija mayor, de nueve años, está viendo la televisión en el salón, mientras

su hijo bebé monopoliza toda la atención de su madre en la habitación de al lado.

Pensó, asombrado, en cómo el ser humano no aprecia en su justa medida cada momento de su vida que pasa con sus seres pequeños…, cada momento que vive con sus mayores, destinados al lejano horizonte… Hasta que, pasado el tiempo, lo ves golpeándose la frente con la mano, volviendo la vista a su alrededor, sin hallar del pasado paraíso salvo el desierto de los recuerdos.

La niña se puso muy contenta al verse aupada por su padre, que la llevo entre sus brazos hasta donde se encontraba su hija mayor, estrechando a esta contra su pecho, mientras intentaba deshacerse de su abrazo, para poder continuar con la película de dibujos animados que estaba siguiendo.

Después, él se trasladó a donde se encontraba su bebé, llevándole con ambas manos, a pesar de las protestas de su esposa, lo abrazó con delicadeza y lo contempló muy detenidamente, sintiendo como su hija, Mariam, le tiraba de su ropa llamándolo para que siguiera jugando con ella; luego, de repente, lanzó una carcajada de felicidad, mientras repetía en voz alta; sin que su esposa entendiera su comportamiento, ni alcanzara a adivinar lo que pasaba por su mente:

—¡Oh!, hijo mío… ¡Qué feliz estoy de que este día nuestro sea el día de hoy!

1984

El rubio

El tren rodaba cansinamente, como si anduviera con pies humanos en vez de con ruedas férreas, sin embargo, me sentía feliz por su lentitud, pues me permitía contemplar los deslumbrantes paisajes que pasaban continuamente a través de la ventana, con los espesos bosques de pino, las verdes colinas, taraceados unas veces con encinas y otras con olivos, además de otras clases de árboles y arbustos cuyos nombres ignoro. A veces, me sorprendía una liebre que corría espantada por el paso del tren y que con el estruendo de sus chillidos desgarraba la quietud de la mañana, en medio de aquella naturaleza apacible.

Me dirigía a la ciudad de Segovia, en el corazón de Castilla, a una distancia de Madrid suficiente como para ampararme de los males de su calor asfixiante, de su ruido insoportable y de la zafiedad de sus gentes llegados a la ciudad de distintas partes de España, dejando en sus respectivas tierras de origen la cordialidad y la cortesía.

Estaba impaciente por llegar a Segovia, al norte de Madrid, y por disfrutar del suave clima y de la fresca brisa, capaces de convertir aquel calor del mes de agosto en aire refrescante y en

airecillos primaverales. Impaciente me sentía, también, por llegar a observar la puesta de sol detrás de las montañas que rodean aquella ciudad, pues Dios nos ha maravillado con la creación del ocaso convirtiéndolo en una de las demostraciones de belleza más deslumbrantes, dotando precisamente al ocaso de Segovia de una preciosidad muy particular que es lo más sublime creado por el Altísimo, en lo que se refiere a la caída del sol detrás de colinas y campos.

Me acordé de mis anteriores visitas a Segovia, que se habían repetido a lo largo de los últimos cinco años, cuando pasaba cortas estancias de menos un día de duración y, a veces, dos semanas, en las que conocí la amabilidad de las gentes de esa ciudad y su trato afable con los foráneos, a quienes tratan con un cariño y un respeto que no me eran habituales en Madrid.

Antes de llegar a mi destino, el tren pasó por unos pueblos y enclaves veraniegos que suelen frecuentar los habitantes de la capital en cuanto se intensifica el calor. Una vez en Segovia, respiré hondo al estar ya a salvo de Madrid y de su aburrida vida rutinaria, empezando ya a pensar con anhelo en las dos semanas que planeaba pasar en esta tranquila villa de veraneo en compañía de un allegado amigo mío.

En cuanto pisé el andén de la estación, lo avisté esperándome, pues había llegado a Segovia unos días antes procedente de Sevilla, huyendo del ardiente calor de aquella ciudad.

Mi amigo era de aquellos árabes que preferían, desde su llegada a España hacía una década, el trabajo de comerciante en lugar de perder el tiempo en empleos, convirtiéndose en un hombre de negocios de éxito y en propietario, entre otros establecimientos, de una casa en Segovia, en la que solíamos tener,

durante las vacaciones de verano, nuestro único encuentro a lo largo del año, sin que ello afectara a nuestra amistad que, al contrario, iba adquiriendo más confianza y más arraigo año tras año. Ambos, que habíamos pasado de los treinta años de edad, conservábamos nuestra soltería y teníamos una filosofía de vida acerca de la cual habíamos coincidido y nos habíamos comprendido mutuamente, cuyo resumen es: «vive y deja vivir».

Y en cuanto abandonamos la estación en el coche de mi amigo, Yusef, nos abalanzamos el uno al otro con un torrente de preguntas sobre circunstancias y novedades, y eso a pesar de que hablábamos por teléfono varias veces a lo largo del año. Enseguida empezamos a planificar las excursiones que íbamos a realizar a la serranía y a pueblos cercanos a Segovia, conocidos por su bella naturaleza y por sus excelentes restaurantes.

Yusef se empeñó, como era su costumbre cada verano, en que nuestra primera comida tuviera lugar en un afamado restaurante conocido por su cochinillo asado, pero nosotros, naturalmente y como era nuestra costumbre, no pedimos aquel plato, no solo por motivos religiosos, sino porque diez años de residencia en España no habían sido suficientes para arrancarnos ni una pizca del intenso asco que sentíamos al ver aquel sucio animal que más bien parece una gran rata. Pues lo más feo, con que la vista puede tropezar en Segovia, es la escena de los cerdos lechales, desollados, colgados por sus bocas, partidos en dos y asados, exhibidos en las vitrinas de reconocidos restaurantes.

Desde nuestra mesa en aquel restaurante, cuyas ventanas dan a los preciosos arcos romanos del Acueducto, tuve con Yusef una conversación entrañable que iniciamos, como es costumbre entre dos amigos que se encuentran tras largo alejamiento,

acordándonos del pasado y de sus apacibles días, y luego las acostumbradas disculpas por el escaso o inexistente carteo, o por las escasas llamadas telefónicas. Y cuando terminamos estas dos fases empezamos a planificar —como solíamos hacer en los últimos años sentados en esa misma mesa—, el modo de pasar el tiempo durante las dos semanas siguientes.

Mientras escuchaba a Yusef estaba pensando, a la vez que mi mirada no se apartaba, a través de la ventana, de la elevada construcción romana de dos mil años de existencia, en la velocidad del paso del tiempo, que convierte al año, con sus horas, días y meses, en un mero destello fugaz: pues me pareció en aquellos momentos como si mi último encuentro con Yusef, el año precedente en aquel mismo lugar, acababa de ocurrir hacía un solo instante. Sin embargo, ¡qué valor tiene un año cuando estás mirando a dos mil años que se alzan ante tu vista y piensas en todas aquellas generaciones y acontecimientos que se habían sucedido debajo de esos arcos pétreos y silenciosos!

—¿Y ahora qué te parece si tomamos el café donde Miguel? —le pregunté a Yusef en cuanto terminamos de comer—. Miguel es un hombre divertido, propietario de un café donde éramos asiduos en nuestras anteriores vacaciones.

A Yusef le encantó la idea.

—¿Te refieres al café del «gandul»? ¡Excelente idea! —exclamó Yusef—. Hace una semana entera que llegué a Segovia y aún no fui a visitarlo, porque prefiero que vayamos juntos como de costumbre…, y tú lo sabes mejor que yo.

Sus últimas palabras iban acompañadas de un guiño, en alusión a las dos hijas del «gandul», sobrenombre que le habíamos puesto a Miguel. Pues el hombre tenía dos hijas de sublime

belleza, la mayor no pasaba de los diecinueve años, siendo su hermana un año menor. Ambas trabajaban en el café sirviendo a los clientes, mientras que su padre se dedica a conversar con los clientes como si fuera uno de ellos, a la vez que dirige órdenes a su mujer y a sus dos hijas para que se den prisa en servir a este y llevar la bebida a aquel. Esa era la razón de haberle puesto aquel sobrenombre, a modo de broma nada más, pues nunca lo habíamos visto servir a los asiduos del café, o prepararles comida o bebida, alegando al respecto, como nos explicó varias veces, que él había trabajado desde que era mozo y que ahora, que ha pasado de los cincuenta años, merecía limitarse a dirigir el café. Solía asegurarnos, riéndose como era su costumbre, que, aun cuando parece que él no trabaja, en realidad desempeña la misión más complicada en el café, que no es otra que administrarlo y entretener a los clientes que en realidad suelen acudir al café para disfrutar de su conversación y reírse de sus chistes.

Mirándolo bien, la verdad no era distinta de aquella lógica de Miguel, pues el hombre nos parecía una antorcha de vitalidad, alegría y gracia, de modo que no se hartaba uno de su compañía. Ni Yusef ni yo teníamos la más mínima aspiración respecto a sus hijas pues entre nosotros y ellas había una diferencia de edad que no olvidábamos, de modo que la insinuación que había hecho Yusef de ellas no era más que una broma inocente, ya que no teníamos necesidad de mujeres en aquellas vacaciones nuestras en las que éramos precisamente dos solteros deseosos de estar lejos de ellas, aunque sea por unos pocos días.

Así que nos dirigimos andando hacia el café de nuestro amigo Miguel, prestos para su caluroso y escandaloso recibimiento que suele dedicarnos cada vez que lo visitamos, como si

formáramos parte de su familia más estrecha, pues al regresar a su café nos desbordaba de abrazos, golpes en los hombros y gritos en los que nos invitaba a tomar lo que quisiéramos de comida o bebida para luego negarse a cobrarnos ni una peseta. Y enseguida se lanzaba a contarnos toda suerte de detalles, acerca de todo lo que hubiera tenido lugar sobre acontecimientos y chismes en Segovia durante nuestra ausencia. Tan entregado a la conversación, que solía no dejarnos ocasión alguna de hablar, y tampoco necesitábamos hacerlo, porque escuchándolo íbamos de risa en risa, y si descansaba por un momento, para tomar un sorbo de la copa de coñac o de vino que nunca abandonaba su mano, aprovechábamos y nos apresurábamos a preguntarle por alguna persona, algún lugar o algún suceso que hubiéramos oído sobre ello, lo que se convertía en una nueva puerta para una nueva conversación suya encantadoramente divertida que nos hacía reír hasta casi ahogarnos, mientras participaba de nuestra risa con una felicidad manifiesta en su semblante, al tiempo que no cesaba de invitarnos a beber esto y tomar aquello en cuanto a alimentos. Nosotros, mientras, solo participábamos con él tomando refrescos o café, fracasando él, una vez tras otra, en convencernos para tomar un vaso de vino, coñac o güisqui o alguna otra de las decenas de bebidas cuyas botellas se amontonaban sobre las estanterías del local.

—Vosotros los árabes queréis vivir mil años —solía repetir, mostrando su hartazgo, en broma, ante sus repetidos fracasos—. Bebed, hombre, pues el ser humano no tiene más remedio que morir, sea de alguna enfermedad o de alguna otra cosa. Estáis perdiendo ocasiones insustituibles de deleite al rechazar mis invitaciones una vez tras otra. Otros, al ser españoles, anhelarían

una invitación mía a una copa de güisqui, mientras que vosotros: venga té y venga café. Vuestra amistad no es nada costosa, es casi gratuita.

Nos decía aquello mientras intentaba vencer su risa, con todos los presentes en el café escuchando sus palabras que lanzaba en voz alta y escandalosa, como es costumbre de los españoles en los cafés.

Miguel, una vez terminaba de hablarnos acerca de Segovia y de lo que había acontecido allí durante nuestra ausencia, solía empezar a preguntarnos sobre nosotros: la vida en Madrid y en Sevilla, y acerca de los países árabes, y en cuanto uno de nosotros empezaba a responderle se lanzaba él mismo a contestar sus propias preguntas, y se dedicaba a verter su ira sobre Madrid: sus gentes, demasiados coches y la contaminación del aire; luego hacía lo mismo respecto a Sevilla: el calor ardiente, la estrechez de sus calles y sus muchos ladrones. Seguidamente, se ocupaba de los países árabes, que no había visitado en su vida, prestándose voluntario, en nuestro lugar, a lamentar la mala suerte que tocó a los árabes teniendo esos gobernantes que tienen, y para asegurarnos, como si no lo supiéramos nosotros, que si no fuera por sus gobernantes: los árabes hubieran derrotado a Israel desde el principio. Miguel, en el auge de su entusiasmo por lo árabe, se lanzaba a asegurarnos a nosotros y a todos los clientes del café, a su mujer y a sus hijas y gritando a voz en cuello, que los árabes son el pueblo con la historia más grande del mundo y con el presente más amargo, y que nosotros, Yusef y yo, somos los más amargados de entre los árabes por nuestra insistencia en no beber, y en no comer lonchas de jamón a las que él nos invitaba como lo más

preciado de cuanto encierran las paredes de su café, a lo que nosotros solíamos repetir siempre, pidiéndole disculpas:

—Pero, Miguel, ¿no te acuerdas de que nosotros no comemos carne de cerdo?

Y así, en medio del interés de la mayoría de los clientes que fijaban su vista en nosotros, los dos árabes que rechazaban un plato de lonchas de jamón que no rechazaría ningún español desde el sur al norte del país por muy tonto que fuera, las hijas de Miguel se prestaban a recordarle a su padre de nuevo: que nosotros somos musulmanes y que los musulmanes no comen carne de cerdo.

No se hartaba uno nunca de la conversación de Miguel, pues su lógica alegre fluía caudalosa, cargada de atrevidas palabras, frases divertidas, comparaciones cómicas y expresiones graciosas de las que está abarrotada la lengua española de tal modo, que apenas encuentra rival en otras lenguas.

Yusef y yo apresurábamos el paso hacia el café con auténtico anhelo de un largo y grato encuentro con Miguel y su familia. Mientras nos acercábamos al local, seguíamos recordando las conversaciones de Miguel:

—Y cuando termina de hablar, seca el sudor que empapa su frente y nos dirige una mirada insinuante, señalando con un movimiento de la cabeza a sus dos hijas que no se apartan de la barra, ocupadas como están en llenar las copas de los clientes y en servirlos, con la ayuda de la madre que no abandona la cocina a lo largo del día, mientras escuchan lo que decimos y nos acompañan en nuestras risas y a veces en nuestra conversación, luego dice: —¿Eh, árabes, qué decís, cuándo será la petición de mano?

¿Dónde vais a encontrar a alguien mejor que Carmen y Lolita, tontos?

Yusef siguió recordando aquella escena, que se había repetido en varias ocasiones:

Al escuchar aquello que decía su padre a sus hijas, se les encendían las mejillas avergonzadas, y nos miraban riéndose mientras las mirábamos y decíamos escandalizados, al unísono:

—Pero, Miguel, ¿acaso no ves las canas que empiezan a colarse en nuestras cabezas. Búscales dos novios jóvenes. Además, ¿qué te obliga a perpetuar tu relación con dos hombres amargados que no beben vino ni comen carne de cerdo?

Al llegar a este punto le dije a Yusef, seriamente:

—La única cosa que me molesta de este hombre es que carece del sentido de honra respecto a sus hijas y a su mujer. A veces, he notado como algunos clientes las acosaban y las miraban con mucho descaro.

—Tienes razón. En ocasiones, creo que yo las quisiera proteger mucho más de lo que hace Miguel, pues no olvidemos que conocemos a ambas chicas desde que eran pequeñas con catorce años de edad más o menos.

Llegamos al café, y cuán fuerte fue nuestra extrañeza al encontrar que no había ni sillas ni mesas debajo de los dos robles gigantescos que se alzan frente a su puerta, donde solíamos sentarnos con Miguel y su familia a avanzadas horas de la noche, con el café ya vacío de clientes, disfrutando del fresco airecillo y deleitándonos con el murmullo de las hojas de ambos árboles meciéndose al son de las brisas. Aumentaba nuestra extrañeza al encontrar cerrada la puerta del café y el silencio que envolvía el lugar como si fuera un cementerio abandonado. Nos miramos el

uno al otro, asaltándonos una sensación de súbito temor que puso final a nuestra alegre conversación, que se había iniciado con mi llegada a la estación de tren por la mañana.

—A lo mejor el tío Miguel imita ahora a los cafés de Madrid, cerrando su local un día a la semana, o un mes entero en verano —se apresuró a decir Yusef, como para ahuyentar esa sensación.

—El polvo cubre la puerta y el candado —le dije señalando la puerta del café—. Esto significa que el local lleva cerrado mucho tiempo.

Me apoyé en el tronco de uno de los robles sin saber qué hacer, mientras que Yusef se apoyaba en el otro árbol, también atrapado por la perplejidad. Echábamos mucho de menos el encuentro con Miguel, lo que hacía que fuera grande nuestra frustración en aquellos momentos en los que ambos estábamos dominados por la incertidumbre y enmudecidos de asombro. El silencio reinó en nosotros, mientras dirigíamos nuestra vista hacia la derecha y hacia la izquierda en busca de cualquier indicio que nos guiara hacia el misterio que había detrás del cierre del café y de la ausencia de sus dueños.

El sol aún conservaba su vigor en aquella hora de la tarde, sin embargo, las suaves brisas fluían como de costumbre debajo de aquellos dos árboles como si moraran allí siempre.

—Si quieres que te sea franco, Imad, no te oculto mi preocupación por Miguel y su familia —dijo Yusef.

Ensimismado, lo miré sin responder, encontrándolo mirando al suelo y moviendo con la punta de su zapato una pequeña piedra. El silenció volvió a reinar de nuevo, sin que nos moviéramos del sitio ni lo abandonáramos, como si estuviéramos esperando a que ocurriera algo que nos rescatara de nuestra perplejidad.

Sin embargo, no tardamos en darnos cuenta de que quedarnos allí no nos servía de nada por lo que abandonamos nuestro sitio en silencio, volviendo sobre nuestros pasos. Pero, no nos habíamos alejado más que unos metros cuando oímos una voz que llamaba:

—Eh… ¿Qué queréis?… ¿Queréis algo?

Nos volvimos hacia donde procedía la voz encontrándonos con un hombre viejo en el balcón de una casa encima del café, agitándonos su mano. Entonces, le grité mientras nuestros semblantes se relajaban cuando nos acordamos, al verle allí, de que la vivienda de la familia de Miguel se ubica justo encima del café:

—Buenas tardes, abuelo. ¿Dónde están los dueños del café?

—Te oigo bien, no hace falta tanta algarabía —dijo el hombre tranquilamente—. ¿Qué quieres?

Su respuesta me molestó.

—¿Quién es usted? Somos amigos de Miguel —le contesté secamente.

—Amigos de Miguel…, amigos de Miguel —repetía refunfuñando con sorna.

El hombre se quedó en silencio por unos momentos.

—Soy su padre… Sí, soy el padre de Miguel —prosiguió.

El viejo se quedó nuevamente en silencio, mientras intercambiábamos, Yusef y yo, una mirada de satisfacción por haber encontrado a quien nos pudiera desvelar el misterio que nos tenía desconcertados.

—¿Vamos a permanecer aquí de pie, debajo del balcón, como dos tontos? —me dijo Yusef, impaciente—. Si esperamos a que nos cuente lo que ha pasado puede que se muera antes de hacerlo.

—Somos sus amigos, abuelo, y no lo hemos visto desde el año pasado —le gritó Yusef—. Hemos venido a Segovia para verlo, ¿Dónde está?

De pronto, vimos a una mujer salir al balcón y decir al viejo palabras que no oíamos, a lo que el viejo le respondió totalmente tranquilo que estábamos preguntando por Miguel, por lo que la señora nos miró con atención, reconociéndola yo enseguida.

—Es la esposa de Miguel, ¿A que sí? —exclamé a Yusef—. Es Cayetana.

Una sonrisa se asomó a los labios de la mujer al reconocernos.

—Subid, Subid ¡Qué hacéis en la calle! —exclamó la mujer dándonos la bienvenida.

Seguidamente dirigió una mirada al viejo como reprendiéndolo y sacudió la cabeza en señal de reprobación de su comportamiento.

—No me mires así —le gritó el hombre—, estaba a punto de invitarlos a subir.

Subimos por una escalera estrecha sin intercambiar palabra alguna, pues todo nuestro pensamiento estaba centrado en el enigma que había detrás del cierre del café. Encontramos a la señora Cayetana esperándonos a la puerta de su casa, dándonos una buena acogida. Cuando estreché la mano de Cayetana miré a sus ojos con profundidad, impaciente como estaba por escudriñar la verdad, encontrando en ellos una tristeza que nunca antes había visto. Una tristeza que ya estaba enraizada, como si hubiera estado presente en su corazón desde hacía años. Sentí como si una mano poderosa estrujara mi corazón haciendo disipar mi sonrisa, mientras accedíamos al interior de la vivienda donde el viejo se

encontraba sentado en una humilde sala. Intercambié una mirada con Yusef, encontrándolo en tal estado de seriedad como si estuviéramos allí para dar nuestras condolencias.

Al cabo de unos momentos, nos sentamos los cuatro, mirándonos en silencio, por lo que la señora Cayetana se apresuró a interrumpir dirigiéndose al anciano:

—¿No te acuerdas de ellos, abuelo? Los has visto en el bar varias veces.

—Me traiciona la memoria —dijo el anciano sin apartar la vista de nosotros—, pero bienvenidos seáis.

Le agradecimos sus palabras con una sonrisa, pero estábamos sobre ascuas en deseos por conocer lo que le había pasado a Miguel y al café. Yusef no se pudo aguantar más por lo que preguntó a la mujer sin titubeos:

—¿Y Miguel? ¿Dónde está?

Me di cuenta de que el anciano inclinó la cabeza sobre el pecho manteniéndose en silencio, mientras se caía la sonrisa cuyos restos habían permanecido hasta aquel momento pegados a los labios de Cayetana.

—En la cárcel —dijo ella, firmemente.

La respuesta nos impactó…: tanto por ser lacónica como por su contenido. No era difícil comprender que Cayetana confiaba en nosotros y que quería ponernos al tanto de lo ocurrido sin rodeos. La verdad es que yo esperaba una noticia más amarga de la que había recibido de ella. Me pareció que Yusef se había recuperado pronto del impacto de la noticia, pues al momento volvió a preguntarle:

—¿Y qué hizo como para que lo metieran en la cárcel? ¡Siempre fue un hombre pacífico y recto!

La mujer permaneció en silencio, dándome cuenta de que estaba resistiendo sus lágrimas, por lo que temí lo peor. Me acordé de sus hijas, y sin haberlo pensado le pregunté por ellas, intentando salvar aquel momento embarazoso, con el resultado de que no había hecho más que empeorarlo, ya que la mujer rompió a llorar, sin embargo, pronto se recompuso y secó sus lágrimas. Miré a Yusef y vi que tenía el semblante pálido al ver llorar a Cayetana, así como la extrema seriedad que se había apoderado del semblante del anciano que no articulaba palabra.

—Mató a un hombre.

Así nos llegó la respuesta de Cayetana en cuanto pudo sobreponerse por un momento. Sentí encogerse intensamente mis entrañas ante el horror de lo acababa de escuchar.

—¿Dice usted que mató a un hombre? —murmuró Yusef incrédulo ante esas palabras de Cayetana—. ¿Miguel matando a un hombre? Eso está fuera de toda lógica.

Sin embargo, ella sacudió la cabeza, reafirmándose en lo que acababa de decir.

—Sí, Miguel, —prosiguió ella—, ustedes saben cómo era de pacífico y paciente, pero mató.

—Lo condenaron a quince años de cárcel, —exclamó el anciano súbitamente—, pero él hizo lo que tenía que hacer.

Me di cuenta de que los ojos del viejo se enrojecían mientras resistía sus lágrimas. Sentí que habíamos entrado en aquella casa para meter los dedos en la llaga de su gente. Me asaltó un deseo de levantarme y abandonar el lugar sin esperar a escuchar ninguna otra palabra.

Pero… ¿Y las dos chicas? Estuve a punto de preguntar a Cayetana por sus hijas, sin embargo, la telepatía entre Yusef y yo

estaba en aquel momento en su punto culminante, por lo que se me adelantó en preguntar a la madre por Carmen y Lolita, a lo que la señora contestó, resistiendo aun sus lágrimas y tartamudeando al hablar:

—Por favor perdónenme, pero es que desde que os vi no puedo dejar de pensar en la felicidad que reinaba en nuestra vida durante vuestra última visita el año pasado. ¡Cómo puede cambiar la vida de ser un paraíso a ser un infierno con tanta facilidad! ¡Cómo puede convertirse lo más dulce en lo más amargo…, sin previo aviso y sin preámbulos!… Ojalá la vida vuelva atrás un año solamente.

Aquí la mujer rompió en amargo llanto otra vez, al no poder controlar más sus nervios. Intercambié con Yusef una mirada de perplejidad.

—El tiempo, señora Cayetana, no vuelve para atrás ni un solo momento. Mejor dejar el pasado donde está y tenga usted esperanza de que el futuro traerá todo lo bueno, Dios lo quiera —me encontré diciendo en un intento de consolar a aquella señora.

Dije aquello sin estar convencido.

El anciano sacudió la cabeza en señal de incredulidad, mientras me dirigía una mirada que expresaba su desesperación.

—Todo lo bueno se fue con el pasado —dijo el viejo con voz ronca—. El pasado es lo bueno, mientras que del futuro nada bueno se espera.

—Todo tiempo pasado lo consideramos mejor que el tiempo presente y que el futuro, esta es la naturaleza humana, abuelo —le respondió Yusef con tono tajante, como enfrentándose a él—. Cuántas veces sufrimos lo indecible hasta que el tiempo del sufrimiento haya pasado y los años lo hayan llevado lejos, entonces

nos volvemos hacia aquel período echándolo de menos con añoranza, como si se tratara de nuestros días más felices, sin apreciar nuestra felicidad presente que no podíamos ni soñar en tiempos de sufrimiento. Todo esto ocurre simplemente porque los años del pasado están más alejados de nuestra muerte que nuestro presente, y porque el pasado es tiempo de niñez, juventud o sueños. ¿Por qué dice usted que no hay esperanza en el futuro? ¡¿Acaso decide usted el futuro de esta familia, o el de cualquier otro ser humano, o siquiera decide usted su propio futuro?! Nadie de nosotros, abuelo, sabe lo que nos esconde el próximo instante de bueno o de malo.

La mujer escuchaba a Yusef, habiendo dejado de llorar, y parecía que sus palabras le habían caído como un bálsamo. Yusef notó que sus palabras le habían sentado bien a Cayetana, sin embargo, dejó de hablar al darse cuenta de que empezaba a perder el control de sus nervios ante aquel anciano sumiso, que se callaba como una tumba o hablaba para debilitar el ánimo de aquella desdichada mujer.

Reinó un profundo silencio mientras Cayetana tenía la vista colgada de Yusef, como instándole a seguir hablando, pero mi amigo permanecía con la boca cerrada, lo cual formaba parte de su naturaleza cuando tenía los nervios tensos. Percibía yo que también Yusef deseaba abandonar aquella casa de inmediato, pero, a la vez, estaba seguro de que él ardía en deseos de saber lo que había pasado a aquella familia…, a aquellos amigos.

Entonces, dirigí a Cayetana una pregunta que estaba seguro de que Yusef la estaba masticando nerviosamente en aquellos momentos:

—Señora Cayetana: ¿por qué no nos cuenta usted la historia desde el principio? Si nos considera amigos suyos.

—Al revés, son ustedes de nuestros pocos amigos. Teníamos una larga lista de amigos antes de meter a mi marido en la cárcel, algunos de ellos parecían como hermanos. Sin embargo, ahora, con Miguel en la cárcel y el bar cerrado, han desaparecido todos. Miguel se enorgullecía de haber sido muy querido y de que tenía decenas de amigos. Muchos de ellos le mostraban su rostro de amigos con la esperanza de que los invitara a tomar gratis un vaso de vino.

—Es un buen hombre, la gente lo quiere, y pronto sienten afecto por él —la interrumpió Yusef en voz baja como si hablara consigo mismo.

Efectivamente, Cayetana empezó a narrar la historia que terminó enviando a su marido a la cárcel, y destrozó su feliz hogar:

—Todo empezó días después de última visita de ustedes a Segovia. El otoño estaba a la puerta y las brisas de la noche empezaban a ser algo frías, lo que hizo que los clientes del bar se recogieran en sus casas a una hora temprana, salvo dos o tres personas. Era de noche y me preparaba con mi marido para cerrar el local y hacer las cuentas de aquel día de trabajo. Las dos niñas preparaban la cena en la cocina y charlaban alegremente como las conocen ustedes, pues han heredado la alegría y la vitalidad de su padre. De repente, apareció por la cortina de abalorios de la puerta un hombre que no pasaba de los treinta y cinco años de edad, tal vez menos…: rubio, de alta estatura y ojos azules. Y como sabéis, en España se considera al hombre rubio, alto y de ojos azules como el paradigma de belleza masculina, tal vez porque somos un pueblo formado en su mayoría de morenos, algo

bajos y de ojos oscuros. El hombre nos saludó con suma educación, dándonos cuenta enseguida de su acento extranjero. Quise decirle que el bar ya estaba cerrado, pues nada más verlo, no me cayó bien. Sin embargo, el bueno de Miguel me paró, dio la bienvenida al foráneo y le preguntó si quería tomar algo. El rubio pidió una taza de café, apareciendo en su semblante que algo le tenía muy preocupado. En cuanto Miguel le sirvió el café, el hombre le contó que acababa de llegar a Segovia en tren, que no había encontrado ningún taxi en la estación y que el teléfono público de la estación estaba averiado. No era la primera vez que escuchábamos un caso parecido, pues estamos a pocos metros de la estación de tren. Mi marido, al haber comprendido lo que quería, le entregó la guía telefónica, y el hombre empezó, entusiasta, a pasar sus páginas en busca de los números de hoteles sin dejar de dar gracias a Miguel, pues como sabéis la estación está lejos del centro de la ciudad y la oscuridad cerrada la rodeaba por todas partes a aquella hora de la noche. Percibí que mi marido quería ofrecerle al rubio alquilarle una habitación de uno de los dos apartamentos que habíamos comprado en aquel verano y que los convertimos en algo así como un pequeño hostal.

—Miguel nos habló de aquel proyecto suyo y nos invitó a visitar los dos apartamentos ubicados en el nuevo edificio adyacente a este —dije, interrumpiéndola por primera vez.

—Alquilar las habitaciones de estos dos apartamentos se ha convertido en el único medio de vida que tenemos hasta que vuelva a abrir el bar de nuevo —prosiguió ella—. Miguel sabía que era difícil conseguir una habitación en los escasos hoteles que se anuncian en la guía telefónica y cuyo número no pasa del de los dedos de una mano. De hecho, en cuanto el extranjero hubo

llamado a dos hoteles empezó su entusiasmo a disiparse. Y cuando iba a llamar al tercer hotel, Miguel le ofreció el alquiler de una de nuestras habitaciones. Pronto cerraron el trato y Miguel salió con el rubio para enseñarle su habitación. Durante su ausencia, se marchó el último de los clientes al tiempo que Carmen y Lolita habían terminado de preparar nuestra cena. Habían pasado pocos minutos, cuando regresó mi marido acompañado de aquel foráneo que nos pareció que se había convertido durante aquellos minutos en uno de sus más allegados amigos. Miguel me llevó a parte y me dijo, lleno de orgullo y satisfacción, que la habitación le había gustado a aquel hombre y que estaba claro que pertenecía a un estrato social adinerado. Me dijo que su nombre era René, francés, y que iba a cenar con nosotros después de que Miguel le hubiera insistido, lo cual me molestó sobremanera, sin embargo, no hice más que sonreír al forastero dándole la bienvenida.

Cayetana se quedó en silencio por un momento que fue aprovechado por el anciano para repetir, enojado, con sus heridas ya a flor de piel al escuchar de nuevo esa historia:

—Nada bueno se puede esperar de los franceses. Ellos no quieren a los españoles en absoluto y se creen superiores a nosotros en todo.

Al no hacer ninguno de nosotros comentario alguno, ya que nuestra vista estaba pendiente de Cayetana, la mujer continuó hablando:

—No me había reído en mi vida como en aquella cena. René era un hombre de fácil chiste y de una simpatía singular, además de estar hablándonos con un español algo rudimentario lo que provocaba que las niñas se rieran de él cada vez que cometía un simpático error, sea en el significado de las palabras, sea en la

manera de pronunciarlas. La verdad es que pronto se hizo con nuestra atención y con la confianza de Miguel que lo escuchaba apasionado, a pesar de que no solía escuchar a nadie en semejantes reuniones en las que, tampoco, dejaba hablar a nadie. El francés era culto, de una vasta experiencia en la vida, conocía Europa entera y muchos otros países en África y Asia, lo que hizo que todos escucháramos atentamente su apasionante conversación, especialmente Carmen y Lolita. Me acuerdo de que nada enturbiaba la amenidad de aquella cena salvo en un solo punto donde Miguel y René chocaron, y su desacuerdo estuvo a punto de enconarse, pues ambos estaban casi emborrachados de tanto vino como habían tomado en la cena.

—Ah. Me acuerdo de aquello. El tema de los árabes —intervino el anciano nuevamente, sacudiendo la cabeza.

—Pero si usted no estaba con nosotros en aquella cena, abuelo —respondió Cayetana cariñosamente—. Usted estaba durmiendo plácidamente en aquella hora tardía de la noche.

—Sí. Sí. Ya me has contado eso varias veces.

Yusef y yo nos impacientábamos, interesados como estábamos por conocer aquel punto del desacuerdo entre Miguel y su huésped, que el anciano había señalado que estaba relacionada con los árabes, por lo que miré a Cayetana animándola a seguir hablando.

—En el marco de su conversación acerca de sus visitas a muchos países —se apresuró a decir Cayetana—, René habló mal de los árabes, calificándolos de bárbaros, además de otros calificativos infames. En realidad, Miguel pasó por alto este comportamiento de René al principio, pero el francés volvió a insistir mofándose de los árabes en un intento de arrancarnos más risas

y más admiración, como nos había acostumbrado desde el inicio de aquella tertulia. Sin embargo, todos permanecíamos impasibles lo que provocó su extrañeza, pasándose entonces del lenguaje de broma a insultar a los árabes con toda franqueza y seriamente. Y aquí le preguntó Miguel, irritado, por la causa de su odio hacia los árabes, quedándose el francés perplejo sin hallar respuesta, limitándose a repetir sus feos adjetivos sobre los árabes, hasta que Miguel le dijo, algo enojado, pero sin perder los nervios: «Vosotros, los franceses odiáis a medio mundo y despreciáis al otro medio. Yo te diré por qué odiáis a los árabes, porque os han derrotado en Argelia después de haberla colonizado a lo largo de más de cien años, como también os han echado de Marruecos, de Túnez y de otros países árabes, y esto fue hace pocos años, René. Este es uno de los motivos de tu odio a los árabes. ¿Quieres que te cuente más motivos?».

Cayetana hablaba imitando el modo de hablar de su marido, poniendo en esa última pregunta algo de irritación y enfado. Sin embargo, no se detuvo, sino que siguió hablando:

—René se llevó una grandísima sorpresa mientras escuchaba a Miguel y le preguntó, al darse cuenta de su enfado, sobre el origen de su conocimiento de esa parte de la historia de Francia, a lo que Miguel contestó diciendo que se trataba de capítulos de la historia de los árabes primero, antes de ser historia de Francia, y que él era contemporáneo de aquel período de tiempo y, por lo tanto, no había nada extraño para que se acordara de ella. Después, mi marido añadió algo que no olvido y que parecía que molestó a René e hirió su vanidad: «Has de saber, huésped nuestro, que no eres el único aquí que conoce el mundo. La diferencia entre tú y nosotros es que tú estás obligado a viajar de un país a

otro para conocer a la gente, mientras que nosotros, aquí, en esta ciudad histórica y en este café, nos viene a visitar el mundo entero, como has venido tú, siendo francés, y otros franceses, sin que nosotros hayamos visitado Francia nunca. Francia es la que nos visita. Lo mismo que los árabes, entre quienes tengo amigos cuya amistad me enorgullece. Me quieren y quieren a esta familia mía, y no acepto de ti que vengas a insultar a mis amigos».

—Miguel es un hombre noble. ¡Qué buen amigo es Miguel! —exclamó Yusef sin poderse aguantar más.

—Os lo dije —le contestó el viejo—, nada bueno se puede esperar de los franceses. No quieren a los españoles en absoluto. No olvidéis que Napoleón ocupó nuestro país largo tiempo. Pero lo hemos expulsado de la peor manera.

El anciano dijo esas últimas palabras suyas con mucho entusiasmo, sacudiendo su puño en alto. Cayetana sonrió ante las palabras de su suegro.

—Eso sucedió hace más de cien años antes de su nacimiento, abuelo —dijo Cayetana en voz alta, como acostumbraba cada vez que le hablaba, por tener el anciano el oído débil—. Luego prosiguió:

—Pero, volvamos a aquella noche. Aquella discusión entre Miguel y el francés llevó a un claro enfriamiento de la conversación que mantuvimos con René posteriormente, y que no duró más allá de unos minutos tras los que el rubio se levantó disculpándose para recogerse en su habitación. La cena tuvo un efecto que yo no había notado hasta que la tertulia estuvo a punto de finalizar. Pues, René, el de las bellas facciones…, el de alta estatura…, el chistoso…, el hombre experto y conocedor casi del mundo entero…, el culto que habla tres idiomas…, el rico

propietario de una fortuna…, ese hombre no solo había obtenido el interés de todos nosotros, sino que también había deslumbrado a Carmen y a Lolita, que se quedaron hechizadas por su personalidad. ¿Y cómo no iba a ser así cuando estaban acostumbradas a tratar con gente en cuyas vidas no había nada excitante ni sorprendente? A esto añadimos que las dos estaban pasando por una edad peligrosa en la que todo lo excitante parece maravilloso, y todo lo sorprendente parece excelente, así sin averiguar ni analizar. Es la edad del enamoramiento, en la que el corazón suele estar abierto de par en par al primero que llama a la puerta, sea quien sea. Sentí miedo y tuve malos presagios al darme cuenta de que las miradas de mis hijas estaban pendientes de René. Mi alegría aquella noche se había desvanecido antes de prenderse la discusión entre Miguel y René, al notar que este dirigía miradas insinuantes a mi hija mayor, Carmen, por lo que me sentía sobre ascuas a la espera de que acabara aquella infausta cena que fue el preludio de todas nuestras desgracias siguientes.

René se marchó a su habitación después de habernos saludado, uno por uno, utilizando su habitual jovialidad, como para asegurar que su encontronazo con Miguel no había dejado rastro negativo alguno en su corazón. Miguel quiso acompañar a René hasta su habitación para demostrarle, a su vez, que no estaba enojado con él y que todo seguía su curso normal, pero el francés insistió en que Miguel se quedara con nosotros, procediendo ambos a estrecharse las manos con sendas y amplias sonrisas. En cuanto el rubio salió por la puerta del bar, Miguel me miró en silencio con un gran signo de interrogación en sus ojos que no supe su significado, pero que suscitó en mí múltiples temores. Miré hacia Carmen y Lolita y las vi ocupadas en recoger la mesa

y limpiar la cocina, habiéndose desvanecido su alegría y cesado su risa.

A la mañana siguiente, abrimos el bar a las siete de la mañana como de costumbre. Me acuerdo de que hacía un tiempo estupendo y un cielo azul inmaculado, hasta parecerme que los temores de la noche anterior habían tenido lugar hacía tiempos remotos, no dejando el menor rastro en mi corazón en aquellos momentos. Tampoco noté malestar alguno en mi marido pues estaba recibiendo la mañana en plena actividad y con alegría, como siempre lo he conocido. En cuanto a las dos niñas seguían en la cama, como acostumbraban a aquella hora en los días de verano.

El tiempo pasaba tranquilo y apacible, hasta media mañana, cuando René entró en el bar con cara risueña, saludándonos en voz alta, brindándole nosotros el mejor de los recibimientos. El rubio tomó el desayuno en compañía de Miguel, manteniendo los dos una conversación en la que se les oía reír de nuevo. No sé por qué brindábamos a René un trato distinto al de otros clientes, pues desde el primer momento mi marido lo trató como a un amigo, tal vez por su inclinación natural de brindar toda su amistad a los que no son españoles y por compartir con ellos sus sentimientos al estar lejos de sus patrias y de sus familias, como me dijo una vez.

En cuanto terminaron de desayunar, escuché a Miguel decirle en voz alta a su interlocutor, señalándome a mí: «sería mejor que lo consultaras con su madre, en cuanto a mí no tengo inconveniente». Así, el rubio avanzó hacia mí, para decirme con toda confianza, como si yo fuera una de sus familiares más queridos: «Señora Cayetana, quiero recorrer Segovia para conocer bien esta famosa villa, pero no quiero hacerlo en solitario ahora que

tengo en vosotros a unos buenos amigos. ¿Permite usted a la señorita Carmen acompañarme para enseñarme su ciudad?». Intercambié una mirada fugaz con mi marido sin detectar en su rostro señal alguna de estar molesto, con lo que no encontré el medio ni el valor de rechazar su petición, aunque quería rechazarla. ¡Cómo iba yo a responder a toda aquella amabilidad con el rechazo! Así que no tuve más remedio que permitirle que Carmen lo acompañara, sin ocultar las señales de disgusto que mi semblante mostraba sin disimulo, y que el rubio ignoró. Le dije que Carmen no tardaría en bajar al bar y me contestó que iría a alquilar un coche para recorrer la ciudad y los pueblos de los alrededores y que no tardaría en regresar para llevarse a Carmen.

Aquí, el anciano se plantó como si de repente se hubiera despertado, espantado de un profundo sueño.

—¡Ahí estuvo el error! ¡Tu error y el de mi hijo Miguel! —exclamó con su voz ronca—. ¡Si él fue un estúpido, cómo dejas tú, a tu hija acompañar a un extraño en un coche! Así empezó la tragedia que destrozó nuestra familia.

Ante el arrebato del viejo, Cayetana se quedó en silencio, cabizbaja, presa de una profunda tristeza al acercarse en su relato al momento decisivo. Yo, observando su tristeza, me encontré dirigiéndome al anciano.

—Eso es fácil de decir ahora, abuelo —le dije tranquilamente—. ¿Pero quién entre los seres humanos conoce el futuro?

Rogué a Cayetana que continuara hablando, mientras veía a Yusef ensimismado sin parpadear a la espera de conocer el resto de la historia.

—Nada más irse el rubio, subí hasta aquí y le dije a Carmen que el francés quería que lo acompañara en su recorrido por

Segovia —prosiguió diciendo Cayetana—, viendo en sus ojos una alegría exultante que ella intentó, infructuosamente, ocultármela. Y como hace cualquier madre, en situaciones así, le di varios consejos y la advertí previniéndola de que apenas conocíamos nada acerca de René, además de que casi la doblaba en edad. Aunque en realidad, si se hubiera tratado de un jovencito de la misma edad que ella no la hubiéramos permitido acompañarlo, pues el hombre maduro inspira confianza y cordura que muchas veces resultan ser mero espejismo. Poco después, el francés regresó y nos pidió, de una manera simpática y escandalosa, que saliéramos a echar un vistazo al coche que había alquilado. Así que salí del bar con mi marido y con Carmen, seguidos por algunos clientes amigos nuestros, encontrando que el hombre había alquilado un coche de lujo del que expresamos nuestra admiración, que fue cuando él, a oídas de los clientes, dijo orgulloso que la belleza de Carmen merecía un coche mucho más lujoso que aquel. Sin embargo, no nos sentimos molestos por aquellas insinuaciones suyas, porque las había pronunciado con un tono que pareció natural e inocente. Me di cuenta de que mi hija, Carmen, se encontraba en aquellos momentos exultante de felicidad, como una niña que acababa de recibir un juguete nuevo.

Me acuerdo de que mi hija me dio un beso rápido, como de costumbre, luego besó a su padre y a su hermana, Lolita, antes de subir al coche, con sus ojos brillando de felicidad mezclada con la inocencia de los niños. Tenía entonces dieciocho años. En aquel momento, no podía resistir una insistente pregunta que yo intentaba en vano ahuyentar de mi mente: «¿Se habrá Carmen enamorado de René? ¡Oh…Dios mío!». No quería ni siquiera el mero pensamiento de una probabilidad como aquella, pues el

amor a su edad es ciego y desenfrenado, con resultados temibles. Sabía yo que el francés era de aquella clase de hombres de los que las chicas se enamoran fácilmente…, hombre apuesto, culto y rico…, además de otras cosas que aún no sabíamos de él… Sentí a mi corazón despeñarse hasta mis pies… ¿Qué cosas serían esas que no conocíamos de él? Miré a mi hija sentada, como estaba, en el asiento delantero del coche, con su pelo largo y negro caído sobre su espalda. Sentí un incontenible y súbito deseo de preguntarle a aquel forastero sobre todo aquello que ignorábamos de él… ¡Pero!

Cayetana se detuvo, dejando de hablar durante unos momentos, extremadamente emocionada; su respiración se había hecho fuerte y sonaba alta en su pecho, como si estuviera debatiéndose en una terrible pesadilla. Pero ante nuestro sepulcral silencio, reanudó su relato, cabizbaja mirando el suelo, con el corazón roto:

—El coche se puso en marcha, lanzado violentamente, lo que me dio un nuevo dato sobre la clase de hombre que estaba ante el volante, por lo que mis latidos se aceleraron y a punto estuve de echarme a correr detrás del coche…, detrás de mi hija querida. Sin embargo, me quedé quieta, contemplando el coche hasta que desapareció de mi vista.

La mujer se calló de nuevo. Era claro que estaba resistiendo unas amargas lágrimas que hubiera querido derramar para aliviarse un poco, sin embargo, nuestra presencia la instaba a seguir resistiendo. Mientras, el anciano se encontraba a su vez cabizbajo, con la mirada clavada en el suelo, sin parar de sacudir la cabeza, apenado y lamentándose ante aquellos amargos recuerdos.

Cayetana levantó la cabeza y nos miró fijamente con ojos enrojecidos antes de hablar, enronquecida su voz, controlando sus nervios tal y como se había entrenado para hacer a lo largo del año, que había pasado desde aquella peripecia.

—¿Saben, señor Yusef y señor Imad? A lo mejor no van a creer lo que voy a decirles ahora, porque es algo difícil de creer, pero es precisamente la amarga verdad. Esa fue la última vez que vi a mi hija, Carmen…, no he vuelto a verla desde entonces…, y no creo que vuelva a verla.

—¿Cómo? ¡Increíble! —exclamó Yusef sorprendido e impactado—. Yo permanecí en silencio a la espera de que Cayetana nos diera una explicación de lo ocurrido. Efectivamente, la mujer siguió con su relato:

—Eso es lo que pasó, así es de sencillo—dijo con las lágrimas ya destellando en sus ojos—. Cuando me di la vuelta con Miguel para entrar en el bar encontré a Lolita de pie en la puerta, con la vista perdida. Miguel la gritó, alegre: «¿Qué te pasa, Lolita? No te entristezcas mi pequeña, ella es un año entero mayor que tú…, tal vez dentro de un año encuentres un novio mejor que este». Aún suena su voz en mi oído repitiendo aquellas palabras bromeando alegremente. ¡Pero, quién sabe! A lo mejor no estaba nada feliz en aquellos momentos y mostraba aquella alegría para quitarme a mí algo de la visible preocupación que me embargaba. Nunca alcancé a conocer sus auténticos sentimientos en aquella hora de la mañana. Lolita, al ver que nos acercábamos a ella, se dio media vuelta y entró en el bar sin hacer comentario alguno acerca de la broma de su padre, lo que suscitó en mí mil signos de interrogación nuevos. Su semblante absorto aumentó mi preocupación, así que entré en el bar para empezar a contar los

minutos hasta el regreso de Carmen y seguir con mis cinco sentidos las vueltas de las manillas del reloj. Sin embargo, Carmen no regresaba. Nuestra preocupación, la de nosotros tres, empezó a salir a flote en nuestros semblantes cuando el sol ya pendía sobre poniente, pues Segovia es una pequeña localidad que recorrerla y recorrer los pueblos de sus alrededores no requiere todas aquellas horas, que habían transcurrido desde su salida, por la mañana, con el forastero. Miguel empezó a cruzar el bar yendo y viniendo, y en cuanto se alejaba de la puerta que da a la calle volvía hacia ella y se asomaba escrutando el lugar con la vista acechando el coche de René. Algunos clientes se dieron cuenta de nuestra preocupación y nos preguntaron por Carmen, cuya ausencia del bar a aquella hora de la tarde no era nada habitual. Un cliente, que había sido testigo por la mañana de la marcha de Carmen con el francés, se mantuvo en silencio, lo que se lo agradecí con mis miradas, mientras contestaba, a los que preguntaban, que mi hija había ido a visitar a una amiga suya que se puso enferma. Lolita parecía la más preocupada y tensa de nosotros, y había pasado el día callada y dedicada de lleno a realizar cualquier faena que le encargaba yo o por iniciativa propia.

Incrédulos, veíamos como se hacía de noche. Ya había caído la noche y Carmen seguía sin regresar. Puede que aquella fuera la primera vez en que se hacía de noche con Carmen fuera de casa, y eso por sí solo era algo grave para nosotros. No sabíamos en aquellos momentos que estábamos en el umbral de unos días y unos meses fatídicos cuya maldición sufrimos luego minuto a minuto. Sin embargo, a pesar de nuestra extrema preocupación, cada uno de nosotros seguía aferrado a un rayo de esperanza, y todos estábamos seguros de que Carmen, la morena, la pura…,

la flor lozana, iba a aparecer por la puerta de un momento a otro. Pero nada de eso ocurrió. Y cuando ya no teníamos la menor duda de que algo anormal había ocurrido a Carmen, y con el reloj marcando ya las once de la noche, me lancé con mi marido hacia la comisaría de policía y, temblando ambos de tanta tensión, comunicamos allí al oficial lo que había ocurrido, y tras contestar a sus preguntas, el oficial nos pidió que regresáramos a casa y dejáramos el asunto en sus manos, y así lo hicimos.

Pasadas tres horas, vino el oficial a casa y nos pidió que le enseñemos la habitación de René. Le abrimos la puerta de la habitación y entramos con él, y cuál fue nuestra sorpresa cuando no encontramos nada del equipaje de René lo que hizo estallar nuestros temores rompiendo yo a llorar al comprenderlo todo de golpe en aquel instante. Aquel canalla se había llevado todo su equipaje por la mañana, o sea, lo tenía planificado todo. El oficial nos pidió la descripción física de René y una fotografía de Carmen, y después se marchó, prometiéndonos llamarnos en cuanto obtuviera cualquier información acerca del forastero y de Carmen. Aquella noche no pegamos ojo. Miguel intentó saber por Lolita si sabía cualquier cosa que nos pudiera ayudar a localizar a su hermana, pero ella permanecía callada y absorta. Por la mañana temprano, vino el oficial y pidió a Lolita que lo acompañara a la comisaría, y no había pasado aún una hora cuando regresó y nos dijo que el oficial quería vernos. En la comisaría, el oficial intentó tranquilizarnos antes de sorprendernos diciéndonos que Carmen se había fugado con el francés por su propia voluntad y que se pondría en contacto con nosotros cuando se hubiera casado con él. El impacto que recibimos fue trágico. Sin poder creer lo que oíamos, le preguntamos al oficial que cómo es posible que

el francés y nuestra hija hubieran llegado a tomar una decisión semejante cuando no habían pasado más que unas pocas horas desde que se habían conocido. ¡¿Cómo es posible que el amor haya prendido en sus corazones con esa fuerza desde la primera entrevista?! ¡¿Y cómo habían llegado a ese acuerdo cuando no se habían visto salvo a la hora de cenar y sin haber intercambiado más que unas pocas palabras?! El oficial nos contestó que Lolita estaba al tanto de todo lo ocurrido y que ella le había dicho, cuando la interrogó, que René pasó a Carmen, a escondidas y durante la cena, un papel en el que le pedía que acudiera a verlo a la puerta del edificio adyacente al bar cuando todos estuviéramos dormidos. Carmen lo hizo, pues se había enamorado de él locamente.

El oficial agregó que, seguramente, Carmen pensó que no había nada malo en verlo a la puerta del edificio, y que iba a ser una entrevista inocente y una aventura pasajera. Carmen puso al tanto a su hermana de que iba a ver a René y la pequeña estuvo toda la noche esperándola sobre ascuas, hasta que su hermana regresó poco antes del amanecer para comunicarle que estaba decidida a escaparse con el francés. Lolita intentó con todas sus fuerzas, infructuosamente, convencerla para que volviera atrás en su decisión, pero Carmen le dijo que René era ya todo en su vida, que había pasado la noche con él en su habitación, que la había convertido en mujer, y que no soportaba separarse de él ni un solo momento. Carmen le dijo a su hermana que prefería desaparecer de nuestra vida por un corto período de tiempo, hasta que las aguas volvieran a su cauce con su casamiento con René.

Al llegar a este punto de su relato, Cayetana se quedó callada por unos momentos, sin embargo, nadie de nosotros articuló

palabra alguna al haber comprendido lo grave de la tragedia de esa familia. Entonces, ella continuó hablando con su voz triste con la que nos habíamos familiarizado desde que entramos en su casa:

—Salí de la comisaría con mi marido, absortos ambos, y permanecimos callados hasta que llegamos al bar. Allí mi marido dijo a los clientes que iba a cerrar el local, y les rogó irse, saliendo todos sin que nadie de ellos protestara y sin hacer ninguna pregunta, pues algunos de ellos percibían que teníamos un gran problema, ya que Miguel nunca antes había echado a los clientes. En cuanto salieron todos, y después de haber cerrado las puertas del local, mi marido cogió a Lolita de la mano, subió con ella hasta aquí y la pegó sin piedad hasta oír sus gritos el barrio entero, y si no fuera porque la rescaté de sus manos la hubiera matado a golpes. Seguidamente, Miguel rompió a llorar, sollozando como un niño pequeño, pues en mi vida lo había visto llorar tan amarga y exasperadamente. Mientras lloraba, no paraba de echarse la culpa a sí mismo, repitiendo que Lolita no tenía nada que ver con lo sucedido y que él era el único culpable. Mientras yo necesitaba desesperadamente a alguien que me consolara, me puse a intentar consolar a mi marido, y cuando fracasé en mis intentos rompí a llorar con él y con Lolita.

A la tarde de aquel día, vino el oficial con nuevos resultados que había conseguido en sus pesquisas, y lo primero que nos soltó era que René no era René, y que ese era uno de sus alias. Nos dijo que se trataba en realidad de un criminal que trabaja al servicio de una banda internacional dedicada a la trata de blancas, y que está reclamado por la policía de varios países. El oficial arrojó a nuestros oídos, que ya no soportaban oír más verdades

horrendas, que las informaciones que tenía confirmaban que tanto aquel criminal como Carmen habían atravesado la frontera a Francia y que la policía francesa los estaba buscando activamente. Antes de regresar a la comisaría, el oficial intentó aliviarnos en nuestra desgracia diciéndonos con un tono de consolación:

«Carmen no es la primera víctima que cae en las garras de este criminal. Su ficha está repleta de esta clase de crímenes».

En cuanto el oficial se hubo marchado, mi marido se plantó pidiéndome que le preparara la maleta. Había decidido viajar de inmediato a Francia para buscar a Carmen y salvarla antes de que fuera tarde. No hubo manera de hacerle volver atrás en su decisión, a pesar de que él sabía, como yo, que su misión era casi imposible. Veía en sus ojos otra intención acerca de la que no me atreví ni a preguntarle, temerosa como estaba de oír la irremediable respuesta. Mi marido no estaba decidido solo a salvar a nuestra hija, sino que también tenía una irrefrenable voluntad de vengarse de René. Al día siguiente, Miguel emprendió el viaje sin saber yo en mi fuero interno si impedirle o animarle a viajar, pues quería recuperar a mi hija a cualquier precio, aunque temía las consecuencias de esa persecución.

Llegados a este punto, Yusef no pudo más que preguntar a Cayetana:

—¿Y encontró al canalla?

—¡Era más fácil encontrar una aguja en un pajar! —exclamó el viejo recurriendo a un dicho popular español.

—No. Aunque permaneció en Francia tres meses enteros, y a pesar de que algunos de sus amistades españolas lo ayudaron en la búsqueda de René y de Carmen —respondió Cayetana a la pregunta de Yusef, reanudando su relato de los hechos, con su

voz más ronca y más estertórea—. Nos iba comunicando sus noticias en cuanto tuvieran lugar. Poco antes de su regreso a Segovia, recibí una carta suya enviada con un amigo procedente de Francia. Aquella fue una fatídica carta que Miguel me pidió que no la enseñara a Lolita por temor a que cayera víctima de una crisis nerviosa si llegara a leerla. En aquella carta, Miguel me informaba que se había cerciorado de que Carmen trabajaba en un vil prostíbulo en París, y que él no pudo nunca llegar a ella porque sabía que la estaba buscando. Me pedía mi marido en la carta, que pusiera todo mi empeño en olvidarme de Carmen como si no hubiera existido nunca, por más dolor que me costara aquello. También me decía que el maldito René era conocido en los bajos fondos, pero que no pudo hallar rastro alguno de él. Sin embargo, las pesquisas de mi marido en París no fueron en vano, y ojalá lo hubieran sido, pues allí supo que René se encontraba en Portugal y que desde allí viajaría de nuevo a España. ¿Sabéis cuál era el motivo de su nueva visita a España? Buscar una nueva presa para sus prostíbulos parisinos. ¿Y sabéis a quién había elegido esta vez?

Cayetana se quedó en silencio mientras nos miraba, hallándonos en estado de aturdimiento ante todo lo que habíamos escuchado. Sin embargo, nuestro aturdimiento se redobló varias veces cuando la mujer, ante nuestro silencio, dijo:

—Lolita. Sí, el canalla regresó para hacer con Lolita lo que había hecho con Carmen.

Intercambié con Yusef una mirada de repulsa, presos ambos de una fuerte estupefacción.

—¡Cómo puede haber sobre la faz de la tierra personas con este descaro! —exclamó Yusef, enojado.

Cayetana continuó hablando, adquiriendo su voz más fuerza, lo que reflejaba claramente la tensión nerviosa por la que pasaba mientras recordaba aquellos momentos infelices de su vida:

—Sí. René había regresado para acabar también con mi hija Lolita, la única que me quedaba en esta vida. Él sabía que ambas niñas, Carmen y Lolita, estaban hechizadas por su falsa personalidad. Tan solo dos días después de recibir aquella carta de Miguel, me percaté de una súbita adustez en el semblante de Lolita, que se había apoderado de sus facciones. No os oculto que yo sospechaba durante el período de ausencia de su padre que ella, de alguna manera, estaba en contacto con su hermana, pero luego me convencí de que mi sospecha era errónea. Lolita se resistió al principio a informarme sobre el motivo de aquella repentina adustez suya. Es verdad que la preocupación era nuestra compañera, desde que el rubio atravesó la puerta del bar por primera vez, pero aquellas señales de preocupación de Lolita eran nuevas y extrañas.

La verdad es que, en los meses de ausencia de Miguel, Lolita se había convertido de una niña en una mujer sensata, como resultado inevitable del sufrimiento y el padecimiento psicológico que estábamos soportando. Aquellos sucesos fatídicos habían pulido su personalidad y agudizado su mente, hecho que ignoraba el maldito rubio, que ni se le había pasado por la imaginación.

Finalmente, pude saber el motivo de aquella preocupación de Lolita: había recibido en la mañana de aquel día una llamada de René en la que le dijo que su hermana quería verla. Y cuando ella le preguntó cuál era el motivo por el que Carmen no hablaba con ella en persona, él respondió que su hermana sufría una fuerte ronquera que le impedía hablar por teléfono, y le pidió que los

esperara donde el castillo de Segovia a una hora determinada. Una hora después, Lolita se dirigió a la explanada que conocéis fuera del castillo, con la esperanza de encontrarse con su hermana. Pero el rubio la estaba esperando allí él solo. Y cuando mi hija le preguntó fríamente acerca de su hermana, el rubio contestó que Carmen los estaba esperando en Madrid, porque temía venir a Segovia donde pudiera coincidir con alguien de las muchas personas que la conocían en la ciudad e informar de ello a su padre. Sin embargo, Lolita se negó a acompañarlo a Madrid a pesar de que él se lo pedía insistentemente, recurriendo a toda clase de artes de persuasión que utilizaba con las chicas ingenuas. Pero Lolita ya no era esa chica ingenua y sabía exactamente a qué clase de canallas pertenecía aquel francés. Ella, sin saberlo yo, había leído la carta de su padre, lo que la alejaba mucho de las garras de aquel bestia. Su extrema precaución respecto a él la llevó a no hacer mención alguna de que su padre lo estaba buscando, cuando creyó que él no estaba enterado de ello.

René, que sedujo a muchas chicas, había caído en las redes de mi pequeña Lolita, pues ella lo convenció de que iría a Madrid al día siguiente para encontrarse allí con su hermana. Mi pequeña Lolita se había percatado de las auténticas intenciones del francés y de que su hermana no lo había acompañado en aquel viaje suyo a España. Al cazador no le había pasado por la mente que él había caído víctima de un débil gorrión, por lo que le dio la dirección del hotel donde se alojaba en Madrid para que acudiese a su encuentro al día siguiente. El rubio se marchó seguro de que iba a atrapar a Lolita a solas en Madrid, donde ella no conocía a nadie. En cuanto a mi hija regresó a casa en el estado de adustez que os he explicado, sin saber qué hacer, hasta que me lo contó todo.

Las desgracias, amigos, no vienen solas, sino juntas. Y eso es precisamente lo que ocurrió aquel día. Pues cuando me disponía a salir de casa con mi hija para informar al oficial de policía del regreso del rubio, alguien llamó a la puerta y al abrirla me encontré a mi marido delante de mí. Fue un feliz encuentro que no olvidaré mientras viva, pues no nos habíamos separado ni una sola vez desde que nos casamos hacía veinte años. Pero sentía, en aquellos momentos, que aquello no era más que la última bocanada de aire de una felicidad ya desvanecida. Esperé hasta el día siguiente antes de contarle a Miguel lo acaecido con el rubio, lo que le hizo perder el juicio, abriéndole de golpe todas sus heridas, gritando como enajenado: «¡¿Hasta este punto era yo bondadoso con la gente?!… ¡¿Hasta este punto pensaron que era tonto?!». Cuando se hubo tranquilizado un poco; y ahora creo que fingía haberse tranquilizado para que creyéramos lo que se disponía a decirnos: que se iba a encontrar con René e intentar concertar con él un encuentro con Carmen, a cambio de que nos olvidáramos todos del pasado. Me insistió a mí y a Lolita para que no informáramos a la policía con el fin de que no entorpeciera ese acuerdo. Luego, se despidió de nosotros y se marchó. En cuanto al resto de la historia, seguro que ya lo sospecháis. Miguel fue al hotel del rubio y cuando se encontró con él cara a cara lo apuñaló varias veces con un cuchillo de grandes dimensiones que se había comprado en Madrid con ese fin.

El silencio reinó de nuevo, hasta que le pregunté a Cayetana por Lolita, ya que nos había llamado la atención que no estuviera con nosotros, a lo que Cayetana contestó, recuperando sus ojos algo de su brillo:

—No os preocupéis, ella se encuentra bien. Se ha ido a Madrid para preparar los papeles de la matrícula en una universidad de allí. ¿No os había dicho que Lolita es ya sensata y consciente?

Al oír aquello, respiramos hondo, Yusef y yo.

Cuando salimos de aquella casa, no pudimos más que echar un triste vistazo a aquel café y a su puerta cerrada y cubierta de polvo. Me pareció entonces que oía el alboroto de los clientes, el tintinear de los vasos, las tazas y las cucharitas, y la voz de Miguel riéndose a carcajadas, bromeando con este, congeniando con aquel, discutiendo con los clientes de futbol, y gritando de vez en cuando:

—Carmen…: un café con leche para el señor Antonio.

Y veía yo a una chica, en el umbral de la juventud, apresurándose a preparar el café en cumplimiento de la petición de su padre, con una amplia sonrisa en sus labios, mientras se metía alegremente con una hermana suya menor que ella, que pasaba la mayor parte del tiempo con la mente ida, y veía yo a esta última asomarse por un ventanuco que da a una gran cocina y gritar a su madre para que ordenara a Carmen que dejara de burlarse de ella, y veía yo a la buena madre reírse y decir en voz alta, metiéndose a su vez con su hija pequeña:

—Oh, Lolita… ¿Cuándo serás mayor y sensata?

El rival

Mi amigo, Ismail, profesor universitario de ciencias políticas y vástago de gran linaje, era conocido en los círculos de alta sociedad por ser un mujeriego que aprovechaba su soltería para moverse de una hermosura de mujer a otra, albergando todas ellas la esperanza de convertirse al final en la futura esposa, y en la madre de los retoños. Todos conocéis a mi amigo Ismail, cuya belleza natural, otorgada por la gracia de Dios, no hizo más que realzarse con la madurez de sus cuarenta años, por lo que era inigualable tanto en el mundo del pensamiento como en el de las mujeres. Pero, alabado sea Dios, desde que se casó, se convirtió en un hombre ejemplar y dedicado a su hogar.

Mi esposa y yo creíamos, a ciencia cierta que, si Ismail seguía entregado, tal como era, a la indiferencia, iba a perder el tren; es decir, el tren del matrimonio. Por eso, nos propusimos, decididamente, para que aquel intento nuestro de casarlo fuera determinante y definitivo. ¡Y cómo no iba a ser así cuando la chica que nos habíamos propuesto presentársela era de esa clase de mujeres que, al pasar por delante de un hombre, simplemente

pasando, lo dejaba con el corazón degollado y tremendamente desconsolado!

Nahida, hija única de nuestro amigo y conocido escritor, Sharif Azayati, era un achica culta y de una belleza extraordinaria, pero se empeñaba en rechazar a los pretendientes, uno tras otro, acercándose ya a los veintiocho años de edad, y estábamos seguros de que ella curaría a Ismail, en cuanto su mirada se posara en ella, de todas sus enfermedades psicológicas que lo empujaban a envolverse en aquellas continuas aventuras amorosas, poniendo así fin a su volubilidad.

Y con el fin de reunirlos para que se conocieran, y para que tuviera lugar esa mirada, la sonrisa y luego todas las etapas que Shawqi[15] describió en su poesía, que son las que llevan al hombre a su jaula por sus propios pies y voluntariamente, hemos invitado a Ismail a cenar junto a unos pocos amigos, entre ellos: Sharif, su esposa y su hija. Ismail estaba al tanto de nuestras intenciones, pues le habíamos descrito a la chica y a su familia de tal modo que haría correr la saliva de un soltero como él, si realmente tuviera la intención de casarse.

Y en cuanto se sentaron los invitados, nos dimos cuenta de lo acertado de nuestras expectativas, pues Ismail no paraba de mirar a Nahida a escondidas, vislumbrado por su belleza y por el esplendor de su presencia, no olvidándose de guiñarme un ojo a

---

[15] Se refiere a los versos de un poema del poeta egipcio Ahmad Shawqi (1868-1932) que dicen:

نظرة فابتسامة فسلام// فكلام فموعد فلقاء

ففراق يكون فيه دواء// أو فراق يكون منه الداء

Una mirada, luego una sonrisa y un saludo; // después palabras, una cita y un encuentro.

Y una despedida que sana // o una despedida que enferma.

la primera ocasión que se le presentó, expresando así su admiración por ella.

Pero, y que Dios nos proteja de esta palabra, una vez que terminamos de cenar, ocurrió lo que nadie podía prever. Pues además de la admiración de mi amigo por la hija de mi otro amigo, se produjo un imprevisto choque entre el escritor y el profesor de ciencias políticas, que no sé cuándo ni cómo surgió en el curso de la conversación que estaban manteniendo sobre el tema de la guerra de Irak e Irán, chocando ambos al expresarse con hiriente franqueza, lo que incomodó al resto de los invitados, a quienes no se les escapó, como tampoco se nos había escapado a mi esposa y a mí, el mutuo rechazo surgido entre ellos desde el momento en que se sentaron a cenar, y desde la primera mirada.

Me esforcé en cambiar el rumbo de la conversación, lejos de Irán e Iraq y los encontré metidos en la cuestión palestina, por lo que respiré tranquilo, por ser esta una cuestión sobre cuya santidad y justicia no disienten dos árabes. Sin embargo, pronto se enzarzaron respecto a temas relacionados con esta cuestión, por lo que me apresuré a llevarlos a Irlanda, a China, a los países árabes uno tras otro, a Europa, hasta que no tuvimos más remedio que regresar a la región del Golfo, que resultaba ser más clemente que otras, sin que ninguno de los dos bajara su espada en medio de la fuerte discusión que ambos mantenían. Discutían muy nerviosa y tensamente, hasta que el tono incisivo empleado por los dos alcanzó un límite que hizo que el control de la reunión se me escapara de las manos, sorprendiéndome Ismail al plantarse de pie, en medio de los gritos ensordecedores, chillándole a Sharif con todas sus fuerzas, con sorna, haciendo caso omiso a la

diferencia de edad entre ellos, que debía haberle obligado a respetar a su adversario:

—¡Desde cuándo se atreve un novelista como tú, cuya profesión es bordar la imaginación, a discutir con un profesor de ciencias políticas como yo, asuntos de la política internacional! Estamos ante la ironía del final de los tiempos.

Por supuesto que las palabras de Ismail hirieron profundamente los sentimientos de mi amigo Sharif, especialmente porque se pronunciaron a oídas de otros amigos, todos ellos de lo más destacado de los círculos intelectuales, por lo que le respondió a Ismail, burlonamente, con voz que hacía temblar las paredes a su alrededor:

—Cuántos profesores de política como tú son incapaces de comprenderla y se limitan a aprenderla de memoria y por eso, precisamente, sigues siendo un profesor sin valor en la vida política, exactamente como el profesor de literatura que no tiene mención alguna en el mundo de la literatura.

La reunión de aquella noche terminó de la peor manera posible, permaneciendo sentados a solas mi esposa y yo, hasta el amanecer, con la ira y la rabia a punto de hacernos reventar al ver perdidos todos nuestros esfuerzos, y que estos, al contrario de lo que pretendíamos, hubieran provocado una fuerte enemistad entre dos de nuestros amigos más allegados. Intentamos indagar los motivos ocultos detrás de su mutuo rechazo, desde que se sentaron a la mesa a cenar, sin encontrar justificación alguna, salvo aquellas miradas de enamorado que Ismail lanzaba hacia Nahida, pues es seguro que Sharif, extremadamente celoso respecto a su hija, se dio cuenta de aquellas miradas y captó su significado. Después de eso, no nos faltó, a mi esposa y a mí, más que llegar

a la conclusión de que Sahrif, siendo escritor, podía leer lo que había detrás de las palabras y las miradas y que, conociendo él la fama de mujeriego de Ismail, nos quedó completo el cuadro, no quedándonos más dudas respecto al motivo auténtico de aquel feroz choque acaecido durante la reunión, que los dos hombres habían encubierto de un falso halo intelectual.

Desde aquella noche, las relaciones entre Ismail y Sharif se caracterizaron por una oculta tensión, pues tanto el uno como el otro pertenecían a los mismos círculos de amistad, por lo que no podían evitar el encuentro en los lugares frecuentados por los miembros de ambos ambientes: el intelectual y el político.

Y a pesar del odio recíproco que tantas veces me revelaron tanto Ismail como Sharif, los dos llegaron a la conclusión de que no les era posible declarar la guerra el uno contra el otro, porque eso podía ser motivo de suscitar repulsa hacia ellos en esos ambientes y, por consiguiente, aislamiento.

Con el paso del tiempo, tanto Ismail como Sharif me confesaron, siendo inteligentes los dos, que era mejor ganarse el afecto de su adversario, a pesar del mutuo aborrecimiento que albergaban. Y así, resultó que Sharif se apresuraba a asistir a cada una de las conferencias o tertulias en las que participaba Ismail. Al tiempo que este último no perdía la lectura de ningún artículo publicado por Sharif en algún periódico, además de cuidarse mucho de leer todas sus novelas.

Ambos procuraban alabarse a la primera oportunidad, especialmente si contaban con la presencia del adversario. Pero en cuanto uno de ellos me hablaba a solas, solía ridiculizar lo que escribía el otro, asegurando que se trataba de lo peor que había leído o escuchado en su vida.

Sharif tuvo en los últimos dos años varios logros literarios y periodísticos resonantes, lo que provocó los celos de Ismail y, a pesar de ello, el político no perdía ocasión para mostrar su admiración por la producción literaria de Sharif, especialmente en la presencia de este último, en un intento perenne y recíproco de borrar lo que había entre ellos sobre esos sentimientos de rechazo que, en realidad, eran más fuertes que sus propias intenciones. Así, recuerdo que, en una de nuestras reuniones en mi casa, Ismael le dijo a su querido rival en presencia de unos amigos:

—He leído el último libro tuyo. Es realmente una maravilla. Te felicito de corazón, querido Sharif.

Al parecer aquellas alabanzas le complacieron y de qué manera a Sharif, por lo que le respondió, con una amplia sonrisa en los labios:

—Hay que confesar que la gran literatura es apreciada especialmente por quienes son de tu elevado nivel académico. Y, por supuesto, que me complace escuchar este elogio de parte de un profesor de tu categoría y fama.

Esta respuesta tuvo su efecto directo y rápido en Ismail, que se sonrojó, sintiéndose colmado de gozo, mientras sacudía la cabeza y abría sus brazos extendidos hacia Sharif, como si estuviera diciéndole: «Basta de alabanzas, pues estoy a punto de deshacerme de lo avergonzado que me siento».

Y en cuanto hubo acabado aquella reunión, Sharif me confesó, mientras lo acompañaba hasta la puerta:

—Pobre Ismail, se desvive por conseguir mi reconocimiento, por lo que me elogia cuando hay ocasión y cuando no la hay, así que me veo obligado —por educación— a devolverle el elogio con creces.

Y unos minutos más tarde, Ismail me decía mientras lo despedía en la puerta:

—Por Dios te juro que, si no fuera porque Sahrif es amigo tuyo, no hubiera yo ni tocado un libro suyo, pues no hay novelas más estúpidas que las suyas. Sin embargo, es un hombre acompañado por la suerte. Lo malo es que se cree los elogios que hago de sus libros y los toma en serio.

Situaciones como estas me molestaban y de qué manera, a la vez que me hacían comprender las dimensiones de mutuo rencor que encubren sus corazones.

Y de este modo, pasó un año entero, hasta que un día esa «guerra fría» entre ambos hombres se convirtió en un auténtico infierno, y todo eso fue gracias a una chispa…: la chispa del amor que había transformado al corazón de Ismail en hierba seca invadida por las llamas.

Ismail me ocultaba, así como a los demás, aquel amor ardiente que se había prendido en su corazón desde su primer encuentro con Nahida, la hija de Sharif, en aquella maldita noche. Al repetirse las ocasiones en las que concurrían Ismail y Sharif, acompañado este de su familia, el profesor de política, a quien nadie alcanzaba en lo que a mujeres se refiere, empezó a perder su fuerza de voluntad poco a poco, ante la belleza y la esbelta figura de Nahida, cuyos ojos negros y acendrados lo habían mordido con sus latigazos, una vez tras otra, hasta hacerle olvidar a todas las mujeres de la Tierra, adueñándose de su mente y de su corazón. Y si no fuera por la enemistad que sentía hacia el padre de ella, no se hubiera aguantado ni un momento sin haberle declarado lo que ardía en su corazón.

Sin embargo, la sucesión de los días y el enraizamiento de la hipocresía con la que se habían armado el uno hacia el otro, finalmente llevó a Ismail al convencimiento de que el padre de su amada albergaba algún afecto hacia él, por lo que se parecía a Yoha[16], creyéndose una mentira que él mismo había inventado. Esta fantasía llevó a Ismail, paulatinamente, a percibir su relación con Sharif a través del prisma de su corazón, que destilaba una pasión intensa por Nahida, aunque la joven no le había obsequiado nunca una sola palabra de ánimo o insinuación alguna de corresponder a su amor, pues ella, como su padre, estaba asqueada por su imagen de hombre lujurioso que corría de boca en boca, muy exageradamente.

Hasta que llegó un día que fue más maldito aún que aquella noche en la que empezó la historia de Ismail y Sharif. Ese día, Ismail fue a casa de Sharif, tras haberse llenado la cabeza del humo emanado del incendio de su corazón.

El encuentro entre los dos hombres, en casa de Sharif, transcurrió exactamente del modo que voy a contároslo, tal como me lo contaron ambos, cada uno por su lado:

Con algo de temor e indecisión, Ismail llamó a la puerta de Sharif que, debido a la buena suerte del visitante, se encontraba

[16] Personaje mítico en la literatura árabe, no se sabe —a ciencia cierta— si fue real o no, del que se narran numerosas anécdotas humorísticas; la primera de ellas se remonta al siglo VII. Aquí, en concreto, se refiere a la anécdota según la cual muchos niños seguían a Yoha por la calle burlándose de él. Para deshacerse de ellos, les dijo, mintiendo, que en una casa concreta del pueblo repartían dulces gratis. Al correr los niños en busca de los dulces, Yoha pensó que todos aquellos niños no podían estar equivocados, por lo que corrió detrás de ellos a ver si conseguía, él también, uno de aquellos dulces. Sobre este personaje, hay dos libros en castellano: *Anécdotas de Yoha*, adaptación de Raghida Abillamaa, Ed., Sirpus y *El mundo de Nasrudín*, de Edris Shah, Ed., Integral.

solo en casa, llevándose una gran sorpresa al encontrarse en la puerta ante su querido adversario y, sin intentar ocultar aquella sorpresa suya, exclamó, con algo de sorna al comprobar que el hombre venía solo:

—¡Dios mío!… El doctor Ismail en carne y hueso.

A lo que el huésped le contestó, mientras tragaba saliva:

—En hueso sí, pero en carne adelgacé la mitad, mientras me dirigía a tu encuentro.

La respuesta sorprendió a Sharif, pero no prestó mayor atención, y quiso llevar la corriente al visitante, bromeando, por lo que le contestó mientras palmoteaba su espalda en señal de bienvenida:

—¡Qué invento más novedoso para perder peso!

Sharif lo invitó a entrar mientras le asaltaban temores acerca de aquella extraña visita. Sin embargo, ni por un momento le pasó por la mente el motivo por el cual Ismail había acudido a su casa.

Una vez sentados en el salón, Ismail soltó su llavero sobre la mesa y se entregó a una conversación forzada con su anfitrión sin reunir la suficiente valentía, como para abordar el tema que le había llevado a casa de Sharif. Poco tiempo después, el visitante, con sumo cuidado, suscitó el tema de las mujeres, intentando atraer a su interlocutor a una conversación espontánea acerca de las aventuras pasionales y de juventud de este, y lo consiguió en cierta medida, cuando Sharif al llegar a creer que su huésped no había venido salvo por cortesía, y para derretir el hielo de la relación entre ambos, cruzó las piernas y empezó a hablar:

—Como cualquier literato no puedo prescindir de las experiencias personales, por lo que no perdía ocasión de enriquecer

mi propio bagaje personal, que considero fuente inagotable de inspiración para todo escritor con éxito.

Sharif se calló al considerar que eran suficientes aquellas palabras suyas, sin la menor alusión a sus aventuras pasionales. Ismail se apresuró a tomar este extremo del hilo:

—La verdad es que la experiencia propia es necesaria para todo hombre, máxime si es un literato como tú. El hombre es valorado no por los años que tiene, ni por su dinero, ni por su linaje y su ascendencia, sino por el cúmulo de experiencia que tiene y por su sabiduría.

Sharif lo interrumpió, cuando la conversación se había apoderado de sus sentidos, despertando en él el deseo de alardear de su pasada juventud, jactancia que caracteriza a los que están en el umbral de la vejez:

—Tus palabras son acertadas, querido amigo. Soy consciente de esta ecuación desde que era mozo, por lo que he vivido mi juventud a mis anchas.

Esta expresión, «querido amigo», le sonó a Ismail como música celestial, por lo que estimó que Sharif ya estaba «preparado» psicológicamente para abordar con él el tema por el que vino a visitarlo. Así, se revolvió en su confortable butaca y, con intranquila sonrisa tambaleándose encima de su tembloroso mentón, dijo:

—Es fácil para quien lee tus libros, amigo mío, percibir en ellos tu abundante y larga experiencia, sobre todo con el género femenino.

Dijo estas últimas palabras mientras guiñaba un ojo a Sharif, al tiempo que su sonrisa se convertía en una tensa risa, que se mezclaba con las palabras. Sharif, al escuchar las últimas

palabras de Ismail, le asaltó una repentina preocupación, pero permaneció callado a la espera de poder comprender las intenciones de su interlocutor, temiéndose lo peor. Ante su silencio, Ismail se acomodó de nuevo en su asiento, dejó morir su risa, suprimió su sonrisa, y continuó hablando:

—Pero nosotros, los hombres, llegamos a un límite en el que nos hartamos de semejantes aventuras y surge el anhelo de una existencia estable que permita formar una familia y construir un futuro en el que podamos ser útiles tanto para los nuestros como para la sociedad, siendo esta, sin lugar a duda, la experiencia más grande del ser humano.

Ismail fijó la mirada en Sharif, como indagando el efecto que tenían sus palabras, sin haberse percatado del discurso muy manido que las envolvía, comprobando que su anfitrión sacudía la cabeza en señal de aprobación, como animándole a seguir hablando hasta el final, poseído por un sentimiento de incomodidad y con el semblante absorto; lo que hizo que el político dijera, invadido por la sensación de un conductor que desciende a toda velocidad por una pendiente peligrosa, con barrancos a ambos lados y sin control en los frenos:

—Y por este preciso motivo he acudido hoy a tu casa.

Se calló para recuperar el aliento.

Sharif parecía no dar crédito a lo que acababa de oír, por lo que permaneció por un momento atónito, fijando su vista en su interlocutor, hasta que pudo reconcentrarse mentalmente; frunció el ceño y dijo, señalándose a sí mismo con el dedo índice y articulando las palabras una a una:

—¿Qué por este motivo viniste a mi casa? ¿De qué motivo se trata exactamente? Por favor explíquese, señor Ismail.

A Ismail no se le escapó que la palabra «señor» había sustituido a «querido amigo», ni el tono de repulsa que teñía las dos interrogaciones de Sharif, por lo que anhelaba levantarse de inmediato y echarse a correr, ya que empezaba a percibir que se había equivocado cuando llamó a la puerta de su rival. Quiso frenar su propia lengua, pero era demasiado tarde, con el camino demasiado empinado y el freno sin obedecer al conductor. El hombre enamorado decidió escapar hacia delante, por lo que él también frunció el ceño, frotó ambas manos con fuerza, luego apoyó los codos en las rodillas y juntó ambas manos, como si estuviera pidiendo perdón o suplicando, sin percatarse, presa como estaba en sus ansias, de la ridiculez de aquella postura suya.

—Sí, señor Sharif —dijo— hablarle francamente del tema no es cosa fácil, especialmente cuando la gente a nuestro alrededor no para de hablar acerca de un pretendido rechazo mutuo entre nosotros, incluso acerca de una enemistad de la que no conozco motivo alguno. Estoy seguro de que se trata de meros rumores propagados por gente que lo envidia y me envidia a mí por igual.

Ismail se calló por un momento para dar oportunidad Sharif a que dijera algo al respecto, como, por ejemplo, apoyar que la enemistad entre ambos no era más que un rumor, sin embargo, no veía más que dos ojos clavados en él, una cabeza que no dejaba de balancearse hacia arriba y hacia abajo, una boca abierta, y dos manos que se agarraban la una a la otra, exactamente como hacían las suyas propias. Y viendo que Sharif no articulaba palabra alguna, no vio otro remedio que seguir huyendo para delante, en busca de una posible salida de aquel negro embrollo que empezaba a perfilarse en su mente nítidamente.

—Digo —continuó imparable— que mi confianza en la magnanimidad de su carácter, y en la nobleza de mis intenciones, me llevaron a presentarme aquí para pedirle la mano de su hija, Nahida, confiando plenamente en que mi ambición será bien acogida por usted, por la señorita Nahida y por su señora madre.

Llegado hasta este punto, se calló, con el sudor emanando de su frente. Escudriñó el efecto del impacto que sus palabras habían dejado en Sharif, quien, tras escuchar las últimas palabras, permaneció mirándolo fijamente durante un rato, con la boca abierta y dejando de sacudir su cabeza.

Repentinamente, Sharif se plantó de pie como si una corriente eléctrica lo hubiera sacudido violentamente, y exclamó con voz que hizo temblar a las paredes de la casa:

—¡¿Mi hija?!… ¡¿Nahida?!… ¡Imposible!

Entonces, Ismail se plantó de pie también, reunió toda su valentía instantáneamente, intentando controlar la situación creada, al percatarse de golpe de la gravedad de su equivocación, y dirigiéndose a Sharif exclamó, intentando tranquilizarlo:

—¡Sharif…! Ruego que me comprenda, aunque sea por un momento. Estoy enamorado de su hija y no puedo vivir sin ella. Amo la buena educación que usted le ha dado, y si no fuera porque la cuestión es de vida o muerte, para mí, no hubiera venido personalmente a verlo.

A Sharif se le estremeció el cuerpo al escuchar aquellas expresiones pasionales de un hombre del que conocía su lujuria y su desdén por los valores morales y, sin dudarlo ni por un momento, se precipitó hacia la puerta de casa, la abrió con los ojos echando chispas, y le gritó a Ismail:

—Espero que esta sea la primera y la última vez que entras en mi casa, hijo de…

Y no terminó de pronunciar su última palabra, al tiempo que a Ismail le temblaba el cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, incrédulo como estaba ante el final en el que acabó su visita, apoderándose de él una desmedida sensación de humillación y arrepentimiento. Recogió el llavero de encima de la mesa y se precipitó hacia la puerta, lanzándole a Sharif una mirada de desprecio, mientras le gritaba con voz tronadora:

—Quería yo honrarte por medio del matrimonio con tu hija, tú que careces de…

Y tampoco terminó de pronunciar su última palabra, pero quiso vengarse de la expresión «hijo de» que Sharif le había querido Insultar con ella… Y en cuanto Ismail cruzó el umbral de la puerta: se cerró tras él con un golpe muy fuerte.

Ya fuera de la casa de su rival, Ismail temblaba de cólera, dando rienda suelta a su lengua, con los más soeces insultos hacia Sharif. Se dirigió hacia su coche a pasos forzados, pero cuando quiso abrir la puerta del vehículo descubrió que el llavero que había cogido no era el suyo, dándose la vuelta para regresar a la casa de donde acababa de ser expulsado, sin embargo, su orgullo le impidió llamar a la puerta de nuevo, por lo que regresó a su casa andando, intentando mientras tanto organizar sus ideas y tranquilizarse.

Desde aquel incidente, la guerra fría y oculta entre ambos hombres se convirtió en guerra encendida y declarada, enterándose nuestra reducida sociedad en los siguientes días de cómo Ismail fue expulsado de la peor manera de casa de Sharif, al tiempo que el profesor de política se esforzaba todo lo que podía

en negar que tal historia hubiera tenido lugar, asegurando que había sido fruto de la imaginación del novelista y de su familia. Sharif me aseguró que él no había difundido la historia de la expulsión de Ismail de su casa, y que fue su mujer quien se lo contó a una amiga suya, lo que fue suficiente para que la noticia se propagara cual fuego en hierba seca.

El enfrentamiento entre ambos hombres no hacía más que enconarse. En las semanas siguientes, cada vez que Sharif publicaba un artículo o un relato, Ismail no perdía ocasión sin aprovecharla para enviar un artículo al periódico o revista que lo había publicado, criticando la obra de su adversario. Los periódicos y revistas se hacían eco siempre de aquellos artículos aprovechando la fama de Ismail. Por su parte, Sharif no quedaba atrás en este quehacer, llegando a escribir varios artículos ridiculizando las opiniones políticas de Ismail, que se difundían por los medios de comunicación.

Fue tal mi repugnancia, ante esta enconada batalla entre los dos, que dejé de invitarlos a mi casa, postura que fue adoptada también por otros amigos suyos que habían fracasado en sus intentos por reconciliarlos. En realidad, no eran pocos los que reprochaban a Sharif haber echado de su casa a Ismail, y empezaron las habladurías a poner en entredicho la integridad de su hija, Nahida, y a desafiarla, en secreto, para que encontrara un marido mejor que Ismail, tanto físicamente, como respecto a su rango y linaje, pues no cabía duda alguna de que los admiradores del profesor de ciencias políticas eran muchos y especialmente las mujeres.

Sin embargo, las cosas no terminaron así, pues sucedió lo que nadie podía imaginar, ya que Ismail estaba tramando un plan

para vengarse de Sharif, inspirado en el llavero que había caído en su mano por error y que no había devuelto a su dueño, alegando ante mí que lo había tirado al suelo, preso de un ataque de cólera, después de su expulsión de la casa de su adversario. Y a pesar de que el escritor le había enviado su llavero al político, este último se aferró al que había caído en su mano por error, pues tuvo la sensación de que en ello radicaban sus grandes esperanzas de venganza, sin saber aún ni cómo lo iba a hacer ni cuándo.

Cierto día, Ismail se enteró de que su enemigo iba a realizar un viaje al extranjero, en el que lo acompañarían su mujer y su hija. También supo que Sharif iba a publicar una nueva novela en la que había puesto grandes esperanzas de éxito, y que tenía el manuscrito de esa novela guardado en casa.

Estos dos factores, el viaje y el libro, formaban el núcleo del plan diabólico de Ismail: entrar en la casa de Sharif y apoderarse del manuscrito. ¿Y quién sabe? Quizás encontrara en la casa algún secreto, o alguna cosa, que le permitiera propinarle a su adversario un golpe de venganza. El profesor de política había llegado a un límite exacerbado de odio al escritor y de deseo de vengarse de él, lo que le hizo perder el equilibrio, y cómo no, la expulsión, por parte de Sharif de la casa de este y de aquel modo tan cruel, le había dejado una honda herida en su orgullo y en su dignidad.

No había pasado más de un día desde la partida de Sharif y de su familia, cuando la llave giraba en la cerradura de su casa, en la mano de Ismail, quien se introdujo en la casa con sumo cuidado, con el sol a punto de despuntar, sin poder creerse que ya estaba en el interior de la casa de su enemigo y que podía

actuar a sus anchas para llevar a cabo su diabólica idea. Se había propuesto entrar en la casa, protegido por la oscuridad y tenía planificado abandonarla cuando fuera de noche nuevamente, para evitar así que nadie lo viera entrar o salir.

Dio vueltas a sus anchas por la vivienda, entrando en cada una de las habitaciones hasta que topó con una puerta que se resistía a ser abierta. Aquella puerta cerrada provocó su curiosidad y presintió que esa habitación contenía su anhelado tesoro. Empezó a probar con las llaves del llavero, una tras otra, hasta que una de ellas giró en la cerradura. Ismail empujó la puerta con precaución hasta abrirla del todo, encontrándose en un despacho estupendamente amueblado, envuelto por la tranquilidad de los templos y la quietud de los campos. Ismail se encontraba finalmente en el despacho de Sharif: de la pared pendía un gran retrato del escritor en el que el pintor rodeó el rostro de un halo de grandeza, dotando a la mirada de un cierto grado de altivez y arrogancia. Ismail contempló el cuadro con desdén y dijo, en voz baja, dirigiéndose al retrato:

—Hombre de despreciable cuna.

Miró la mesa del despacho, con todo lo que se había amontonado sobre ella: libros, plumas, bolígrafos, lápices y utensilios de oficina, sin orden ni organización, por lo que dijo, esta vez en voz alta:

—Qué desperdicio de despacho, no te lo mereces. Te mereces una celda en una cárcel en el desierto.

Empezó a revolver las cosas de encima de la mesa, con desprecio y repugnancia, antes de sentarse en el confortable sillón. Intentó abrir los cajones de la mesa, pero todos permanecían cerrados, lo que le irritó nuevamente, soltando un chaparrón de

insultos contra Sharif, en su mayoría inexistentes en los diccionarios. Nuevamente acudió al llavero, que para él era como el «ábrete sésamo» de Ali Babá y empezó a probar las llaves en los cajones hasta que pudo abrirlos todos, embargándole una sensación de jactancia mientras decía:

—Lo hago todo muy bien, y hasta cuando quiero ser un ladrón, lo hago creativamente.

Sin embargo, no encontró en esos cajones salvo papel, cuadernos, y más papel y más cuadernos. Ojeó las páginas de algunos de ellos, viéndose asomado a la vida privada de Sharif en sus memorias personales, que nadie conocía excepto su autor. Ismail vislumbró en su hallazgo un bueno augurio, pero pronto se aburrió de tal lectura, pues no halló en ella nada interesante, o algún secreto o hecho grave cuya divulgación pudiera ser catastrófica para Sharif. Volvió a musitar para sus adentros:

—¡Qué memorias más ridículas, y qué vida tan poco profunda es la tuya, tú que nos agasajas con extraordinarias aventuras en el papel!

Abrió el último de los cajones de la mesa, que era el más grande de todos, hallando en él un abultado cuaderno, por el que su corazón latió en cuanto lo vio. Lo tomó entre sus manos con sumo interés, lo abrió por la primera página y leyó una palabra escrita a mano desde un extremo de la página hasta el otro. Esa palabra era: «El rival». Dio la vuelta a la página y leyó en la siguiente: «Primer Capítulo». Sus latidos se intensificaron al haber encontrado lo que buscaba de aquel modo tan rápido y tan fácil. Estaba seguro de que aquel cuaderno contenía la novela de la que habían hablado los periódicos en los últimos días, y de la que

habían dicho que iba a ser la novela decisiva en la andadura literaria de Sharif y con la que se esperaba obtener un gran éxito.

Sin perder tiempo, empezó Ismail a leer la novela que Sharif había escrito de puño y letra. Devoraba las páginas embargado por una sensación de victoria que le embriagaba sobremanera al haber podido irrumpir en este gran secreto en el que Sharif había depositado grandes esperanzas, y haber sido él el primero en leer esa novela, cosa que no era nimia para un hombre culto como Ismail.

Sin embargo, aquel éxtasis suyo y aquella alegría primera pronto se tornaron en congoja y disgusto, pues la novela no era más que una narración de su propia historia con Sharif, detalladamente, a la que el autor había agregado acontecimientos imaginarios. Ismail se entregó del todo a esa lectura, abstrayéndose de su propia realidad, y no recuperó su consciencia hasta que no hubo leído cien páginas. Casi se volvía loco de indignación al encontrar que Sharif lo había pintado de la manera más soez posible, endosándole hechos y dichos de lo más vergonzantes.

De repente, se plantó de pie, preso de cólera, y empezó a dar vueltas en la habitación, lanzando insultos contra Sharif en voz alta, muy enojado. Luego, iba y venía de un extremo al otro del despacho, absorto y pensando profundamente y, de pronto, cayó su puño sobre la mesa, y dijo, mordiendo las palabras hasta hacer que salieran de su boca troceadas:

—¡Infame! … ¡Qué despreciable eres! … ¡Te daré una lección que no has de olvidar!

Ismail introdujo la novela en un maletín que había traído expresamente para este fin. Miró el reloj en su muñeca que señalaba las once de la mañana. Cerró los cajones de la mesa del escritor,

sintiéndose muy satisfecho por haber obtenido lo que quería. Pensaba en lo que iba a hacer con aquel manuscrito, pero aún no lo tenía claro, aunque estaba seguro de que iba a poder propinar un fuerte golpe a su rival.

Ismail dejó todo en el despacho como estaba antes; luego, salió de allí hacia el salón empezando ya a sentir un fuerte deseo por abandonar aquella casa, sin embargo, se mantenía en su propósito de esperar a que se hiciera de noche, nuevamente, temeroso de ser visto por alguien al salir de la casa.

Empezó a cruzar el salón, ida y vuelta, esforzándose mentalmente en trazar un plan del que pudiera obtener la máxima ventaja de haberse apoderado de la novela. Iba hablando consigo mismo, amenazando a Sharif en voz alta, tal vez así se quitaba algo de la sensación de soledad que lo embargaba en aquel aislamiento suyo, en una casa extraña en la que se había metido a escondidas oculto por la oscuridad.

Volvió a mirar su reloj, eran aún las once y media; pensó que le era imposible tener paciencia como para permanecer en aquella casa hasta la caída de la noche… ¡Qué podría yo hacer aquí a lo largo de las próximas horas!… ¡Es una casa extremadamente aburrida! Así, decidió abandonar el lugar sin perder tiempo, con la esperanza de no ser visto por nadie al salir. Se llevó su maletín, se dirigió a la puerta de la casa para marcharse, pero cuando extendió la mano para abrirla oyó un tintineo procedente del otro lado de la puerta, y luego el sonido de una llave que entraba en la cerradura exterior, lo que hizo que se helara la sangre en las venas de Ismail, quedándose pasmado en su sitio durante un momento en el que se paralizó su mente, para encontrarse acto seguido precipitándose con una ligereza, que no supo de donde le

había venido, hasta que se plantó de nuevo ante la puerta del despacho, que había cerrado con llave poco antes y, de nuevo, volvió a sacar el llavero y a buscar la llave del despacho, pareciéndole que una época entera había transcurrido antes de encontrarla y poder apuntar con ella hacia el ojo de la cerradura con mano temblorosa. Cuando por fin pudo abrir la puerta y ocultarse rápidamente dentro del despacho, cerrando la puerta otra vez, había ya alcanzado un estado de pánico lamentable. Se dio cuenta de cómo le temblaban las piernas de miedo, por lo que dejó caer el cuerpo en el sillón de Sharif, mientras los latidos de su corazón se agolpaban con fuerza en el pecho, se le secaba la boca y se le ponía áspera la garganta.

Escuchó la puerta de casa cerrarse de golpe…¡Qué desgracia!… ¿Acaso Sharif y su familia han regresado del viaje semanas antes de lo previsto?… ¡Qué suerte más nefasta tengo!… ¡Menudo escándalo del que se van enterar tanto los allegados como los desconocidos! Se levantó de su sitio y afinó el oído detrás de la puerta del despacho hasta que escuchó unas pisadas…, pisadas de una mujer… Sí, son pisadas de una mujer… ¡Dios mío!… ¡Acaso su esposa regresó sola! o…, puede que sea Nahida… Nahida ha regresado y me va a pillar escondido aquí como un ladrón… Qué desgracia… Me suicido… No me queda salvo suicidarme… ¿Pero, cómo? No tengo ni una cuerda, ni pistola, ni nada con lo que pueda suicidarme. ¡Cómo me atreví a entrar en esta casa sin haber pensado en todas las probabilidades, incluida la del suicidio… Desde luego que soy tonto…, tonto… Siempre así de tonto.

Lo sacó de aquellos pensamientos suyos la voz de la mujer desconocida lanzándose a cantar con todas las fuerzas:

—«Es imposible/ que mi corazón se incline/ y ame a otro, nunca/ eso es lo que nunca podría ser»[17].

Esa no es la voz de Nahida ni la de su madre, pues él conoce sus voces. ¿Quién será esta mujer? ¿Quién es?

La mujer no dejaba de cantar, alternando de Um Kulzum a Shadia, pasando por Abdelhalim[18] y demás miembros de la pandilla. Su voz delataba una torrencial juventud y una belleza hechizante. Su voz apaciguó el ánimo de Ismail, recuperando así la estabilidad en las piernas y la saliva volvió a humedecer la garganta, mientras que los latidos volvían a su ritmo normal. Sin embargo, aquella preciosa voz no podía librarle de su preocupación, pues la mujer no paraba de moverse por distintas partes de la casa. Temía que ella «cayera» sobre él en aquel escondrijo suyo, lo que le supondría la hecatombe de la que no volvería a levantar cabeza para siempre… ¿Qué diría la gente, ¿qué publicarían los periódicos y que transmitirían las radios acerca de él si esta mujer lo encontrara ahora? ¡¿Dirían: el pensador ladrón?!… ¡¿El autor criminal?! …, ¡¿El profesor universitario mangante?!… O ¡¿El señor respetable que asalta las viviendas en ausencia de sus dueños?! Se le ocurrió mirar el retrato de Sharif, e imaginó que se estaba riendo de él a mandíbula batiente… ¡¿Hasta cuándo la suerte va a ser aliada de este hombre?! —se preguntó—… Desde que lo conocí no me trajo más que disgustos… Por lo que a él respecta…, no le he podido tocar un solo pelo… Y mientras, yo voy pasando de un escándalo a otro…, estos novelistas son mucho más astutos de lo que aparenta su

[17] Fragmento de una popular canción de la célebre cantante egipcia, Um Kulzum

[18] Nombres de afamados y populares cantantes árabes.

ingenuidad infantil y su entusiasmo de adolescente…: son la astucia personificada… ¡Y cómo no, si son los dioses de la imaginación!… Siendo la imaginación la materia prima de la astucia y de cualquier azote que puede pasar por la mente…, incluso es la materia prima de la mente en sí…: maldito seas donde estés… ¡Cuándo me alegraré por alguna desgracia que te caiga encima!

Se despertó de aquellos pensamientos suyos, asustado otra vez, pues la mujer había ido hacia la puerta del despacho e intentaba abrirla con un movimiento violento que él sintió que casi le arrancaba el corazón de cuajo; por lo que empezó a frotarse las manos presa de un intenso pánico, avistando ya su fotografía en las primeras páginas de los diarios del día siguiente, encabezada por titulares abochornantes. Al oír el ruido de una llave que entraba en la cerradura y giraba, se volvía a mirar a su alrededor en búsqueda de un escondite, sin embargo, permaneció clavado en su sitio, pues no había donde esconderse y, en cuanto la mujer abrió la puerta, saltó y se escondió detrás de ella. Tuvo que esperar varios minutos quieto en su sitio, sin que nadie entrara, a pesar de que la puerta estaba abierta. Hasta que asomó por la puerta un cubo de agua y luego la mujer que lo llevaba. Ella no se dio cuenta de su presencia. Y, como había previsto, era una mujer joven, de cuerpo perfectamente proporcionado, sin haber visto aún su rostro.

Como era evidente que la mujer tardaría solo unos segundos antes de verlo, y como ya no podía aguantar por más tiempo los fuertes latidos de su corazón, saltó sobre ella, le cerró la boca con una mano, volviéndose muy asustada hacia Ismail, quien le hizo señales con la otra mano para que permaneciera en silencio. Y, se le ocurrió, mientras la agarraba de aquella manera tan extraña,

que había saltado sobre ella como lo haría cualquier criminal abyecto y que, en aquella postura suya, había inaugurado una nueva época de su vida, de crimen y de cárceles. Se sintió horrorizado al preguntarse, absorto como estaba en sus pensamientos, si todo aquello le llevaría finalmente a asesinar a aquella mujer que nunca había visto antes. Se preguntaba, también, cuántos asesinatos se habían producido empezando con un salto como el que había hecho un momento antes. Ambos se mantuvieron en aquella postura durante unos momentos en los que Ismail esperaba que la mujer recuperara el control de sus nervios tras el terrible sobresalto que había sufrido. Y cuando le pareció que ella se había calmado, levantó la mano de su boca, lentamente, sorprendiéndolo ella, como si el sobresalto no la hubiera impresionado tanto, al preguntarle, con voz tranquila, cargada de seriedad y firmeza:

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado aquí? ¿Qué…?

Ismail la interrumpió suavemente, habiendo recuperado de repente su equilibrio y su tranquilidad, al mismo tiempo que sus ojos se hincaban en los de ella, color miel e irradiando inteligencia y fuerza, y le dijo con voz tierna:

—Va a saberlo todo. Tenga paciencia.

Sin embargo, ella contestó firmemente, mientras que él contemplaba su rostro color trigo sin carecer de cierta belleza atractiva y a pesar del descuido físico de aquellos momentos.

—O me dice quién es usted o llamo a la policía inmediatamente.

Ismail tragó saliva al escuchar su amenaza, pero estaba decidido a tratarla con toda la ternura posible, con la esperanza de

llegar con ella a una salida para aquella desgracia. Se consideraba el más experto en el trato con las mujeres, por lo que le preguntó:

—¿Es usted la responsable de la casa en ausencia de la familia Azayati?

Pronunció la palabra «responsable» de modo muy claro y lento, exagerando su adulación. Sin embargo, la mujer, que Ismail estimó que rondaba los treinta años de edad, no era la ingenua que había supuesto, por lo que le contestó con tono fuerte:

—Sí soy, como dice, la distinguida responsable. ¿Puedo saber qué responsabilidades tiene su distinguida persona, además de robar viviendas?

Estaba claro que la mujer no parecía convencida de lo que ella misma decía, pues el aspecto de Ismail no delataba que pertenecía, de ninguna manera, al mundo de los ladrones, salvo por su vinculación con la política, dado que su trabajo académico está relacionado con ella. El hombre pensó, por un instante, mentir y no informarla de su auténtica identidad, y quizás pudiera después persuadirla con alguna cantidad de dinero a cambio de su silencio. No obstante, se encontró diciéndole, en defensa propia:

—No soy ladrón. No sabe usted con quién está hablando.

Ella volvió a insistir fuertemente, con amenazas, pero con mucha delicadeza esta vez:

—Entonces dígame quien es usted o tendré que comportarme de un modo que no le va a gustar.

Estas palabras suyas aumentaron la esperanza del profesor de que no sería difícil llegar a un acuerdo con ella, por lo que le pidió sentarse en el sillón confortable de Sharif, accediendo ella sin mostrar oposición alguna, pues percibía con su sexto sentido que, detrás de aquel hombre, había una gran historia que no tenía

relación alguna con un vulgar ladrón. Entonces, Ismail dijo, plantado ante ella como un niño, reconociendo frente a su madre haber cometido alguna falta:

—Soy el doctor Ismail, y tengo una estrecha relación con Sharif.

Nada más escuchar su nombre, la señora se plantó de pie, mientras decía impactada:

—¿De verdad? Sí, es usted el doctor Ismail. Reconocí su cara nada más verlo, pero no podía acordarme de quién era esa cara. Lo he visto en la pantalla de la televisión y en los periódicos algunas veces. Pero lo fuerte del sobresalto…

La mujer se detuvo por un momento, luego golpeó con una mano el dorso de la otra, frunció el ceño profundamente, y exclamó muy molesta:

—¿El doctor Ismail, con toda su grandeza, escondido aquí como un ladrón? ¡Qué vergüenza!

Él se apresuró a interrumpirla con el ímpetu de quien sintió herida su dignidad:

—Le ruego no precipitarse en juzgarme, pues en la vida hay circunstancias que ponen al ser humano, forzosamente, en un lugar que no le corresponde. Veo que me conoce, y créame, señora…

—Señorita Fátima.

—Créame señorita Fátima que el hecho de que me conoce aumenta mi vergüenza y me hace desear que nunca hubiera existido este día, o que yo me hubiera muerto antes de su llegada.

Ismail se expresaba desde lo más profundo de su corazón, sintiéndose enormemente apesadumbrado y arrepentido al ver la situación humillante en la que había caído y cuando todavía se

encontraba ante una sola mujer, sintiéndose aterrado al pensar que millones de personas conocerán mañana que no es más que un despreciable ladrón.

Sin embargo, la veracidad del tono de su voz tocó lo más sensible en el corazón de la mujer, que lo miraba con ojos cargados de pena. Pensó que aquel hombre no era un malvado ni un farsante, puesto que, en medio de aquella circunstancia tan amarga para él, habría intentado hacerle daño, con tal de salvarse. Y si hubiera querido matarla en aquellos momentos, en aquella casa vacía, nadie se lo hubiera impedido.

Ella le dijo, tras un momento de silencio que reinó entre ambos, y en el que sus ojos se habían encontrado con la fuerza de la mutua comprensión que empezaba a brotar entre ellos:

—El señor Sharif fue muy cruel con usted cuando lo expulsó de su casa, cuando vino usted a pedir la mano de su hija.

Ismail sacudió la cabeza apoyando sus palabras.

—Lo sabe usted todo —masculló él.

—Sí. ¡Y cuánto he lamentado desde aquella noche lo que le había pasado, y todo lo que se decía y se rumoreaba acerca de usted!

Ismail halló en estas palabras signos claros de interés por él, lo que le apaciguó el corazón de alguna manera. Pero ella pronto cambió su tono suave para pasar a reprenderlo muy encolerizada, plantada ante él, hasta imaginar que Ismail estaba delante de una gigante, a pesar de ser ella un poco más baja de estatura:

—Se ha comportado usted con suma necedad. ¿Cómo pudo ser capaz de exponerse a semejante situación a sabiendas del odio que le tiene el señor Sharif y en ausencia de la más mínima relación de usted con su hija, que, a su vez, lo desprecia a usted?

—¿Cómo? ¿Me desprecia?

—Claro que sí. Tiene usted una imagen social nada halagüeña, que creo que se ha ganado usted con el sudor de su frente, además de que Nahida quiere a su padre hasta la adoración y cree todas las barbaridades que dice de usted.

Ismail empezó a preguntarse si Fátima era en realidad una empleada del hogar en la casa de Sharif, pues su discurso, su lógica y su fuerte personalidad delataba a una mujer culta y refinada.

—Mis enemigos, señorita Fátima, son numerosos, a causa de mi posición y de mi fama, por lo que le ruego no creer todo lo que oye decir de mí sobre esas «barbaridades», porque en su mayoría son inventadas por Sharif y por sus semejantes.

Fátima no abandonaba su tono duro, por lo que le preguntó, con tono firme y duro, a la vez que él empezaba a darse cuenta de su belleza, que acechaba tras su descuidada apariencia:

—Vale. ¿Pero qué es lo que hacía aquí, doctor Ismail? ¿Acaso ha venido a atracar la casa de su adversario, para venir después a decir que lo que se dice de usted sobre esas barbaridades está inventado por sus enemigos?

El profesor universitario se quedó sin saber qué decir al toparse nuevamente con la firmeza de Fátima, y con su marcada autoconfianza; por lo que contestó, muy a su pesar:

—Vine aquí a vengarme de él tras lo que hizo conmigo.

Fátima balbuceó mientras le preguntaba con un entusiasmo que no intentó ocultar:

—¿Vengarse de él? ¿Cómo?

Ismail comprendió que Fátima no estaría contra él del todo, por lo que, sonriendo por primera vez desde que entró en aquella casa, dijo:

—Me apoderé de su nueva novela que piensa publicar dentro de pocos meses.

Y se calló tras esta lacónica respuesta, a la espera de la reacción de Fátima, cuya respuesta resultó devastadora:

—Al parecer ya tengo un papel previsto en el juego entre el señor Sharif y usted, y espero que mi papel no sea triste. Él lo humilló y usted irrumpió en su casa a escondidas, como cualquier ladrón, para vengarse. El destino me puso entre ustedes dos y voy a hacer lo que me dicta mi conciencia.

Dijo esto y enseguida se dirigió precipitadamente al salón, seguida por Ismail, que no alcanzaba a entender lo que a ella le pasaba por la mente, hasta que levantó el auricular del teléfono, lo que hizo que se precipitasen sus pulsaciones al observar los números que iba marcando y que no eran sino los de la policía, por lo que arrancó el auricular de su mano devolviéndolo a su sitio, y se quedó mirando a Fátima, enojado, en silencio. Cuando vio que no articulaba palabra, astutamente e intentando ser amable, le dijo:

—Escúcheme, señorita Fátima. ¿Quién le dijo que su papel es informar a la policía, acabar con mi futuro para siempre, yo que nunca le hice daño alguno? De esta manera va usted a convertir el juego —como lo ha calificado usted— en tragedia. Su papel en este juego debería ser el de participar en él.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que Sharif mira solo por su propio beneficio. Y yo también, como ve, miro por el mío. Y esto es precisamente

lo que tiene usted que hacer. Tiene que buscar, en este juego, únicamente su propio beneficio, al igual que el resto de los jugadores. ¿Qué opina?

Fátima lo miraba detenidamente, con su mano sobre el auricular del teléfono, y dejó pasar unos momentos antes de preguntarle:

—¿Qué quiere decir exactamente, doctor Ismail? Dejémonos de marear la perdiz, pues no me gusta nada.

El hombre carraspeó antes de decir, tartamudeando:

—Quiero decir que puedo pagarle cualquier suma a cambio de su silencio.

Fátima se sorprendió con tal generosa oferta, dirigiéndole a su interlocutor una penetrante mirada, que hizo recordar a Ismail las miradas del decano de su facultad, el doctor Abdessamad. Su corazón latió aceleradamente al asaltarle de nuevo el fantasma del inminente escándalo. Una vez más, volvió el silencio a reinar entre ambos, mientras que ella paseaba su vista entre las distintas partes del salón y la mirada de él, que no le quitaba ojo a la espera de su respuesta que, en aquel momento, se había convertido en el pilar de su vida o en el final de su futuro. En aquellos instantes, tuvo la ocasión de contemplar a la joven hembra con quien el destino le había reunido en aquella casa, donde no había nadie salvo ellos dos. Le acarició la idea de seducirla, pero la expulsó de su mente de inmediato, pues estaba seguro de que Fátima era de la clase de mujeres que no era fácil embaucar. Su rostro delataba una belleza subyacente que sintió que le atraía con fuerza: su cabello negro y largo caía aleatoriamente sobre sus hombros, con dos mechones que se posaban sobre su frente desordenadamente. Y en el preciso momento en que ella abría la boca para

hablar, Ismail contemplaba sus labios enrojecidos sin carmín alguno, deseando un beso suyo que le despertara de aquella pesadilla. Fátima se dio cuenta de que la estaba contemplando cuando habló de manera algo femenina y coqueta, aunque no le faltaba firmeza y seriedad:

—¿Sabe, doctor Ismail? Yo no juego nunca. Por eso no intente convencerme que participe en este ridículo juego para conseguir un puñado de dinero.

De nuevo se quedó callada y empezó a pasear por el salón, sumida en sus pensamientos. Mientras, él no decía nada al haber notado que ella tenía más cosas que alegar; sin embargo, volvió a contemplarla como si acabara de descubrirla por primera vez, y le pareció, mientras la veía pasear pausadamente, que era una mujer maravillosa, tanto en belleza como en cordura, y se le ocurrió que, si no fuera porque ella pertenecía a un estrato social lejano al suyo propio, debido a su linaje y a su imponente posición, no hubiera descartado incorporarla a la lista de mujeres, tanto en sus memorias como en la lista telefónica que lleva en el bolsillo. Por un momento, parecía que se olvidaba de que su futuro pendía de una palabra suya.

Su voz le llegó cálida esta vez, cuando se plantó ante él, fijando su vista en sus ojos y sin vacilación ni timidez:

—Sin embargo, actuaré según su consejo y miraré por mi beneficio propio.

Ismail no comprendió lo que quiso decir, al tiempo que ella sonreía francamente esta vez y le decía, señalando una silla cerca de él:

—¿Por qué no te sientas, Ismail? ¿Me permites llamarte por tu nombre a secas, sin «señor» ni «doctor»?

Ismail, muy asombrado ante el nuevo tono empleado por Fátima, no haciéndole nada feliz que la empleada de limpieza en la casa de Sharif le hablara de igual a igual, a pesar de conocer ella su rango y su posición…, pero… ¡Maldición!… Qué rango y qué posición me queda a partir de hoy, cuando estoy del todo en su puño y a su merced. El hombre sintió que era del todo incapaz de medir la dimensión de la inteligencia de esa mujer, y pensó que ella era la primera mujer de su estrato social que él trataba de igual a igual y, además, en tan grave circunstancia como la que los reunía en aquellos momentos.

El profesor tomó asiento en la silla que le había indicado, empezando ya a sentir que sus nervios estaban sumamente agotados. Ella se sentó en una silla frente a él, lo que le permitió atisbar, sin intención previa, algo de sus muslos, de lo que ella se percató y se ocupó en cubrir sus rodillas todo lo que pudo con el extremo de su vestido, empleándose a fondo en esa tarea, hasta hacerle sentirse sumamente incómodo, sin saber ya hacia dónde dirigir su mirada. Cuando volvió con su vista hacia ella, la encontró ofreciéndole una cajita de cigarrillos: recogió uno con sumo cuidado, sacó de su bolsillo un mechero y lo encendió, mientras no dejaba de agradecérselo. Se preguntaba, nuevamente, qué era lo que quería ella de él… ¿Acaso necesita que yo me siente y que encienda un cigarrillo, para tranquilizarme, antes de confesarme lo que quiere? Seguro, que va a pedir algo sumamente trascendente.

—¿Hasta este punto te aferras a que te llame señor y doctor? —volvió a preguntarle, con la misma calidez y seriedad.

—No. En absoluto. Al contrario, me hace feliz que me llames por mi nombre y que te llame por el tuyo, Fátima —se apresuró

a decir calurosamente, habiéndose olvidado de aquella petición suya a causa de tanta perturbación mental en la que se encontraba sumido en aquellos momentos—. Pero dime: ¿qué es lo que quieres a cambio de este favor que te estoy pidiendo? —continuó diciendo, incorporando a su voz un tono más íntimo.

—Tú sabes, Ismail, siendo como eres de vasta cultura y con amplia experiencia en mujeres…

Ismail, al escuchar estas últimas palabras, se removió en su silla, y quiso decir algo, sin embargo, ella continuó:

—…Que el dinero no lo es todo para una mujer sensata.

Ismail pareció nuevamente asombrado, pero permaneció callado a la espera de que le confesara su petición. Al ver que él no decía nada, Fátima continuó hablando, adquiriendo su voz más calidez y dulzura, sin apartarse un ápice de su seriedad:

—Dios me puso entre el señor Sharif y tú, y te puso enteramente a mi merced, y no tienes otra escapatoria que la de cumplir con mi petición, a no ser que prefieras que la policía se encargue de ti y que toda la gente se entere de tu secreto.

Las piernas de Ismail temblaron al escuchar aquella clara amenaza, y no pudo más que exhortarla con voz agitada:

—Tú pide y no rechazaré ninguna petición tuya.

—¡Que te cases conmigo!

Ismail no podía creer lo que acababa de oír.

—¿Qué dices? —le preguntó, pasmado, con su mandíbula relajada del todo.

—Me has oído muy bien.

—¿Quieres que me case contigo?

—Sí. ¿Qué hay de asombroso en esta petición mía?

Ismail se plantó de pie y empezó a cruzar el salón, yendo y viniendo, mientras exclamaba:

—¡Has ido muy lejos señorita Fátima! No sabes lo que dices. ¿Qué tiene que ver el matrimonio con el asunto que nos ocupa?

—Tú eres quien te fuiste lejos cuando entraste en esta casa en ausencia de sus moradores; pero te irás mucho más lejos aún si rechazas mi petición —dijo ella con voz tranquila y suave.

Él se volvió hacia ella a paso acelerado y se sentó a medias en su silla de antes, enlazó las manos y empezó a sacudirlas con fuerza para arriba y para abajo, exactamente igual a como lo hizo el día en el que se sentó en aquel mismo salón con Sharif.

—Estoy dispuesto a darte todo lo que pidas, incluso a casarte con alguien mejor que yo —le dijo suplicante y con el rostro congestionado—. Pide cualquier cosa, pero te ruego que dejes de lado esta petición tuya.

—Te dije que el dinero no me importa, y no quiero marido aparte de ti —le dijo mirándole con ojos cargados de expresión femenina y de dignidad—. Y ahora escúchame bien, y quizás sea feo o censurable que una mujer le diga a un hombre, que no conocía hasta hace unos momentos, lo que te voy a decir ahora.

Ismail tragó saliva ante la sorpresa que se avecinaba.

—Al principio no te había conocido al ser sorprendida por tu presencia aquí —continuó diciendo tras quedarse callada por un momento en el que recabó toda su valentía—, pero pronto me acordé de tu rostro, aunque no te lo confesé.

De nuevo se quedó en silencio, para recuperar el aliento que estaba bastante agitado.

—Desde que empezaron tus problemas con el señor Sharif —continuó hablando— no han parado las habladurías acerca de

ti en esta casa. Siempre te pintaban con la imagen del malvado lujurioso. Sin embargo, yo he leído muchos artículos tuyos y te escuché hablando por la radio y la televisión y no hallaba en ti salvo la ciencia, la mente ponderada y la personalidad encantadora.

Se detuvo al ver que Ismail se removía en su asiento, sacudía la cabeza, levantaba las cejas, y cerraba los ojos, en actitud humilde al oírla piropearlo.

—Yo solía buscar tus noticias y me dolía mucho lo que se decía de ti en algunas tertulias —continuó diciendo con alguna dificultad y algo avergonzada—. Acaparabas mis pensamientos, y ahora te encuentro frente a mí y no me lo puedo creer.

Y llegada a este punto, no pudo seguir adelante hablando, por lo que se calló, con el rostro sonrojado de tanta vergüenza que sentía. La sorpresa fue tan impactante para Ismail, que no podía ocultarla. Entonces, esta mujer que está sentada frente a él, amarrando las riendas de su futuro, lo ama… Ella no lo dijo con franqueza, sino con más que franqueza…, y perplejo, no sabía qué contestarle, correspondiendo así al silencio de ella con silencio, evitando mirarla a los ojos.

Un minuto más tarde le llegó de nuevo la voz de ella, adquiriendo ya el tono del amor:

—Sé perfectamente que no soy de tu nivel, pero estoy segura de que necesitas una mujer que te ame y que se enorgullezca de ti, y no una mujer que tú la quieras y que te esclavice con su belleza y su linaje.

La sorpresa de Ismail no hacía más que crecer, y las últimas palabras de Fátima, con su tono veraz e impregnado de amor, le sacudieron el corazón. Comprendió que se trataba de una mujer

que cualquier hombre la anhelaría como esposa, pero se acordó de que era la criada de Sharif, por lo que se mantuvo en silencio, con su mente errando sin rumbo.

—Tus palabras, Fátima, son ansiadas por los hombres, cualquiera que sea su posición o su nivel. Pero, la cuestión aquí no es tu nivel y el mío, sino mis circunstancias que en la actualidad no me permiten casarme.

—Entonces te espero toda la vida.

El hombre ya no sabía qué hacer. Sintió que no era merecedor de todo aquel amor. Y cuando levantó la vista y la miró encontró lágrimas en sus ojos, y percibió que necesitaba una respuesta encarecidamente, y que el destino de ella pendía de una palabra de él. ¡Menuda es la coyuntura en la que acaba de meterle el destino! —pensó—. Toda su vida depende de una palabra de ella, y todo el futuro de ella depende de una palabra de él.

Ambos permanecieron en silencio, pues Fátima ya no era capaz de articular una sola palabra más, tras todo aquel esfuerzo que había desplegado para superarse a ella misma en aras de poder confesarle su amor que había crecido en su corazón, incluso antes de encontrarse con él.

En cuanto a Ismail, se encontraba absorto pensando en su vida y cómo lo había llevado hasta este trance tan grave. Recordó a tantas mujeres que había expulsado de su vida de la peor manera, tantos corazones femeninos que había dejado arrasados detrás de sí, y tantas chicas cuyo futuro había llevado él a la perdición, hasta que el destino lo arrojó en las manos de Fátima, para que se vengara de él en nombre de todas ellas. La verdad es que no dudaba en absoluto de la sinceridad de sus sentimientos hacia él, que nunca había creído las expresiones de amor que muchas

mujeres habían vertido en sus oídos a lo largo de los últimos veinte años, en circunstancias y en tiempos mucho más propicias para avivar el fuego del amor y de sus pasiones. Y, aun creyendo la sinceridad de sus sentimientos, quiso —siendo el hombre experto y curtido que es— cerciorarse de todo aquello.

—Llama a la policía, señorita Fátima —se encontró diciéndole secamente sin haber pensado detenidamente en esta maniobra—, pues no soy el hombre capaz de casarse con la criada de Sharif tras haber podido casarme con las señoras más distinguidas de la sociedad.

Quiso herirla con aquellas palabras suyas, pretendiendo averiguar cuál sería su reacción. Sabía perfectamente que estaba arriesgando todo su futuro con un solo golpe, exactamente como el jugador que arriesga todo lo que tiene en una sola partida que no dura más de un minuto. Y nada más pronunciar su última palabra se levantó y se dirigió al cuarto de baño, mientras ella permanecía absorta, habiéndole caído sus palabras cual rayo.

El hombre se ocupó en lavarse la cara con agua fría, hasta sentirse refrescado, logrando así descargarse de la tensión y del nerviosismo. Era consciente de que había tomado la decisión más grave de su vida, dejando de preocuparle en aquellos momentos el fantasma de los escándalos que lo amenazaban, y no le importaba ya ni la policía ni su propio futuro. Le parecía que había roto de una vez todas las ataduras que habían encadenado su ser a lo largo de tantos años. El amor de Fátima le seguía tentando el corazón como el único atisbo de esperanza, pues realmente le había deslumbrado con su personalidad y su feminidad. Se puso delante del espejo mientras se peinaba el pelo negro y brillante y, cuando terminó de hacerlo, empezó a contemplarse en el espejo

desde todos los ángulos posibles. Quería dar a Fátima la ocasión real de llamar a la policía, afinando el oído todo ese tiempo que estuvo en el cuarto de baño para saber si ella hablaba por teléfono. Y así, pasó un buen rato durante el cual no oía ningún movimiento o conversación alguna. Regresó al salón, tranquilamente, encontrándola aún sentada en su sitio y absorta como la había dejado. Al darse cuenta de que no se había percatado de su presencia, avanzó hacia ella.

—¡¿Qué te ocurre?! —exclamó con tono imperativo— ¿Vas a hacer que pierda más tiempo? ¿Por qué no les llamas y así dejo de preocuparme?

Ella permanecía cabizbaja, sin contestarle a sus preguntas, por lo que él se acercó más a ella, con su corazón latiendo veloz…: se preguntaba en aquel momento si su idea era acertada. Quiso levantar su rostro hacia él, tocó suavemente su mentón y le levantó la cabeza quedándose anonadado al ver el silencioso llanto y las abundantes lágrimas. Ella lo miró con ojos enrojecidos y empapados, lo que le hizo lamentar intensamente haberle dirigido aquellas palabras hirientes.

—Perdóname, Fátima. Discúlpame —dijo, sinceramente.

Fátima volvió su cara hacia un lado y se apresuró a secarse las lágrimas con la manga de su vestido, luego se puso de pie.

—Puedes marcharte, doctor Ismail, y le ruego que se olvide de todo lo que le dije antes. Como ve usted, soy una jugadora fracasada —le dijo, adquiriendo sus palabras firmes un tono triste.

Ismail la agarró fuertemente de los hombros y le dijo con delicadeza:

—No te precipites en juzgarte a ti misma, ni en juzgar a los demás. ¿Estás segura de que mantendrás el secreto de mi venida hoy a esta casa?

—Tu secreto estará guardado para siempre. Y como tú mismo dijiste, no hay porque convertir el juego en tragedia.

Ismail señaló su maletín:

—¿Me permites llevarme estos papeles conmigo? —preguntó—. No quiero que todo este padecimiento haya sido en vano.

Lo miró visiblemente enfadada:

—Lamento ver a un hombre de su cultura y sabiduría aferrado a asuntos insignificantes de la vida. ¿Acaso su venganza del señor Sharif supone el asunto más importante de su vida, doctor Ismail? Si es así, entonces su vida es insignificante y no quiero convertirlo a usted en una persona desgraciada quitándole lo más importante de su vida, así que llévese el libro si así lo quiere.

En medio del enfado de ella, a Ismail le asaltó un irresistible deseo de cubrir su cara de besos, sintiendo como si conociera a aquella mujer desde hacía largos años. Las últimas palabras de Fátima lo rescataron de su inconsciencia, dándose cuenta efectivamente de su estúpida acción, por lo que se precipitó hacia el despacho de Sharif y devolvió todos los papeles a su lugar y luego volvió a cruzar el salón con el maletín vacío, donde se encontraba Fátima sonriendo satisfecha. Él se detuvo delante de ella y le dijo con algo de vergüenza y con mucha seriedad:

—Gracias, Fátima. Cada palabra que me dijiste hoy ya está esculpida en mi mente y en mi corazón.

Y con esas, se dirigió hacia la puerta de la casa y salió triste y cargado de preocupación.

Desde aquel día, mi amigo, Ismail, el lujurioso, el retozón, se tornó en un hombre recto, un ser humano prudente, distanciándose del todo de su pasado. No ha vuelto a calumniar a Sharif, todo lo contrario, no se refería a él salvo para elogiarlo. Y estos no eran los únicos cambios que habían acaecido en su vida, pues ya realizaba visitas a casa de Fátima a diario, donde entabló amistad con sus padres, pasando con ellos algunas horas por las tardes. El amor se había prendido inmisericorde en el corazón de mi amigo, no soportando ya separarse de ella. Este amor se convirtió en el tema principal de habladurías de nuestra sociedad, sin que Ismail intentara ocultarlo, a pesar de lo que llegaba a sus oídos sobre burlas a causa de ello. La historia de este amor corrió de boca en boca, sin que nadie alcanzara a comprender cómo había empezado, ni cómo había conocido Ismail a Fátima.

La pareja ya lleva un año entero de matrimonio, y no conozco a otro matrimonio más feliz que el suyo.

Solo me resta contaros que una amistad sincera empezó a crecer entre Ismail y Sharif, cuyas semillas habían sido plantadas en sus corazones por Fátima.

1983

Azrael

Abdessatar abrió los ojos en la oscuridad de la noche y encontró a Azrael frente a sí, sin saber cómo lo había identificado, sin embargo, lo reconoció nada más verlo. Preso de pánico, debajo del edredón, sintió temblársele el pecho y castañeteársele los dientes, mientras miraba al ángel de la muerte cara a cara. Intentó despertar a su mujer que estaba durmiendo a su derecha, pero no pudo moverse. Azrael se encontraba levitando sobre él. Sí. Estaba suspendido en el aire con asombrosa quietud.

Pasaron unos momentos muy penosos en los que el hombre estaba con intenso pánico, al borde de perder la razón. Su pánico no se debía solo a que Azrael era quien estaba suspendido sobre él…, sino, también, por lo que suponía la espeluznante sorpresa que no le había pasado jamás por la mente…, pues incluso si el suspendido encima de él hubiera sido su propio hermano, hijo de su madre y de su padre, la sorpresa hubiera sido terrorífica por sí misma, así que imagínate: si ese, en el que estaba fijando la vista en él, es el propio Azrael… ¡Y quién acaso ignora quién es Azrael!

El ángel seguía encima de él, a una distancia de no más de medio metro, con su luminoso rostro justo frente a su cara.

Sin embargo, pasados esos primeros momentos de sorpresa, Abdessatar empezó a sentir una nueva clase de sosiego posarse en su corazón y a envolver su alma…, en una calma que no había conocido nunca en su vida. El hombre se sorprendió enormemente y se preguntaba, en su fuero interno, acerca de la procedencia de esa calma total y maravillosa, que nunca habría creído posible si no fuera porque sentía cómo estaba fundiendo todas sus preocupaciones. Pronto comprendió su procedencia mientras fijaba su vista, sin pretenderlo, en los ojos de Azrael que irradiaban amor y paz, como si contuvieran la esencia misma de la maternidad. La maternidad de la que se ramifica toda sensación de sosiego. ¡Qué sensación tan singular! ¡Bendito cualquier acontecimiento en medio de este regocijo!… ¡Bendita la muerte si estos son sus preámbulos! Abdessatar tembló de nuevo al acordarse de la muerte, mientras los ojos del ángel seguían aferrados a sus ojos. Se sentía incapaz de moverse o de hablar.

¡Sin embargo habló! Se encontró diciendo, temeroso e indeciso:

—¿Quién eres?

Y, de inmediato, pensó que aquella era una pregunta estúpida.

En respuesta, percibió una voz como venida desde lo más hondo de sí mismo, pues Azrael no movió los labios, que permanecían cerrados, envueltos por una maravillosa sonrisa, inigualable:

—Tú.

Abdessatar no comprendió, y creyó que no había escuchado correctamente.

—¿¡Cómo!? —preguntó tartamudeando.

—He dicho: tú.

¡Pero qué locura es esta! ¡Cómo dice que él es yo mismo, mientras sé con certeza que es él!

Quiso cerrar los ojos, quizás así se quede de nuevo dormido, profundamente… ¡Tiene que ser una pesadilla!… ¡Tiene que ser un sueño!

Sin embargo, sus ojos permanecían abiertos y en alerta, abrazados a los ojos del ángel suspendido encima de él…, o así le parecía a él.

Abdessatar volvió a masticar su pregunta, como si su lengua estuviera paralizada:

—¿Dices que tú eres yo?

Se quedó callado a la espera de la respuesta.

—¿Por qué no dices que eres Azrael? —preguntó al no recibir respuesta alguna—. Soy un hombre creyente.

La respuesta vino emanada de nuevo de su interior, mientras que nada enturbiaba la luz que irradiaba la faz del ángel, en medio de la oscuridad que rodeaba la cama.

—Por tercera vez te digo que soy tú, y sabes el motivo de mi presencia aquí. Yo no visito a los seres humanos en este planeta más que una vez en su vida.

—¿Ha llegado mi hora?

—Efectivamente.

El hombre sintió que sus lágrimas fluían hasta sus orejas, y quiso secarlas, pero sus manos no respondían. Su mujer se dio la vuelta mientras dormía, hasta darle la espalda, mientras que él

anhelaba que ella se despertara y le prestara ayuda. ¡Pero qué ayuda se podía esperar de ella en este trance de expiración! —pensó. Anhelaba que alguien lo salvara de Azrael, pero, al mismo tiempo, sentía hacía el ángel una afinidad que casi parecía fusión.

De nuevo, percibió la voz mientras la luminosa faz, sin mover los labios, seguía presente frente a sus ojos:

—¿Acaso lloras por separarte del mundo, o lloras por separarte de ti mismo?

—No. Lloro por separarme de mis seres queridos y de todo lo que he estado habituado a lo largo de los años de mi vida. La misma sensación que me embargó cuando me trasladé de una casa a otra nueva, o de una ciudad a otra diferente que desconocía.

—Es así. Un viaje de un mundo a otro. No temas.

—No tengo miedo. Soy un hombre creyente en Dios. Todos los seres humanos mueren… Todos los animales… Los seres humanos vienen muriendo desde hace millones de años, hasta el punto de parecer que morir es el hecho más fácil que realiza el ser humano. Hasta los cobardes mueren.

¡Qué diálogo más inconcebible es este y que está teniendo lugar entre el ángel de la muerte y yol! … ¡Cómo si yo lo conociera desde hace una eternidad!

Abdessatar se acordó de sus hijos, de sus nietos, y de sus hermanos, uno a uno. Nunca se le había ocurrido que él iba a ser el primero, de entre todos los hermanos, en trasladarse al lado de Dios, sin ser él el de más edad. Se acordó de sus grandes negocios, de su casa amplia, de su posición social, de su riqueza, y de su vida acomodada a la que estaba acostumbrado desde la más tierna edad; y no pudo más que romper en llanto. No le

atemorizaba la idea de la muerte, pero la idea de dejar a su familia, a sus amigos y a su vida acomodada, le rasgaba las entrañas. Él sabe que la muerte es ineludible…: si no es hoy, será mañana… Lleva años pensando en la muerte, e insistentemente desde que cumplió más de setenta años…, cada minuto después de los setenta años es mero regalo…, cada día que él vivió después de haber cumplido setenta años fue robado a la vida a hurtadillas. ¡Sin embargo!, ¡¿Qué le pasa que se siente tan fuertemente aferrado a la vida?!

De nuevo, le vino la voz surgida desde lo más profundo de su ser:

—Te aferras a la vida como todo ser humano cuya hora ha llegado. Estoy viendo esto desde el inicio de la creación y es porque ignoráis lo que hay después de esta vida.

El hombre se encontró diciendo, apresuradamente y ansioso, mirando a los ojos del ángel con pasión y anhelo:

—Ojalá pueda despedirme de mis familiares y de mis allegados, ordenar los asuntos de mis hijos, de mis hijas y de mi esposa, antes de irme.

—¿Y por qué no lo has hecho antes? Sabías a ciencia cierta qué te iba a visitar irremediablemente y que nuestra cita ya era inminente.

—No lo sé.

—Tú eres como muchos otros…Te crees que esta es la única cuestión pendiente que vas a dejar detrás de ti.

La voz le llegaba impregnada de un amor incomparable a ningún otro amor. Abdessatar no entendió las últimas palabras del ángel.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó tímidamente.

—Los asuntos de tus hijos y de tu esposa son los que te preocupan al llegar la hora de partir. Sin embargo, otros muchos asuntos, que son ahora más tuyos que aquellos, ni siquiera te han pasado por la mente en este momento terminal.

Estas palabras provocaron la preocupación al hombre en medio de la quietud que lo envolvía, caída de no se sabe dónde.

—¿Qué quieres decir? No entiendo —tartamudeó mientras sentía que su lengua pesaba tanto que no podía moverla.

—Esta misma situación se repite cada vez que visito a un ser humano que reúne las mismas circunstancias de tu edad, tus hijos, tu notoriedad y lo que tú llamas fe.

La voz no tenía nada de increpación ni de reproche, por lo que las palabras se posaban en el oído de Abdessatar, pausada y concienzudamente, como si quisieran tomarse el tiempo suficiente para asentarse en el corazón, una palabra tras otra.

—¿Qué quieres decir? Por Dios te pido que me lo digas —volvió el hombre a preguntar, mientras le asaltaban de golpe decenas de recuerdos a la vez, y todos le venían con nitidez como si los estuviera viendo en el momento de haber acaecido.

—Azrael no ajusta cuentas con nadie, sino que recoge y sigue su marcha. En cuanto a rendir cuentas, eso es cosa de Dios Altísimo.

—Pero yo he sido siempre un hombre virtuoso…

Por un momento le asaltó la duda, por lo que se detuvo.

—Salvo unos deslices y algunas equivocaciones —terminó diciendo.

—No hay necesidad de esperar para ordenar los asuntos de tu familia. Hay otros muchos asuntos que tenías que haber

ordenado antes de ahora, y no lo hiciste. ¿De qué te sirve ordenar otros asuntos que ya no te incumben?

Abdessatar sintió el terror infiltrarse de nuevo en su corazón. Percibió el pánico abordándole por todas partes, por lo que se aferró a los ojos de Azrael, anhelando obtener más calma y sosiego.

—¿Otros muchos asuntos sin ordenar? Por Dios te pido que me digas que quieres decir. Pasé la mayor parte de mi vida cumpliendo con las cinco oraciones al día, ayunando el mes de Ramadán, entregando el zakat[19], y peregriné a la Meca una vez tras otra. Tengo una profunda fe en Dios, y todo el mundo habla de mis encomiables principios y cualidades. Confiaba que había complacido a Dios y que el paraíso será mi destino.

—Al paraíso o bien otro destino es algo que no me incumbe, humano. Solo quise que lo recordaras, y si lo hubieras hecho te habrías arrepentido, y habrías pedido el perdón del Clemente y Misericordioso, y quizás llegaras a obtenerlo en el último momento de tu vida, lo que te habría acercado más al paraíso.

—¿¡Pero!?

—No se obtiene el paraíso simplemente rezando y ayunando.

Abdessatar se encontró, de repente, comprendiendo muchas cosas, como si se le hubiera abierto una cortina delante de sus ojos, dejando al descubierto, tras ella, el universo en su verdadera imagen, que no se parecía mucho a la que están acostumbrados los humanos en su sociedad y en general. Sus lágrimas fluyeron

[19] Zakat o azaque: limosna anual obligatoria en el islam, equivalente al 2.5 % de las propiedades en dinero y bienes muebles, cuya posesión tiene más de un año de antigüedad.

en plena vorágine por ansiar piedad y anhelar inspiración. Permanecía mirando al ángel que levitaba luminoso encima de él.

—¿Acaso mi vida se ha perdido en balde? —musitó.

—Dios perdona a quien Él quiera entre sus siervos.

Por la mente del hombre empezaron a pasar historias de toda una vida. Setenta y cinco años. Súbitamente, su mente puso delante de él el rostro de su padre y luego el de su madre, y se acordó de toda la ingratitud que tuvo hacia ellos, hasta que fallecieron uno tras otro, cuando él se encontraba aún en la cuarta década de su vida. Sintió que una explosión estaba a punto de estallar en su garganta, tan intensa era la amargura que lo embargaba. Y otros rostros de familiares suyos, que había maltratado hacía muchos años, aparecían ante él tras haber desaparecido en las tumbas o bajo el cúmulo de los años, mientras que otros seguían por allí, guardándole rencor. Tuvo un amago de grito, como si los estuviera llamando. No se había interesado por ellos, desde hacía largos años…

Le llegó de nuevo la voz, mientras el ángel seguía sin mover en ningún momento los labios, que no habían perdido aquella piadosa sonrisa.

—Has empezado a recordar ya, y tus lágrimas parecen estar lavando y purificando tu ser. Sigue… No te detengas.

—Pero soy un hombre recto, no cometí ningún pecado grave.

Al decir esto, se detuvo, y luego, con lengua veraz que había adquirido desde que se le apareció el ángel de la muerte, dijo:

—Quiero decir que no he cometido ningún gran pecado, desde hace muchos años. Estaba seguro de que mis oraciones, mi ayuno, mi peregrinación y mi zakat, me volvían tan puro como el día en que nací.

—Dios perdona a quien quiere perdonar. Tu señorío mundano es grande y tus caudales son muchos, por lo tanto ¿Qué sacrificio suponía para ti pagar el zakat y peregrinar a la Casa Sagrada[20]? Incontables millones de seres humanos no han peregrinado… ¿Significa eso que el destino de todos ellos es el infierno?

La verdad es que no suponían sacrificios que merezcan ser mencionados, y cierto es que me enorgullecía delante de la gente cada vez que volvía de la Meca. La verdad es que eran peregrinaciones para obtener mi propia autosatisfacción, en la misma medida que eran meras ofrendas para obtener el beneplácito de Dios.

—Entre los seres humanos, hay quienes peregrinan y nadie se entera de ello salvo por casualidad, y hay quienes dan limosnas y nadie sabe de sus limosnas, y hay quienes rezan y no mencionan sus oraciones ante nadie. La adoración para satisfacer al Adorado, y para que el bien resulte victorioso, es la única adoración válida.

En cuanto a mí, con frecuencia hablaba de mi oración, de mi ayuno y de mi zakat. ¡Qué vergüenza!

De repente, le vino el rostro de un amigo suyo, cuyo recuerdo había sido enterrado con los años. Rememoró todo el daño que había causado a ese amigo, intencionadamente, por el simple hecho de que le había echado en cara, un día de hacía más de cuarenta años y sin que hubiera nadie más que ellos dos, su poca aportación al esfuerzo patriótico y su nula preocupación por los infortunios que había sufrido la patria a manos del ocupante. Las

[20] Sobrenombre por el que se conoce a la mezquita al-Haram, en La Meca.

lágrimas de Abdessatar volvieron a fluir, mientras decía, como si estuviera hablando consigo mismo:

—Era como un hermano para mí. ¡¿Por qué le hice tanto daño?! ¿Qué habrá sido de él? ¿Acaso vive o ha muerto? Era un patriota fundido en el pueblo como si fuera su conciencia consciente… Mi patria y mi pueblo, de los que nunca me he preocupado a pesar de todo lo que han sufrido debido a la injusticia, la humillación y la aniquilación, siempre ante mi vista, días tras días y año tras año. Y Abdessatar empezó a chillar desde un corazón dolido, en el auge del despertar de su conciencia por el que estaba atravesando.

—¡Qué vergüenza!… ¡Qué vergüenza! ¡¡Qué es lo que hice todos esos años!!

La voz le llegaba instándole a escudriñar más las profundidades de la memoria.

—¡Qué verídicas son estas lágrimas! Quizás en ellas se halla la redención.

Así, se sucedían en la mente del viejo las imágenes de hombres, mujeres y niños, e historias de toda una larga vida, por lo que lloró hasta pensar que su almohada estaba ya empapada por tantas lágrimas… Recordó hasta las más pequeñas cosas, pasando a ver filas de gente pasar delante de él…, contempló sus caras y observó cómo lo observaban. Reconoció a todos, a pesar de que algunos no lo reconocieron, a lo largo de los años de su vida, más que por unos momentos y, tal vez, no habían intercambiado con él más que una o dos palabras…Todas eran personas que él había reprendido por un motivo u otro, o los había echado de su lado, decepcionados, tras haber acudido a él solicitando ayuda… ¡¡Cuántas personas reprendí y decepcioné desde el albor

de mi juventud!!… ¡Dios mío, lo numerosos que son y qué miradas de asco son esas las que me están lanzando ahora!

Y en cuanto hubo desaparecido de su vista aquella primera fila de gente, empezaron a pasar delante de él nuevas filas de hombres a los que había perjudicado en el fragor de su actividad comercial, causando pérdidas a este, bancarrota a ese otro, y mala fama a un tercero, y así sucesivamente. Cada uno de ellos arrastraba con él, en la fila, a su esposa y a sus hijos. La escena lo desbordó y estremeció. Pero pronto apareció delante de él otra fila, esta vez formada por hombres que había empleado en sus negocios y luego despidió por un motivo u otro…, y cada uno de ellos seguido de su mujer y sus niños. Pasaron ante él otros grupos de personas, hombres y mujeres que le habían comprado mercancías y estas les habían perjudicado de una manera u otra, además de otros grupos de personas que le habían pagado precios excesivos por unas compras, en las que él había obtenido ganancias fuera de lo aceptado por ninguna religión ni moral alguna; y otros grupos de personas que había conocido a lo largo de los años de su vida, desde su mocedad, a quienes había difamado, herido en su honor, o insultado, en el curso de parloteos con los que tantas veces había llenado sus horas de ocio. Y de pronto, delante de él pasó una fila formada toda ella de mujeres de quienes había obtenido satisfacción sexual ilícita, había mantenido con ellas relaciones limitadas o las había perseguido, deseado o lanzado miradas lujuriosas, en secreto.

Reconoció a todos los rostros en todas las filas y grupos, y todos sus hombres, mujeres y niños le lanzaban miradas de desprecio, de pena, de reproche y de cólera. Nunca imaginó que sería capaz de recordar a todos aquellos rostros y aquellas

circunstancias en las que los había conocido. Le espantó toda esa cantidad de personas indignadas con él… Nunca se le había ocurrido que la esencia de su vida era hasta ese grado distinta de lo que opinaba de sí mismo y de la opinión que mucha gente tenía de él. Creía que su pasado ya había desaparecido tras todas sus oraciones, ayuno, zakat y peregrinación, con los que había llenado las últimas dos décadas de su vida… Es cierto que solía rezar y ayunar desde su más tierna juventud, pero aquel período de su vida, que bullía de vitalidad y de patinazos, se había extendido hasta después de sus cincuenta años de edad.

Sus lágrimas no se habían detenido ni por un momento, pero lloraba en silencio y sumisión, aferrado todo el tiempo a los ojos del ángel de la muerte, obteniendo de ellos la firmeza y la templanza, al tiempo que el ángel lo abrazaba con su piadosa mirada.

De pronto, el viejo se quedó boquiabierto al ver delante de sus ojos un número incontable de rostros de un mismo semblante. No comprendió. Los rostros lo miraban enfadados y ceñudos, hasta sentir escalofríos recorriendo su cuerpo, por lo que preguntó, a punto ya de perder la razón:

—¿Quiénes son estos?

—Horas de tu vida —le dijo la voz, suave y consoladora.

—¡¿Horas de mi vida?!

—Están enojadas contigo por haberlas malgastado sin ningún provecho para ti ni para otros.

—¡¿Cómo?! ¡¿He perdido yo todas estas horas de mi vida?!

Sí…, todas estas…: miles de horas malgastadas en asuntos insignificantes y huecos parloteos, incluso gastadas en hacer daño a otros, tanto a sabiendas como sin saberlo, o gastadas en cometer pecados.

—¡¿Hasta este límite?!

—La vida, humano, no es más que unas horas contadas. Rendirás cuenta por todas ellas, y serás preguntado por ellas, una por una. Me estás implorando darte una breve prórroga para organizar los asuntos de tu casa antes de tu marcha, y te olvidas de que has malgastado todas esas horas que ves delante de tus ojos.

Abdessatar no movía su vista del esplendoroso semblante de Azrael, llegando a ver todos los rostros y todos los recuerdos, sin necesidad de apartar su vista de la cara presente, encima de él, con su fascinante luz.

No había pasado un instante, cuando aparecieron ante él miles de rostros nuevos…, todos con las mismas facciones…Todos parecían albergar mucho rencor hacía él y no dejaban de increparlo; esta escena lo sacudió más que todas las anteriores. Había llegado a pensar que las filas de rostros se habían acabado, y que sus culpas se habían acabado con ellas, sin embargo, las filas volvían a aparecer cual río caudaloso e interminable, hasta anhelar la muerte inmediata e instantánea al no poder seguir soportando todos aquellos recuerdos y testimonios. ¡¿Quiénes son ahora los miembros de esta gran multitud de rostros?! ¡¿Qué es lo que queda aún tras las horas malgastadas y los días perdidos de la vida?!

—¿Qué son estos rostros y por qué están enojados conmigo? —preguntó implorando y con la lengua pesándole.

—Cada rostro, de estos humanos, es una piastra que has gastado sin provecho para ti, ni para tu familia, ni para tu gente, ni para pobre alguno sobre la faz de la Tierra.

—¡Qué horror! ¡¿Todos estos caudales he dilapidado yo?! ¡¿Acaso todos estos rostros también serán los testigos que se plantarán impidiéndome alcanzar el paraíso?!

No recibió respuesta alguna, sino que otros rostros, innumerables, aparecieron súbitamente ante sus ojos, lo que hizo que se desesperara, máxime al verlos, a todos, que lo miraban con ojos enrojecidos y enfurecidos, por lo que rompió en llanto y sollozando luego, mientras gritaba:

—¡Basta! ¡Basta! Te lo suplico. Recoge ya mi alma y aleja de mí estos rostros.

—¡Estos también son piastras! Pero son aquellas que obtuviste sin derecho, en el curso de tu comercio y a lo largo de tu vida —le dijo la voz suave, mientras los ojos de Azrael lo abrazaban.

—¡¿Yo?! ¡¿Cómo?!

—Claro que has sido tú. Todo tu anhelo eran las ganancias, sin tener piedad de nadie que haya acudido a ti para comprar, por más pobre que fuera.

—¡Dios mío!

Sin embargo, el padecimiento de Abdessatar no había terminado ahí; estaba a punto de enloquecer si no fuera por la mirada piadosa del ángel, y por su luz que no dejaba de infundir sosiego en su corazón. Pues otra vez, se agolparon ante sus ojos nuevos e incontables rostros, todos en blanco, sin facciones, y todos imbuían en él, sin que sepa cómo, arrepentimiento y remordimiento.

Abdessatar miraba aquellos rostros con mirada perdida y corazón abatido… ¡Cuán lejos de él está el paraíso!… Sentía que entre el paraíso y él mediaban universos enteros. La voz le vino emanada de su interior:

—Estos son los rostros de las buenas obras que tenías ocasión de haber realizado, y estaban al alcance de tu mano, y sin embargo las ignoraste; y, además, aquellas buenas obras que tenías el deber de haber hecho, y te echaste atrás; y otras, que tu conciencia te estaba implorando que realizaras, pero hiciste caso omiso, y todo esto a lo largo de tu vida.

El hombre quedó atónito, pues comprendió que toda aquella inmensa cantidad de buenas obras le hubieran garantizado el paraíso, sin lugar a duda. Sus lágrimas fluyeron cálida, mientras el remordimiento le consumía el corazón, y sin que su mirada dejara de estar colgada del semblante de Azrael, implorándole piedad, sintiendo que su alma ya se le escapaba.

Y escuchó la voz hablándole, mientras la faz luminosa seguía con los labios cerrados, en una sonrisa bondadosa.

—Aún hay más. ¿Quieres verlo?

—Me acuerdo de ello sin verlo. Entiendo lo que quieres decir.: Cuán lejos mi encuentro ahora, de cuando aún no habías venido. Yo hacía mis cálculos tal como hacen los humanos.

—Sin embargo, habéis sido advertidos de que se trata de rendir cuentas de manera incomparable a ninguna otra. Todo bocado y todo sorbo que hayas tomado en tu vida, por encima de tus necesidades, y a sabiendas de que hay pobres en el mundo, incluso cerca de ti, que las necesitaban acuciantemente. Toda palabra que hayas pronunciado distinta a la verdad y toda palabra justa, en defensa de la verdad, que no hayas pronunciado a su debido tiempo…: son testigos contra ti.

Abdessatar empezó a gemir, y a decir, repetidamente, sintiendo desplomarse sus fuerzas:

—¡Increíble!… ¡Qué horror!… ¡¿Para qué sirve vivir por más tiempo cuando recompensar todo esto requiere una nueva y entera vida?! Acabemos ya de una vez, te lo suplico.

Abdessatar, desesperado, intentó mover sus manos, pero no le respondían… Se sintió en el filo de un precipicio muy profundo y oscuro, retornando a su estadio primario de pánico, al abandonarle el sosiego, y empezó a gritar implorando piedad de nuevo:

—¿¡Para qué sirve!? Acaba ya y libérame de esta tortura. ¿Por qué perdiste conmigo todo este tiempo? ¿Para qué sirve?

La respuesta le vino infundiéndole un nuevo sosiego:

—Azrael no permaneció contigo más de lo que tardas en parpadear. En esencia, tú fuiste alguien más señalado por la despreocupación que por la intención, y con más bondad que maldad.

Abdessatar no comprendió las primeras palabras, pero encontró satisfacción en las últimas, sintiendo que volvía a resucitar.

Los rayos del sol se infiltraron a través de la ventana, empezando a inundar el cuarto con una luz tenue y amarillenta. El nuevo ser humano abrió los ojos con dificultad, encontrándose con una mirada que lo escudriñaba, con profundo interés, desde arriba. Voces femeninas resonaban en la estancia y una de ellas decía cargada de cariño:

—¡Qué recién nacido más extraordinario! Ya abrió los ojos y nos está mirando como si estuviera consciente de aquello que lo rodea.

1993